

SISTEMAS DE FILOSOFÍA ⁽¹⁾

Señores :

Impelido por un deber á la vez que por un sentimiento de gratitud y respeto, someto á vuestro examen el presente trabajo.

Mi objeto, al emprenderlo, ha sido trazar ligeramente la marcha del espíritu humano en la solución del problema filosófico, manifestando los escollos en que encalló, más de una vez, extraviado por un análisis imperfecto. Pero, antes de empezar, he creído útil, si no necesario, proponerme una cuestión previa ¿Qué es la Filosofía, ó más bien, cuál es su objeto? Si consigo resolverla de un modo inteligible, ya tendré al menos una luz que me alumbre, una base incommovible sobre que asentar todo el edificio de mis ideas.

La definición generalmente admitida da á la filosofía como ciencia de los principios. Esta definición, demasiado vasta, hace de la filo-

(1) Este discurso, que no figura en la edición de las obras de don Adolfo Alsina, presenta bajo una faz imprevista al ilustre caudillo y orador popular. Ciertamente que es su primera producción, como que lo pronunció, en Montevideo, el 8 de enero de 1850, en los exámenes generales de filosofía del Colegio Nacional que allí dirigía el benemérito don Luís J. de la Peña. Nadie esperará, pues, encontrar en estas páginas ideas originales; pero acaso sorprenda á algunos la firmeza de la convicción y la claridad precisa de la forma. Por instantes, el sentido práctico de la vida y del deber cívico asoman en medio de las fórmulas escolares, y se entrevé al político futuro bajo el niño precoz.

sofía una ciencia universal, ó en otros términos, la ciencia de las ciencias. En efecto: ¿qué es ciencia, sino un conjunto de principios ordenados en sistema? En la filosofía es donde van á buscarse los principios generales, la razón, el por qué de las cosas, y el método universal que ha de seguirse, sea cual sea la ciencia que se estudie. La verdadera filosofía trae consigo la reforma de las leyes, la suavización de las costumbres y el cultivo de la inteligencia; al paso que las luces que constantemente derrama hacen desaparecer las tinieblas de la superstición y de la ignorancia, operando mil cambios en el mundo intelectual, y, por la fuerza de las cosas, en el mundo político.

Aun cuando la filosofía fuese tan sólo una quimera que sirviese únicamente para descubrirnos el abismo de nuestra propia ignorancia, no por eso dejaría de ser cierto que, si no es una ciencia, es al menos una investigación de la ciencia. Además, los abusos y los errores de la filosofía no justifican los ataques de que es objeto: porque atacar la filosofía, es atacar la razón, y el mismo que razona contra ella no hace sino filosofar.

Bacon, ese padre de la filosofía moderna, le dió un nuevo giro, un impulso cuyos efectos se hacen sentir todavía, y, analizando aquella definición demasiado general, dijo que el objeto de la filosofía era el conocimiento del hombre, como introducción al de la naturaleza de Dios. ¿Qué más podemos aspirar á conocer? Todos nuestros conocimientos pueden reducirse á uno de esos tres grandes principios, y cada ciencia, tomada aisladamente, no es sino un gajo del tronco común — la Filosofía. Las ciencias, de cualquier género que sean, sin la filosofía, no pueden aspirar á la perfección, porque justamente, como se ha dicho, la filosofía completa la ciencia.

La definición de Bacon, á mi modo de ver, comprende todo el definido; hace del pensamiento humano el instrumento y al mismo tiempo el objeto, para después elevarse sucesivamente al conocimiento del mundo exterior y de la causa primera.

Hobbs, el lógico más riguroso que jamás haya existido, profesó que el objeto de la filosofía era todo un cuerpo concebido como susceptible de producir un efecto, y de ofrecer una composición y una descomposición. Esta definición, como se vé, materializa la filosofía y limita su extendida misión al simple examen de los objetos materiales. Difícilmente puede conciliarse con la doctrina de Bacon, el cual considera la inteligencia, que es una substancia simple é indescomponible, como el primer objeto de su estudio. Esa definición, digna por cierto de un materialista exclusivo, usurpa al espíritu el privilegio del pensamiento para dárselo á la materia. Meditemos un momento las consecuencias fatales á que nos arrastraría ese principio — el materialismo en psicología, el fatalismo en moral, el despotismo en política — y en vista de ellas, rechacémoslo.

La definición de la filosofía ha sido origen de vivas cuestiones. Por lo vasto de su alcance, es más difícil de definirla bien que ninguna otra ciencia. Si la filosofía, como se ha dicho, es el compendio de las ciencias, tenemos que buscar una definición que comprenda la idea tan general de compendio de las ciencias : una definición que encierre al menos una idea extensiva ó aplicable á todas ellas. Si yo fuese capaz de expresar en pocas palabras el sabio sistema de Descartes, habría formado una definición completa. Mi definición sería : *La ciencia que, partiendo de la propia existencia, abraza todas las verdades y las sujeta á examen.*

En esta definición, al menos, dominan las tres ideas jefes de Descartes. Su principio fundamental : *Yo pienso, luego existo* ; su idea de hacer extensible su doctrina á las demás ciencias, entre éstas la física y el álgebra ; finalmente, su método de analizar, comenzando por la duda.

He ahí las tres grandes bases del sistema de Descartes. Permítanseme ahora algunas reflexiones en apoyo de la anterior definición. La filosofía antigua se extravió por el mal punto de partida que dió á la ciencia, y por el método errado que siguió en la solu-

ción del problema — el principio de las cosas. Tomo por punto de partida el mundo físico y haciendo abstracción del sér inteligente busco en la naturaleza el secreto de la creación. Su método fué errado, su análisis imperfecto; y para convencernos de ello, no tenemos sino examinar los sistemas de los primeros filósofos. Estos no descompusieron el todo en sus partes para volverlo á unir por medio de la ciencia. Hicieron una tentativa, pero fracasaron en la empresa; y entonces, viendo que no podían analizar el todo, contrajeron su análisis á una sola parte, y aplicaron las leyes que pudieron sacar de la observación de cierto orden de fenómenos, solamente al todo, generalizando aquéllas.

Ahora, pues, si venciendo la admiración que nos causa la vista de la creación entera, tomamos por objeto y por punto de partida al hombre, estudiando en el yo sus facultades en sus diversos desarrollos, entonces sí podremos entrar al estudio de la naturaleza con la inmensa ventaja de conocer el alcance de nuestras fuerzas. Si abrimos el estudio de la ciencia tomando por principio la propia existencia, tendremos una base sólida é incommovible sobre que asentar el cuerpo del edificio, sin temor de que se desplome por grande que sea la altura á que lo alcemos.

Si sacando á la filosofía del terreno estrecho de cuestiones sin transcendencia, que tanto han debilitado su energía, hacemos que su misión no se limite á conocer el principio de las cosas, sino á que sea el complemento de toda ciencia, habremos hecho de ella una ciencia universal; se habrá realizado la idea de Descartes.

Finalmente, si en vez de admitir los principios, sean cuales sean sus consecuencias, nos armamos de la duda filosófica, para no admitir sino la evidencia; si en vez de lanzarnos á generalizar analizamos el todo, lo desmenuzamos, y reuniendo las leyes diversas que nos haya suministrado el examen de las partes, las aplicamos al todo, habremos resuelto el problema, ó cuando menos, habremos dado en su solución un paso gigantesco.

Al formular yo aquella definición, que, lo confieso, no es mía

exclusivamente, sino el desarrollo ó conciliación de otras definiciones buenas que he encontrado, mi objeto ha sido dar principio á este ensayo después de haber formado una idea exacta, al menos para mí, de lo que entiendo por filosofía.

En cuanto al origen de la filosofía, se pierde en el laberinto de los tiempos fabulosos. Aunque no podamos fijar determinadamente cuándo y dónde se emprendió su primer ensayo, es evidente que antes de que el cristianismo comenzara á derramar sobre la tierra las semillas de la fe ya había filosofía, y que, al menos en Grecia, ya la había también en el siglo ix antes de la redención del mundo.

En efecto, ¿qué otra cosa era Licurgo, dictando á los espartanos leyes benéficas, sino un legislador-filósofo? ¿Cómo llegó á formar un código que hizo la felicidad de Esparta, sino estudiando en la inteligencia humana el alcance de sus fuerzas para ver lo que podía, y sus necesidades para ver de satisfacerlas?

Pero sólo á mediados del siglo vii (antes de Cristo) vemos aparecer dos grandes genios, cada cual proclamando su sistema, el uno en Italia y en el Asia Menor el otro.

Como ya he indicado, antes de pasar á trazar la marcha de la filosofía, creí necesario decir lo que es la filosofía misma. Paso ahora á ocuparme de ella en sus diversos desarrollos.

Apenas empieza el hombre á tener conciencia de que existe, un solo sentimiento, una sola idea, le absorbe todo entero. El ejercicio de sus facultades da principio por la religión, por la fe. El examen de la naturaleza tan grande, tan majestuosa, robustece las creencias religiosas, que le han sido infundidas por el testimonio de las personas encargadas de edificar su espíritu. En esta edad, la fe religiosa lo admite todo, nada rechaza y todas las maravillas de la creación le sirven de pábulo. La palabra de uno de sus allegados obra en él con tanta fuerza como el testimonio universal sobre el pensamiento de aquellos que no lo admiten hasta después de haberlo sometido al examen de la razón. La existencia de un Creador es para él tan evidente como la de su propio individuo. Extasiado contempla

cuanto le rodea, y en cada objeto no ve sino la imagen de esa fuerza que espontáneamente adora. Para él todo es Dios y Dios es todo; es la causa general y exclusiva de todos los efectos que percibe.

Cuando la reflexión, esa luz divina, empieza á derramar sus reflejos en el espíritu humano, emprendiendo la reforma de ideas adquiridas, arrebatada al pensamiento de su primer éxtasis, y el paso inmediato de éste en la senda de su emancipación, es el examen de esa fuerza que antes había adorado, obedeciendo tan sólo á la voz de la naturaleza.

No se contenta con decir : Dios existe, sino que quiere también penetrar el cómo de su existencia. No se satisface con que le digan : Dios es sabio, Dios es todopoderoso, sino que quiere una prueba que le convenza. Acude á la naturaleza, la consulta, y ésta le suministra una irrefragable. Entonces, con el corazón lleno de fe, dice con Voltaire :

... et je ne puis songer

Que cette horloge existe et n'ait point d'horloger.

Pero hasta aquí he considerado al espíritu como alumbrado tan sólo por los reflejos de la razón. Sigámoslo en sus pasos ulteriores, cuando esa facultad general, enteramente desenvuelta, entra en el dominio absoluto del pensamiento. En este estado, todo su sér sufre una modificación inmensa, naciendo, puede decirse, á una nueva vida. El examen y la reforma de los conocimientos que tenía, á la vez que la adquisición de otras verdades, entibian la fe al paso que fortifican el pensamiento, ponen en duda las verdades que tenía y rechaza todo testimonio que sea contrario á su razón.

Con esa emancipación completa del espíritu, comienza la vida de la filosofía.

Los primeros filósofos, elevándose del seno de la religión y de la teología, echan la vista en derredor, y la presencia del mundo exterior físico los deslumbra, los absorbe con su grandeza. Hacen á un lado su propia existencia, y contraen todas sus facultades al misterio de

la naturaleza. Cada uno lo explica diversamente, pero todos de un modo ininteligible. Los elementos, el aire, el agua, el fuego y hasta las combinaciones intelectuales del cálculo, vienen á ser otros tantos principios de la existencia universal.

Advertidos entonces por la esterilidad de sus esfuerzos, abandonan un punto de partida que los arrastra fatalmente de error en error, de confusión en confusión, y hacen del hombre el centro de los estudios filosóficos. Entonces es cuando comienza la verdadera filosofía. Sin embargo, esto no bastaba : la alteración del punto de partida de nada servía, si no iba inmediatamente acompañada de la del método.

Hasta aquí no he hecho sino presentar sintéticamente la marcha del espíritu humano. Paso ahora á analizarla, y este análisis nos presentará un cuadro aproximado de esa multitud de sistemas que, á pesar de haber tenido por jefes genios ilustres, en vez de tender al objeto común — la solución del problema — no han hecho más que despedazarse en luchas encarnizadas, sobre cuestiones puramente secundarias.

Entre las diversas ideas que adquirimos por medio de esas tres grandes fuentes de todos nuestros conocimientos, — los sentidos, la razón y la conciencia — las sensibles son las primeras, siguiendo el orden natural de generación. Éstas, puede decirse, están en el umbral del alma, y, por esta razón, son las primeras que despiertan la actividad del espíritu, dando origen su estudio á un sistema de filosofía sensualista.

Los representantes de este sistema adoptaron por divisa el siguiente principio : *Todos nuestros conocimientos nos vienen por los sentidos*. Este principio, bien examinado, es incontestable. En efecto : si nos remontamos al origen de todas nuestras ideas, veremos que todas nos vienen por medio de los órganos. — Esto es tan exacto que, si nos imaginamos un hombre destituido de órganos, tendremos que reconocer que sería totalmente incapaz de tener una sola idea, lo cual no sucedería por cierto, dado el supuesto de

que haya algunas ideas que no nos vengan por los sentidos. Contra esta doctrina se ha levantado con fuerza el idealista Platón, preguntando á sus adversarios por medio de qué sentido ó sentidos habían llegado á formarse ideas abstractas y generales de belleza, infinito, etc., etc. La respuesta es clara. Por medio de los mismos sentidos, por los cuales nos vienen las ideas más sensibles. La ideal general que tenemos de belleza la hemos fundado sobre el conocimiento primitivo de un objeto cualquiera bello, y la experiencia nos dice que ese primer conocimiento nos ha venido, no de una *facultad superior*, sino por medio de los órganos que dan paso al objeto para que llegue al alma; pues es totalmente imposible de tener la idea general de belleza, sin haber visto antes algún objeto bello; así como la idea de infinito, sin haberlo fundado sobre un objeto finito, considerándolo á éste como extendiéndose hasta que se le hallen límites.

Así, pues, como se ve, los jefes del sistema sensualista basaban su juicio sobre los datos de la razón, y más que todo de la experiencia; mas sus discípulos, partiendo de un principio bueno, lo desnaturalizaron, y extraviados por un análisis imperfecto, le substituyeron este : *Los sentidos son los únicos medios de conocimiento, y son materiales, luego todo es materia*. Palpable es el error de esa doctrina. Todas las relaciones que percibimos nos vienen por medio de los sentidos, es verdad, pero no son los sentidos, no es la materia la que las percibe, sino el pensamiento simple é inmaterial.

Entre los filósofos de la escuela moderna, Condillac es el que ha sostenido con más acierto la doctrina de un sensualismo discreto. Lógico riguroso, llega, por medio del análisis, pausada pero seguramente, al establecimiento de aquélla; y, moderado en sus juicios, considera á los sentidos como los medios de adquirir toda clase de ideas, y al espíritu como al agente que las percibe, y que, para conseguirlo, pone en acción aquellos medios, que no son otra cosa que su instrumento.

El sensualismo, en manos de los discípulos y sucesores de sus

primeros representantes, degeneró rápidamente, por la fuerza de las cosas, en dos principios exclusivos, en dos fuentes inagotables de errores y de crímenes—el materialismo y el ateísmo. El primero puede considerarse como la causa del otro. Pasemos á examinarlo : y aunque á primera vista, parece que este principio : *Todo es materia*, no es contrario á ningún dogma social ni religioso, veremos que, llevado al extremo, encierra mil gérmenes de disolución, y nos arrastra fatalmente á la adopción de doctrinas reprobadas y condenadas por la razón y por Dios.

Entre las varias pruebas de la inmortalidad del alma, su inmaterialidad, en mi opinión, es una de las más fuertes. El materialista, una vez asentado este principio : *Todo es materia*, llega sin dificultad al establecimiento de este otro : *Con el aniquilamiento del cuerpo todo muere*. No contento con esto prosigue : *Si la muerte corta aquí en la tierra el hilo de toda existencia, si no hay inmortalidad, ese Dios, que nos pintan como la esencia de toda justicia y bondad, es un sér engañoso é injusto : engañoso porque en el sepulcro todo acaba y él nos prometió una vida futura ; injusto porque permite que, en esta vida, la maldad y la mentira se impongan sobre la virtud y la verdad ; injusto también porque consiente que el crimen quede impune, que la inocencia sea perseguida y que el hombre corra anheloso tras una felicidad futura que no es otra cosa que un fantasma*.

Pero, como la idea de Dios ó de una Causa primera es incompatible con el engaño y la injusticia, el materialista añade : ó Dios existe y es un sér malo y despreciable, ó su existencia es facticia é imaginaria. He ahí los dos extremos, los dos abismos á que nos ha arrastrado la fuerza de un principio monstruoso, en manos de hombres más monstruosos todavía. Si admitimos el principio, aquel dilema nos cierra toda salida, nos pone en la terrible alternativa de pasar por uno de sus extremos, por absurdos que ambos sean.

El primero de éstos no tuvo sectarios, por cuanto es el colmo del absurdo el venerar, el adorar un sér que tiene por atributos, no ya la bondad y la justicia, sino la maldad y el engaño.

El segundo, desgraciadamente, reunió en torno de sí una multitud de sectarios sin conciencia, designados con el nombre siempre execrable de ateistas.

Aunque la naturaleza de este ensayo sólo me permite enumerar los sistemas, las grandes ideas filosóficas, no puedo prescindir de detenerme al llegar al ateismo, tanto más cuanto que, como al principio he dicho, me propongo también trazar el cuadro de los extravíos del espíritu.

Sin entrar á resolver la difícil cuestión de si hay, ó al menos, si ha habido verdaderos ateos, basta decir que éstos, en el orden moral, son lo que los monstruos en el orden físico; pensar de otro modo sería calumniar á la humanidad entera, y al mismo tiempo al que la crió; porque sería suponer que Dios, que pide de nosotros amor y veneración, había lanzado en nuestros pechos una semilla que, desarrollándose, nos inspira, en vez de respeto, odio hacia él.

Pero, por desgracia ¡cuán injusta ha sido y arbitraria la acusación de ateismo! No basta tener ideas inexactas de la Divinidad para poder ser colocado con justicia en la lista de los ateos: si los errores sobre los atributos de Dios constituyesen una rama del ateismo, el género humano todo sería ateo, porque la inteligencia humana es incapaz de descorrer el velo que cubre el misterio insondable de la esencia del Creador. En un tiempo de superstición y de tinieblas, á esta palabra terrible: Ateo, el pueblo se estremecía, el sacerdote preparaba sus anatemas, y el magistrado encendía la hoguera. Hoy, felizmente, nuestras costumbres se van suavizando, la tolerancia va siendo un dogma universal: la historia moderna no se ve ya en la dura necesidad de salpicar sus páginas con los relatos sangrientos de persecuciones religiosas y el ateo muere tranquilo en su lecho, agitada su conciencia por el remordimiento del crimen, mas sin temor de que la hoguera sea la que usurpe á Dios el derecho de castigarlo. La tolerancia en este punto es tanto más necesaria, cuanto que, preciso es confesarlo, la historia nos ofrece mil ejemplos de hombres virtuosos que han sido víctimas de una acusa-

ción injusta de ateísmo, y perseguidos ante los tribunales como apóstoles de doctrinas subversivas.

Sócrates, por haberse elevado sobre las preocupaciones vulgares, reconociendo un Dios supremo, autor y conservador del universo, se atrae el odio de los sacerdotes atenienses, quienes le acusan de impío por haber proclamado el dogma de la inmortalidad y hecho patente el absurdo de los misterios de Ceres, es arrastrado ante el Aerópago, y sus enemigos, hostigados por la envidia, arrancan de aquel tribunal supremo su sentencia de muerte, condenándole á beber la cicuta, por crimen de ateísmo.

Galileo, por haber adelantado una nueva idea, por haber dicho tan sólo que la tierra es la que gira alrededor de un centro, fué condenado como impío.

Si dejando al individuo pasamos á las naciones, encontramos que se ha llegado hasta á poner en la lista de los ateos á los bárbaros, porque no tenían idea de la transubstanciación ni de la donación divina de Roma á San Pedro; encontraremos también que se ha calumniado á una de las naciones más respetables de la Europa moderna, haciendo de su capital el foco del ateísmo, so pretesto de que había producido á los Bolinbroke y á los Shaftesburg.

En la historia de Grecia, el primer ateo célebre que se presenta es Critias, uno de los treinta tiranos de Atenas; él profesaba que las leyes religiosas no tienen otro origen que una invención piadosa, y que no hallando los primeros legisladores en sus instituciones ningún freno contra los crímenes secretos, inventaron á Dios é imaginaron la Providencia.

Pero el ateo más osado de la Grecia fué, indudablemente, Diágoras. No decía, como la generalidad de los escépticos: *dudo que haya Dios*, sino: *un Dios es un sér imposible*. Instruído el Aerópago de la disolución con que amenazaba á la sociedad ese dogma terrible proclamado con altivez y descaro, puso á precio su cabeza.

Aunque el intervalo que media entre este sofista y Hobbes es largo y fecundo en célebres ateos, tales como Lucrecio, Foe, Vani-

ni y otros, pasaré á ocuparme de algunos de los modernos, comenzando por Hobbes.

Este hombre extraordinario, de quien ya he dado algunas noticias bastantes para caracterizarlo, dió á la filosofía este principio por base : *Yo pienso, luego la materia puede pensar*. Según él, todo se ejecutaba por leyes mecánicas, y la materia, por su sola energía, había producido y conservado el sistema de los seres. — Sus axiomas políticos — que la naturaleza ha dado á todos el derecho á todo, aun á la ofensa, y que no hay diferencia entre lo justo y lo injusto — destruyen esencialmente la moral del género humano.

La Mettrie puede considerarse como uno de esos muchos ateos falsos é inconsecuentes. Empleó toda su vida en aniquilar á Dios en sus escritos, al paso que, en la intimidad, confesaba á sus amigos que creía en su existencia.

El barón d'Holback, en su *Sistema de la Naturaleza*, derramaba toda la hiel de su ciego escepticismo. Dice que la minoría no pensante produce necesariamente el pensamiento, y desde que el vicio hace feliz al hombre, éste debe amar el vicio. En fin, en la opinión de un autor célebre, su libro, sin gusto y sin lógica, no debe la celebridad sino á su audacia.

La estrechez del espacio en que tengo que ceñirme me ha hecho pasar por alto á los Diderots, á los Helvecios y Spinozas. Entre todos los que he nombrado dudo haya dos que puedan clasificarse de ateos verdaderos : pero, sea como sea, así los ha juzgado la opinión general, y aunque sea difícil fallar de un modo absoluto en materia de ateísmo, el autor de la *Philosophie de la Nature* dice : *que es ateo verdadero el pensador atrevido que atribuye el origen y la conservación de todo á la combinación de los elementos, el que no distingue á la Providencia del movimiento de la materia, y el que sujeta todos los seres al yugo imperioso de la fatalidad*.

Antes he dicho que las ideas metafísicas y generales se fundan en el conocimiento primitivo de un objeto físico y particular. Pero también he indicado que varios filósofos, y con especialidad Platón,

creían en una nueva facultad, que no debe confundirse con la general de conocer, á la que dan el privilegio de percibir las verdades metafísicas.

El estudio de estas ideas, que sigue al de las sensibles, da origen á un sistema de filosofía espiritualista.

Aunque á la cabeza de este sistema, origen también de mil errores, se coloca á Platón con alguna justicia, sin embargo, preciso es confesar que en manos de éste no fué un sistema exclusivo. Digo que no fué exclusivo, puesto que, aunque en sus meditaciones filosóficas hacía abstracción de los sentidos para contraerse á las facultades superiores de la inteligencia, jamás consideró al espíritu como substancia única de nuestra existencia, sin embargo de que todo lo espiritualizaba remontándose á las regiones más áridas de la metafísica, para explicar tanto el misterio de Dios y de la inmortalidad como las verdades más materiales y evidentes de los sentidos.

Pero con su sistema sucedió lo que con el sonambulismo, pues sus discípulos, arrastrados al exceso por ese espíritu ciego de sobrepajar á sus maestros aun en sistemas errados, lo hicieron degenerar en un idealismo exclusivo, es decir, — la negación de la materia y del mundo.

Difícil me sería elegir entre el materialismo como consecuencia del sensualismo, y del idealismo como resultado necesario del espiritualismo. Ambos conducen á un mismo extremo, con la diferencia de que el idealismo lo hace con más disfraz que su rival el materialismo. Creo inútil ahora detenerme en argumentos para refutar este principio del espiritualista exclusivo: *Todo es espíritu*. Lo daré por sentado, y lo seguiré en sus desarrollos, para probar su imposibilidad por el absurdo. Esta clase de prueba es incontestable, no me valdré del silogismo; mi argumento será este: *No es así porque sería absurdo que fuese*.

Si alguna idea puede tener nuestra inteligencia del espíritu, no es otra que la que tiene de la nada. Para nosotros la nada, tal cual la concebimos, es lo que estando al alcance de nuestros sentidos, por

el hecho de atestiguarnos algo al mismo tiempo que nada existe, nos engaña, nos da la idea del sér, sin que el sér exista. Si la naturaleza que nos rodea es un fantasma, no lo es menos el hombre que, al paso que la denomina, no es más que uno de los elementos que la componen. El espiritualista exclusivo toma por un axioma lo que, bien analizado, no es sino una figura algo atrevida de los poetas. *La vida*, dicen estos, *es un sueño*, y el espiritualista lo adopta sin recordar que hasta el mismo sueño supone un sér que sueña, una existencia. Pero para hacerse una idea de este excepticismo llevado á la demencia, medítense los siguientes delirios de Pirrón y de Zenón, reducidos á sistema por Berkeley el visionario.

Filósofos empíricos os dicen que el calor y los colores están en los cuerpos: es un error, no son sino modificaciones de nuestra alma. Y pues que vuestros sentidos os engañan cuando os aseguran que el cuerpo que tocáis es frío, coloreado ú odorífero, del mismo modo os engañarán cuando os dicen que es extenso; es así que la extensión constituye la esencia de la materia, luego la materia es un sér de razón y nada más. Todos los seres que percibimos no son otra cosa que nuestras propias ideas. En cuanto á eso que llaman Universo, es puramente ideal, y la simple armonía de nuestras ideas es lo que se designa con el nombre de naturaleza.

Imposible es concebir cómo hombres dotados de talento, si el buen sentido no basta, pueden haberse hecho los apóstoles de un dogma tan repugnante á la razón. Imposible es, igualmente, poner en parangón la doctrina del filósofo que dogmatiza á sangre fría sobre las verdades que percibe, y el absurdo del pirrónico que, viendo claro y caminando con libertad, asegura que no ve, que no camina, contentándose con razonar sobre la vista y el movimiento, sin recordar que, la vista por ejemplo, supone, en primer lugar, un agente que vea, y después un objeto cualquiera sobre quien se ejercita la acción de aquél.

Pero mi objeto es solamente probar que el espiritualismo nos conduce al absurdo. En efecto ¿cómo llegamos á la idea de un sér

misterioso, infinitamente superior á nosotros en poder é inteligencia, sino leyendo en el libro que, siempre abierto, siempre inteligible, nos presenta la naturaleza? ¿Cómo llegamos á la idea de un Creador universal, sino escuchando la voz de la conciencia que, interpretando la de la razón, nos dice que no puede haber creación sin creador, que no puede haber efecto sin causa que lo produzca?

Ahora, pues, los que quieren convencernos de que no hay ni tal naturaleza, ni tal creación, ni tal efecto, blasfeman, pues que implícitamente nos dicen: no hay tal Creador, no hay tal causa, no hay tal Dios en fin.

Creo, pues, que el principio que á tal abismo nos arrastra queda destruído por sí mismo, sin que puedan nada en su favor ni los sofismas del excéptico, ni las blasfemias del impío.

De estos extravíos, aunque sensibles, podemos sacar sabias lecciones para lo futuro, y el filósofo puede volver á reconstituír el edificio con más solidez y seguridad, desde el momento en que sabe, para que así pueda evitarlos, dónde están los escollos de la ciencia. No sigamos al excéptico, no digamos como él: *No se ha podido encontrar la verdad, luego la verdad no existe*. Digamos por el contrario: *No se ha podido encontrar, pero se encontrará*. Rechacemos ese sistema mil veces funesto, que da al hombre por atributo la incapacidad de comprender. En nosotros la afinidad con la verdad es un sentimiento innato, y Dios, sin injusticia, no podía haber instituído en nuestros corazones el amor de la verdad, si fuésemos incapaces de encontrarla, y mucho más si no existiera.

Creo haber demostrado que los sistemas exclusivos conducen al absurdo. No podía ser de otro modo: los extremos, en toda materia, son nocivos; tomemos un término medio entre el sensualismo y el espiritualismo, analicémoslos tomando de cada uno todo lo bueno que encontremos, y formemos con estos diversos elementos un sistema mixto, operemos una fusión.

Tal ha sido la misión filosófica de Bacon y de Descartes, el eclecticismo ó la conciliación de los sistemas.

En todos los sistemas exclusivos se encuentran algunas grandes ideas, algunos grandes pensamientos de que puede aprovecharse el filósofo moderno, reuniendo á sus propias luces las de aquéllos. Tales y Pitágoras se extraviaron, cierto es, pero son acreedores á la veneración de los sabios, tanto por haber tomado la iniciativa de la ciencia cuanto por haber ligado á la filosofía moderna ideas que no han perecido en el transcurso de los siglos.

El eclecticismo, según M. Cousin, consiste en sacar de cada sistema todo lo que haya de verdadero, y en componer con sus elementos una filosofía superior á todos los sistemas, no tal ó tal filosofía, sino la filosofía misma en su esencia y en su unidad.

Veamos ahora cómo llenaron su misión conciliadora aquellos dos grandes genios, comenzando por Bacon.

Bacon abre la era de una regeneración filosófica y opera un gran cambio en el estudio de la filosofía, mudando no sólo el método sino también el punto de partida. El estado vicioso en que halló la ciencia al emprender su estudio, le hizo conocer la necesidad de una reforma total, y de reconstruir el edificio filosófico hasta en sus mismos cimientos. Censura los métodos empíricos que no generalizan, á la vez que á los que se lanzan en generalizaciones atrevidas sin haber recorrido previamente las gradas intermedias con la ayuda de la inducción. Recomienda la observación de los hechos y la inducción, que los generaliza discretamente; la comparación de los mismos poniéndolos en orden y notando sus analogías, para llegar, por medio de una abstracción gradual, á las leyes más generales. Rechaza absolutamente al silogismo, entre otras razones, por cuanto sólo sirve para bajar de lo general á lo particular, no así á la inducción que, de la observación de cierto número de fenómenos, nos hace subir con más seguridad á un principio que sirve de ley general para otros hechos, y hasta de base para toda una ciencia. Su sistema se reasume en tres palabras : observación, experimento é inducción.

Los sabios, entonces, adoptan su método, aplicándolo cada uno

á la ciencia que ejercita. Hacen de aquellas tres palabras otras tantas condiciones esenciales del éxito de sus esfuerzos, y las ciencias, alumbradas por esta nueva luz, marchan de progreso en progreso, de descubrimiento en descubrimiento. La influencia feliz del método de Bacon sobre las ciencias físicas, sobre todo, fué inmensa; pero aplicada al espíritu humano, no pudo menos que engendrar el materialismo. No se crea por esto que Bacon era uno de esos filósofos exclusivos que hacían del espíritu y de la materia dos substancias tan mortalmente enemigas que no podían constituir en hermandad las partes de un mismo todo. No; pero, habiendo procurado con especialidad fundar la ciencia en la interpretación de la naturaleza, profundizando cuanto pudo el estudio de ésta, su sistema, en manos de Hobbes, su discípulo, dió en el materialismo.

Descartes, del mismo modo que Bacon, emprende la reforma de la filosofía. Conociendo que era esclavo de una multitud de preocupaciones peligrosas al saber, se propone deshacerse de ellas y modificar todos sus conocimientos, no apoyándose sino en reglas seguras. Con este fin, estableció cuatro reglas de lógica fundamentales, pero no contento con imponer reglas á sus juicios, quiso también someterse en sus acciones á ciertas máximas morales que también formuló. En seguida se contrajo á pasar por un examen riguroso todas sus ideas, reformando unas y desechando otras enteramente de su espíritu. Dudaba de todo, pero no por el simple placer de dudar, sino como un medio de llegar á la ciencia. Advertido Descartes por los extravíos de sus antecesores, quiere convenirse de que todo es falso, y que la duda es el antecedente necesario de la adquisición de toda verdad; pero, en medio de esa duda universal, convéncese de que por más que quiere, su escepticismo sabio y momentáneo no puede negarse á creer que el pensamiento es algo, y asienta esta primera verdad: *Yo pienso, luego existo*, fundándose en que, para dudar, es preciso pensar, y para pensar, existir. Asentado ese principio, hizo de él la base de toda su filosofía: base, por cierto, robusta é inalterable.

En efecto, bien pueden los espíritus propensos al escepticismo proclamar las doctrinas más absurdas, y negar las verdades más palpables como el mundo físico y la existencia de Dios. No hay que extrañarlo. Semejantes doctrinas son el resultado necesario de la organización humana. El hombre, dotado de un espíritu investigador, penetrante, se lanza á explicar verdades que en razón de lo limitado de nuestra inteligencia son misterios, y si no da con el *cómo*, lejos de reconocer el hecho, lo niega con audacia. Estos pretendidos filósofos, negando no lo que es absurdo sino lo que es superior á su inteligencia, violan una de las reglas fundamentales de toda buena filosofía. Pero no sucede lo mismo con la propia existencia. Sea cual sea el estado de nuestra alma, sean cuales sean las vicisitudes de la vida, jamás el *yo* llegará á dudar de sí mismo. Es absurdo : y pues que es absurdo es imposible.

Del estudio un poco detenido de la filosofía y de sus resultados generales, resulta á primera vista una observación que, en mi opinión, basta para confundir á los que la han representado como una ciencia peligrosa, á saber : La guerra á muerte que han declarado casi todos los déspotas á los filósofos ó amigos de la Ciencia. ¿Qué mejor argumento á favor del filósofo ? Si el déspota la persigue es porque sabe que la proclamación de una nueva idea basta á veces para preparar una gran reforma, porque conoce que el saber, enemigo mortal del despotismo, oponiendo á la arbitrariedad la razón, instruye al pueblo, le alumbrá, y éste, sabedor de sus derechos, abjura la obediencia pasiva que degrada, para abrazar la activa que ennoblece.

Finalmente, el despotismo lo persigue porque sabe que la reforma intelectual, que es la misión del filósofo, trae consigo necesariamente la reforma material.

Descartes, que no aspiraba á reformar sino su pensamiento y á substituir el examen racional á la autoridad, prepara sin saberlo el gran movimiento político de la Revolución francesa. Así debía ser. Es tan grande la influencia de las ideas, que pretender reformarlas

y agitarlas, sin reformar y agitar el mundo, es del todo imposible.

Tal es, señores, el cuadro en que he procurado trazar, ciñéndome cuanto he podido, los grandes sistemas, las grandes ideas que, desde los primeros filósofos, han continuado ó continúan dominando.

Hemos visto á la filosofía antigua, dedicándose ante todo al estudio de la naturaleza, adoptar un método errado aunque sí muy natural y legítimo por las razones que he expuesto anteriormente. En el análisis de aquél he tenido ocasión de refutar el naturalismo y el espiritualismo, en sí y en sus desarrollos, como falsos representantes de una filosofía degenerada; y finalmente he concluído enumerando los esfuerzos de los grandes genios por impulsar á la filosofía en la senda del progreso.

Señores, si el cuadro que os presento es imperfecto no faltarán plumas que, más capaces que la mía, sepan tratar este asunto con la madurez que requiere.

ADOLFO ALSINA.

Montevideo, 7 de enero de 1850.

EL DOCTOR ANTONIO E. MALAVER

Une circonstance essentielle à la justice que l'on doit aux autres, c'est de la faire promptement et sans différer : la faire attendre, c'est injustice.

(LA BRUYÈRE. *Des jugements.*)

Inesperadamente, cuando las vacaciones del foro y de la Facultad habían diseminado á sus colegas y á sus discípulos por todos los ámbitos de la República, cayó para no levantarse más, minada secretamente, la robusta naturaleza que todos creíamos destinada á vivir todavía largos años.

Ante la dolorosa realidad, en presencia del féretro que contenía sus restos, contemplando su rostro apacible con los ojos cerrados para siempre, volvía á mi memoria un recuerdo cercano : le veía en una tarde de la última primavera, en el salón académico de la Facultad de Derecho, sentado á la cabecera de la gran mesa, en la luz plena que penetraba por las grandes puertas laterales, inclinada la cabeza sobre los planos del nuevo edificio que se proyecta construir en la Avenida de Mayo, estudiándolos en sus detalles, moviéndolos y acercándolos para que su vista cansada y escasa pudiera percibirlos; y, en seguida, interrogar al arquitecto, discutir, consultar, proponer modificaciones, animado de un entusiasmo

juvenil, anheloso de contribuir, como su amigo el doctor Moreno, á que la enseñanza del derecho se hiciera en casa amplia y cómoda que llenara las exigencias del presente y del porvenir; y deseoso, seguramente, allá en lo íntimo de su alma de *universitario*, de que la Universidad de Buenos Aires tuviera, para admiración de propios y extraños, uno de los edificios más suntuosos y más bellos de de la Capital.

La obra que lo tuvo entre sus iniciadores se realizará, sin duda. Para ella se le prepara el homenaje merecido que, por extrañas circunstancias, no se le rindió en la tumba, donde las voces que interrumpieron el triste silencio sirvieron para hacer más notable el mutismo inexplicado de la toga y de la cátedra.

La manifestación visible de la justicia póstuma no podía tardar para el que ha sido, durante treinta años, una de las más descollantes y mejores figuras de nuestro foro.

Nacido en la época tristísima de nuestra historia (1), pasó su infancia y su adolescencia en un medio poco favorable para el desarrollo de sus calidades nativas. Él mismo lo ha dicho, con la exactitud de los recuerdos personales, en la *Vida y obras del doctor José M. Moreno*, que tiene páginas de autobiografía por las semejanzas de los dos coetáneos y fraternales amigos.

Rosas, que había suprimido de hecho, con su famosa orden de 27 de abril de 1838, el departamento de estudios preparatorios de la Universidad, expulsó en 1841 á los jesuítas, que sustituían á los profesores oficiales desaparecidos, y no dejó más escuela abierta que las clases de gramática latina y de filosofía de los conventos de San Francisco y Santo Domingo.

En el de San Francisco estudió el joven Malaver aquellas materias bajo la dirección de Fray Pedro Durand, concluyendo sus cursos preparatorios en la Universidad (2).

(1) El doctor Malaver nació en esta ciudad el 10 de abril de 1835.

(2) Su primer maestro fué don Juan B. de la Peña, en cuya escuela estuvo tres años, al cabo de los cuales nada tenía que aprender allí.

Terminados sus estudios secundarios, hubo de ingresar á la Facultad de Medicina; pero nombrado delineador en el departamento topográfico, que el gobierno provisorio reorganizó á la caída de Rosas, Malaver siguió el curso de matemáticas que dictaba el señor Pedro Pico, y se recibió de agrimensor (1).

En 1857 resolvió hacerse abogado y emprendió, á la edad en que otros lo concluyen, el aprendizaje del derecho, con tanta tenacidad, empeño y laboriosidad que consiguió bien pronto destacarse entre su grupo, revelando las dotes que caracterizan y distinguen su personalidad.

Hay siempre en los duros comienzos de un hombre manifestaciones embrionarias de sus calidades, y las líneas indecisas dibujan los rasgos principales de su fisonomía futura, que raras veces las corrientes sociales ó los influjos del medio y los accidentes de la vida logran borrar ó modificar profundamente.

Lo que ha sido el doctor Malaver en nuestro foro, en nuestra Universidad y en nuestra sociedad política pudieron lógicamente inducirlo los que le vieron emprender á los veintidós años, la carrera de abogado y presenciaron sus trabajos en el aula universitaria y en la academia teórico-práctica de jurisprudencia.

Desplegó entonces una actividad infatigable, una laboriosidad constante y metódica, comprendiendo desde temprano que el trabajo es la fuente fecunda del éxito profesional, la condición indispensable del verdadero saber y el medio único de disciplinar, perfeccionar y aumentar las fuerzas intelectuales. Sin esa palanca, nadie ha llegado á las cimas; nadie ha pasado la línea media de la mediocridad.

(1) El Departamento Topográfico fué reorganizado por decreto de 22 de agosto de 1852.

El curso del señor Pico tenia por objeto preparar á los jóvenes para la carrera de agrimensores, y el departamento estaba autorizado á expedir los títulos.

Malaver obtuvo el suyo en abril de 1853. Continuó como secretario en el departamento y colaboró en trabajos importantes: las instrucciones á los agrimensores, el compendio de las disposiciones sobre tierras públicas y el plano de la ciudad.

Malaver, como los Dupin, Liouville, Berryer, Lachaud, Favre y todos los grandes abogados franceses de este siglo, trabajó arduosa y perseverantemente y pudo repetir á justo título el consejo de Nicolet á los practicantes de París : « Quiero bosquejaros vuestra vida tal como la comprendo y tal como me la traza el cuidado de vuestro porvenir. Veo en ella, ocupando casi todo el cuadro, una gran figura, severa á primera vista y casi lúgubre : ¡ el Trabajo ! Lejos de disputarle su puesto, dejádselo con buena voluntad ».

El doctor Malaver ha dejado la prueba de sus esfuerzos en la Universidad y en la Academia. Las notas que tomó, con su discípulo el doctor Juan J. Montes de Oca, de las conferencias de derecho penal del doctor Tejedor, fueron tan minuciosas y completas que poco habría que agregarles, si se las cotejara con el *Curso* que el distinguido criminalista publicó después. Hizo un extracto de la obra de Donoso, que nunca se imprimió, por desgracia. ¡ Cuántas horas de fastidio habríamos economizado los que, resignados á recibir la ofrecida « ligera tintura al joven canonista », soportamos la lectura de las largas disquisiciones del buen obispo de la Serena !

Y por fin, llevó á cabo, en unión con los doctores Montes de Oca (J. J.), José María Moreno y Juan S. Fernández, un extracto del *Tratado de Procedimientos* del doctor D. Miguel Esteves Seguí, poniéndolo en relación con las modificaciones y cambios introducidos en nuestros tribunales desde 1852.

Conocemos solamente una parte de esta obra, que se publicó en 1870 : comprende la organización de los tribunales y el procedimiento ordinario ante los árbitros y ante los jueces.

El meritorio trabajo, sucinto, claro y metódico, pertenece exclusivamente á los doctores Malaver y Montes de Oca (J. J.) (1).

La reputación de las aulas le siguió en el foro : la clientela,

(1) No hago biografía y me concreto á señalar los hechos que revelan las cualidades del doctor Malaver ; pero, ya que le atribuyo, en colaboración con el doctor Montes de Oca, la paternidad del volumen publicado del *Manual de Procedimientos Civiles y Comerciales*, adaptado al uso de los practicantes de Jurisprudencia, por Antonio E. Malaver,

arraigada y candorosa esperanza que espolea á los remisos, y acarician los trabajadores como el premio compensador y sabroso de las vigiliias del estudiante, se convirtió para el doctor Malaver en envidiable realidad. El público, que no elige de costumbre sus consejeros letrados entre los mejores, según las clasificaciones de examen, ó porque no las conoce ó porque les atribuye el mismo grado de exactitud que á las cotizaciones del metálico, — que no expresan el verdadero valor de la moneda, — acudió esta vez numeroso al *estudio* del joven abogado. Desde que tomó posesión de estrados, en 1864, hasta su muerte, ha sido el jefe de uno de los estudios más concurridos de Buenos Aires y de clientela más variada y más adicta á su abogado.

Defensor de grandes pleitos, de esos que echan sobre los hombros la responsabilidad inmensa de la suerte de una familia, ha sido también, y quizás más especialmente, el consejero respetado, el amigo discreto de mucha gente, colocada en todos los tramos de la escalera social, que volcaba en su oído la confianza íntima; le pedía el concurso de su probidad y de sus luces, la forma legal de

Juan José Montes de Oca, José María Moreno y Juan S. Fernández, fundaré sumariamente mi aserto.

El mismo doctor Malaver suministra la prueba en la siguiente nota de la página CXL de su bosquejo biográfico de Moreno (*Obras Jurídicas*, tomo I): « No incluimos entre los trabajos del doctor Moreno el *Manual de Procedimientos Civiles y Comerciales*, cuyo tomo I publicamos, en 1870, con él y con los doctores Montes de Oca y Fernández. Como se ve en la advertencia que precede á dicho libro, los Apuntes sobre procedimientos debían ser ejecutados por los cuatro estudiantes cuyos nombres figuran en la portada: tocando al doctor Montes de Oca y al que esto escribe la parte que comprende el tomo I, que fué publicado; y á los doctores Moreno y Fernández el resto del trabajo, esto es, los juicios especiales de la jurisdicción civil, como el juicio ejecutivo, de mensura, alimentos, etc.; y los procedimientos ante las jurisdicciones comercial, eclesiástica, etc.: lo cual debía formar el tomo II, que no fué publicado.

« Dichos señores desempeñaron su tarea si no en el todo, en su mayor parte; pero corriendo sus cuadernos manuscritos entre los estudiantes, después que salimos de la Academia, concluyeron por perderse, y aun cuando los doctores Moreno y Fernández, al emprender aquella publicación, quisieron rehacerlos, para que ello fuese completo, no les fué posible realizar su propósito, á causa de las diversas ocupaciones que uno y otro tuvieron desde entonces. »

salvar situaciones comprometidas, de desatar los conflictos de la conciencia y de la ley, ó de resolver dramas del hogar. No faltaban tampoco, por las mañanas, en su casa de la calle de Belgrano, los pequeños negociantes y los pequeños rentistas, hombres y mujeres, que le llevaban, con el relato no siempre breve de sus cuitas, el pedido de solución de sus asuntos : cuentas de jóvenes bajo la patria postestad, cobros de alquileres, desalojos, contratos de fianza, ó algún gordo reclamo contra el Estado ó la Municipalidad por la suba de la tasación para el pago de los impuestos.

Oía á ellos también con verdadera deferencia y resignada paciencia, cortando suavemente, cuando abusaban, las digresiones que el cliente hilvanaba una tras otra, como cuentas de rosario, para traerlos á la cuestión y darles, en breves y claras palabras, el consejo solicitado.

Avaro de su tiempo, para tantas cosas requerido, poseía el arte difícil de no desperdiciarlo en largas audiencias innecesarias y de contener, sin que su rostro ni sus ademanes demostraran impaciencia ó fastidio, la verba inagotable é importuna de que somos tantas veces víctimas en nuestra profesión.

Su reputación de estudiante fué el primer motivo de su éxito inmediato ; pero ni ella ni su probidad indiscutible, ni su tino para el trato de las gentes, ni su ejemplar laboriosidad explican por sí solas la duración y permanencia de su crédito profesional y el lugar prominente que ocupó hasta su muerte en nuestro foro.

Otras condiciones, otras calidades más altas debió poseer y, en efecto, poseyó el doctor Malaver.

En los países de defensa oral, los aspirantes á la gloria ó á la simple notoriedad, cultivan con esmero las letras y la oratoria. Así, todos los grandes abogados franceses son grandes oradores, maestros en el arte de la palabra, conocedores de los clásicos y cultores de la lengua; — y cuando entran en la política y suben á la tribuna parlamentaria se ha observado, justamente, que el orador forense prima sobre el orador parlamentario.

El abogado-diputado continúa siendo abogado en el parlamento, como el profesor-diputado continúa siendo profesor.

Á la inversa sucede entre nosotros. Herederos nuestros tribunales, y sucesoras nuestras prácticas forenses de la Real Academia y sus abrumadores procedimientos escritos, el orador forense no existe. No forman ambiente propicio ni constituyen escuela y disciplina suficientes, los escasos informes *in voce* ante los tribunales superiores, en presencia de sus miembros, del adversario y de los interesados y sus representantes, cuando concurren, y de tal cual curial desocupado y aburrido.

Cuando, ¡ rara casualidad! en algun asunto sensacional ó escandaloso acude público á las audiencias, se oyen á veces piezas oratorias de mérito y se ven abogados que elevan su palabra á las alturas de la elocuencia, — queda la persuasión en el ánimo de que el orador ha aprendido á hablar en otra parte: en el Parlamento, en la cátedra y no poco en los clubs políticos y en las asambleas populares. Son diputados ó profesores abogados.

También puede afirmarse, aunque menos absolutamente, que no existe el escritor forense. La falta proviene en parte, de un vicio orgánico de la instrucción que se recibe en nuestros colegios: la enseñanza descuidada de la gramática y de la retórica, la ausencia de buenas lecturas y de la práctica de la composición escrita; y, principalmente, de la falta de oratoria forense. En los países á que antes me he referido, el escritor procede del orador,

El doctor Malaver, producto genuino de su medio, no era orador elocuente ni escritor brillante; pero, cuando hablaba, exteriorizaba su claro pensamiento con palabra fácil, en frases bien construídas, de corte castizo, si bien un tanto gerundiano; y cuando quería extremar la argumentación ó le agitaba la pasión, su voz, bronca y fuerte, se tornaba persuasiva y calurosa.

Escritor, exponía los hechos, la legislación y la doctrina aplicables al caso, con arreglo al plan trazado de antemano, en frase correcta, con método escrupuloso, que transparentaba el afán de con-

vencer y la despreocupación de todo otro objeto que no fuera ese. Su tranquilidad y mesura características no le impedían usar, parsimoniosamente, es verdad, la punzante ironía ni levantar sobre jueces ó adversarios el látigo de la sátira (1). Julio Favre, el maestro impecable en la oratoria, se hizo notable en el foro de París por el número de causas que perdió; mientras que, en el nuestro, el doctor Malaver defendió muchos y perdió pocos pleitos.

He aquí cómo se explica, en un estudio reciente sobre el gran abogado francés, la contradicción aparente entre las calidades sobresalientes del personaje y el resultado de su ejercicio: « Ningún abogado ha perdido más procesos que él; pero, después de las magníficas arengas, el cliente mismo, subyugado, era casi feliz de ser el pato de la boda. Agreguemos que, si Julio Favre se hizo famoso por el número de asuntos que perdió, difícilmente pudo suceder de otra manera, y no debe acusarse de ello ni á los magistrados que los juzgaban ni al abogado que los defendía.

He aquí cómo:

«La tendencia de su espíritu llevaba á Julio Favre á considerar la faz estética de un proceso. Si la causa cuya defensa se le pedía chocaba con la letra de la ley, ella no perdía sus seducciones para él: bastaba que encontrara en ella la ocasión para el desenvolvimiento filosófico ó para arranques hacia el ideal. No le desagradaba luchar con un texto que le parecía muy estrecho, ó con una verdad que le parecía digna de ser combatida. Y por eso los procesos más difíciles tomaban naturalmente el camino de su bufete.

«Otras razones más los conducían á él. Había de parte del cliente consideraciones contra las cuales Julio Favre no sabía defenderse. Si veía venir á él á un litigante cansado de transportar su expedien-

(1) Como modelo de su talento expositivo merece citarse su trabajo profesional de más largo aliento: *La prescripción de las acciones de petición y división de herencia* (1881); y, como muestra de sus sátiras é ironía, su último escrito, fechado el 30 de noviembre de 1896: una expresión de agravios en un pleito sobre *Suertes de estancia del Azul*, publicada en volumen de 160 páginas.

te, sin encontrar abogado que quisiera hacerse cargo de él, la aflicción y el apuro del desgraciado conmovían el corazón compasivo de Julio Favre. Y cuando, para completar su obra tentadora, el cliente añadía que su gratitud era el único honorario que pudiera ofrecer, Julio Favre estaba definitivamente conquistado (1). »

El doctor Malaver procedía de muy distinta manera.

Dotado de admirable sentido práctico, ajeno por temperamento y por sistema á los arrebatos irreflexivos, á los entusiasmos ligeros, se conservaba dueño de sí mismo, estudiaba cuidadosamente los hechos — base esencial de todo juicio en materia litigiosa, — y los medios de probarlos; y, en seguida, veía si, con arreglo á ellos y á las disposiciones legales vigentes, eran judicialmente viables las pretensiones de su cliente.

No se enamoraba de teorías para buscar el triunfo en el empeño vano de torturar la ley escrita, inflexible y dura, hasta transformarla y amoldarla á los intereses que defendía, olvidando en la temeraria demanda que el juez aplica la ley, pero no legisla; y las miserias y debilidades humanas, que comprendía y había tocado de cerca, si herían sus sentimientos delicados y su alma sensible, no obscurecían su recto juicio ni doblaban su voluntad y la decidían á tomar bajo su protección y á echar su fama, su ciencia y su talento en la balanza de la justicia para inclinarla al lado de quien quería litigar sin ella.

Ese mismo sentido práctico, ayudado por su larga experiencia, le permitía encontrar siempre el punto culminante, el eje de la cuestión debatida y el lado débil de la tesis del adversario. Una vez encontrado, desenvolvía su argumento, seguía después paso á paso á su contrario, penetraba por todos los vericuetos del expediente, examinaba y comentaba sus constancias, no desdeñaba cuestión alguna de las controvertidas; pero, durante esta tarea su argumento, aparecía en todos los capítulos, á manera de incidencia ó digresión,

(1) ALLOU Y CHENU, *Grands avocats du siècle*, página 216.

como un *ritornello*, que era necesario grabar en el espíritu de los jueces para persuadirlos de la inutilidad de examinar otras faces y tomar distinto camino. Él había encontrado el suyo: ese era el bueno, ese debía seguirse para llegar á la verdad y fallar el asunto. Levantaba su argumento como un martillo, y pegaba, pegaba, sin tregua ni descanso, hasta que consideraba destruída, hecha pedazos, la armazón de la defensa que combatía (1).

Aparte de esta manera personal de encarar la defensa judicial y de sus recursos tácticos, trataba con esmero los puntos legales. Conocía nuestros Códigos, aunque sancionados casi todos ellos después que él abandonó las aulas; no descuidaba la concordancia de sus disposiciones ni omitía la lectura de los comentadores; pero, cuando era posible, prefería orientarse para la interpretación en los antecedentes patrios de la legislación, pues él también amaba con pasión «esa fábula sesuda y razonada de las Partidas» (2), cuyos preceptos retenía en su excelente memoria y se complacía en repetir literalmente en las ocasiones oportunas.

El abogado fué también profesor, académico, consejero, vice-rector y rector interino de la Universidad; y ocupó, fuera de ella, cargos públicos de importancia.

Durante cerca de veinte años dictó el curso de Procedimientos en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Lo abandonó por cansancio, sintiendo que su vista gastada no le permitía sobrellevar, sin grandes sacrificios, la tarea. Presentó su renuncia; pero el Consejo Superior no le dió trámite y le discernió, en cambio, el honor de solicitar para él la jubilación que, por la ley, tenía ganada.

La enseñanza del derecho procesal, de nueva creación en la Universidad, cuando él la tomó á su cargo (3), tan útil como es, no

(1) Ver *Las suertes de estancia del Azul*, ya citadas, y el *Pleito Posse-Duran*.

(2) LUCIO V. LÓPEZ, *Corona fúnebre* del doctor José M. Moreno, página 49.

(3) La cátedra se creó en 1872, con motivo de la supresión de la Academia teórico-práctica de Jurisprudencia. El primer profesor fué el doctor Daniel M. Cazón; nombrado

ofrece ancho campo ni terreno fértil para un curso brillante. El complicado mecanismo de los procesos, los resquicios que la previsión más minuciosa deja siempre á los ardides de la mala fe, las dificultades para conciliar las garantías de la amplia defensa con la celeridad de las tramitaciones, las cuestiones de límites que á cada paso surgen en este ramo de aplicación del derecho, constituyen una materia árida que el doctor Malaver dominaba y explicaba á sus alumnos en forma comprensiva, sencilla y metódica.

De su dedicación y conocimientos ha dejado testimonios irrecusables. Lo reconocen sus discípulos agradecidos, y lo proclaman trabajos de mérito que comienzan en la juventud del maestro y terminan poco antes de su muerte.

Practicante de la Academia, le presenta en 1863 una disertación sobre árbitros, que se conserva en algunas copias manuscritas, cuya lectura es aún provechosa (1).

En 1875 publica el primer tomo de su *Curso de procedimientos judiciales en materia civil y mercantil*, para uso de sus alumnos, trabajo que, no obstante resentirse de la precipitación con que lo preparó y del exceso de citas legales, conserva un puesto en la biblioteca de los abogados y sirve frecuentemente de fuente de consulta. Quedó inconcluso á la espera de los Códigos, cuya sanción se veía próxima, y que se hicieron esperar largo tiempo.

En 1886 redacta, en colaboración con los doctores Montes de Oca y Obarrio, el proyecto de código de procedimientos en lo criminal para la provincia de Buenos Aires; y en 1892 revisa, con los doctores Obarrio y Basavilbaso, el proyecto de código de procedimientos civiles de los doctores Alcorta y Zeballos.

Ha dejado, inédito é inconcluso, aunque muy adelantado, un libro sobre la *Prueba*. Un obstáculo lo detuvo, no pudo vencerlo,

el 20 de febrero de 1873, que lo desempeñó un año, reemplazándolo el 20 de abril de 1874 el doctor Malaver.

(1) El doctor Juan J. Montes de Oca, condiscipulo y amigo intimo del doctor Malaver, ha tenido la deferencia de facilitarme la que he consultado.

se obstinó, no quiso rodearlo, otras ocupaciones absorbieron su tiempo y el trabajo quedó ahí...

El obstáculo consistía en la inteligencia y alcance que debía darse al artículo 1030 del Código Civil, en el título de los instrumentos privados. Sin fuente conocida, consagra ese artículo prescripciones que no se entienden bien : no se concibe fácilmente, en efecto, documentos de crédito en poder de los deudores.

Esta rápida enumeración, extraña quizás á la índole de este bosquejo, demuestra la continuidad de su dedicación á la materia de su enseñanza y la constancia de su esfuerzo.

Pero, el competente profesor presentaba otra faz simpática.

Bajo el aspecto grave y la fisonomía severa del escrupuloso y puntual ejecutor de los reglamentos, se ocultaba una naturaleza cariñosa y un hombre que amaba sincera y profundamente á la juventud.

Los estudiantes lo respetaban, pero no le temían. Cortés y afable con ellos, no descendía á la familiaridad ni buscó jamás esa fácil popularidad que exige prendas de concesiones y condescendencias, relajadoras de la disciplina, y expone á manifestaciones de simpatía irrespetuosa. Procedía así, naturalmente, sin afectación ni fingimiento, obedeciendo á las inclinaciones de su carácter y á la lógica de ideas arraigadas. Pero su despego aparente no implicaba indiferencia. Se interesaba como pocos en la marcha y progreso de los jóvenes; oía con atención sus exposiciones en la clase ó en el examen; y gozaba cuando le parecía descubrir, en algún desconocido que rendía su primera prueba ó había pasado desapercibido, la chispa reveladora del talento. El desconocido podía contar, desde aquel momento, con un propagandista de sus méritos y con el apoyo firme y duradero del maestro que le tendía generosamente la mano para ayudarlo en su ascenso de la montaña.

¡ El recuerdo de estas bondades del doctor Malaver vibra hoy como el primer día en la memoria y en el corazón de algunos !

En la Academia y en el Consejo, donde se escuchaba su opinión

y gozó de considerable influencia, fué, en distinta escena, la fiel imagen del profesor : opositor tenaz y consecuente de las innovaciones radicales y de las excepciones peligrosas, y partidario, dentro de la organización federativa de la Universidad, de mantener en su órbita propia á las Facultades y al Consejo, sin escatimar ni discutir á éste el ejercicio de las funciones que afectan el régimen común de los estudios y la disciplina universitaria.

La llamada ley de « libertad de estudios » — simple ley de libertad de exámenes — que el Congreso votó sin discusión, lo contó, en su paso por el Consejo Superior, entre sus adversarios decididos. Permitir á todos reducir *ad libitum* la duración de los planes de estudios, importaba para él incitar á los audaces, estimularlos á ganar pronto el título doctoral, al amparo de la benevolencia tradicional y la sensiblería contagiosa de nuestras mesas examinadoras.

Adivinaba acaso una epidemia de esas indigestiones cerebrales, que Montaigne diagnosticaba, y que, curadas, dejan la cabeza vacía, la tabla rasa, cuando no sedimentos nocivos.

La política no ejerció sus influjos sobre el doctor Malaver. Él mismo lo ha confesado. « No es privilegio de ninguna raza humana, decía en su biografía de Moreno (1) la especial aptitud para el saber ; ni el poder de aplicarlo al progreso, en que tantas naciones nos aventajan : es solamente que la política absorbe nuestras más poderosas inteligencias, y que éstas se apartan del camino que las conducirá á una gloria sólida y perdurable. »

Ocupó, sin embargo, altos cargos públicos y, aunque de tránsito en ellos, ha dejado bien marcada la huella de su paso.

Fué diputado en la Legislatura de Buenos Aires (1865-1869), Ministro de Gobierno de la misma provincia en la memorable administración de don Emilio Castro, Convencional, Jefe del Departamento de Escuelas y Procurador General de Buenos Aires y de la Nación.

(1) Obra citada, pág. LII.

En el momento histórico de la conciliación, el Presidente Avellaneda le ofreció insistentemente la cartera de Instrucción Pública. El doctor Malaver rehusó resueltamente el honor. Expectador en la lucha ardiente y tormentosa, que la tregua apaciguaba, pensó modestamente que la representación del partido opositor en el Gobierno correspondía á ciudadanos de filiación política más acentuada ó de figuración más militante; temió quizás que, en nombre de la fidelidad á la tradición liberal de los vencidos, se ejerciera sobre él la tiranía partidista y se encadenara su voluntad; acaso también su espíritu sereno vislumbrara la esterilidad del sacrificio...

La página más saliente de su vida pública, la que más honor refleja sobre su nombre, es su colaboración de tres años en el Gobierno de don Emilio Castro, donde tuvo el tiempo y la oportunidad de desenvolver sus excelentes aptitudes de administrador prudente, honesto, celoso y activo.

En efecto, en sus cuatro años de diputado, con la solución de continuidad de una renuncia, trabajó en las comisiones y tomó parte á veces en los debates. Pero el diario de sesiones no contiene ningún discurso suyo de gran aliento.

En la Convención Constituyente, á la que se incorporó tarde, le faltó tiempo para intervenir en las grandes discusiones (1). Le tocó defender en ella el artículo constitucional que establece el acuerdo del Senado para el nombramiento de los ministros del Poder Ejecutivo; y contestando las objeciones á la solución ecléctica que aconsejaba la comisión y adoptó, al fin, la Constituyente, decía estas palabras:

« Si la Convención se fija en los incisos que siguen del mismo despacho, observará que el Gobernador cumple con presentar á la aprobación de la Cámara los ministros. Si la Cámara no resuelve, si la Cámara le niega su acuerdo, presentará, no al que la Cámara quiera, sino aquella persona á quien el gobernador tenga por conveniente.

(1) El doctor Malaver fué elegido Convencional al bajar del Ministerio. Se incorporó á la Convención el 4 de octubre de 1872.

« ¿Se trabará con esto la marcha de la administración? De ninguna manera, porque el gobernador suplirá la falta del ministro con el oficial mayor del ministerio, que tendrá para este caso todas las calidades de un verdadero ministro. La cámara no podrá en ningún caso imponerlo al Gobernador por no tener ministro, puesto que la Constitución lo faculta para suplir esa falta con los oficiales mayores de los ministerios.

« Puede suceder que el Poder Ejecutivo estuviere recibiendo rechazos continuos de los candidatos que proponga, si las cámaras decidieran hostilizar al gobernador; pero si las cámaras tuvieran este deseo lo harían de cualquier otro modo, por ejemplo, no reconociéndole ó no despachando los proyectos que el Gobernador les remitiera, y por todos los medios de que las cámaras se pueden valer para ese objeto » (1).

¡El porvenir se encargó de producir el caso práctico, y de demostrar cuán peligrosos son los sistemas mixtos de control excesivo y cuán convenientes son para la marcha regular y benéfica de las instituciones políticas las líneas fronterizas de los poderes, — netamente marcadas!

Más acertado todavía, á mi juicio, estuvo el doctor Malaver en su oposición á las municipalidades de barrio, — última palabra de la descentralización administrativa, — cuyas bondades preconizaba elocuentemente el doctor López (V. F.); — que triunfaron en la convención para quedar como letra muerta en la constitución, mientras que la municipalidad única triunfaba en el hecho.

Pero, es menester reconocerlo, el diputado y el convencional no resisten la comparación con el ministro.

En el ministerio pisaba terreno firme. Miembro de un gobierno que alentaba la pasión del bien público y abrigaba el propósito de impulsar vigorosamente el progreso de la gran provincia argentina, el doctor Malaver tenía ancho campo para desenvolver sus

(1) *Debates de la Convención Constituyente de Buenos Aires*, tomo II, página 1174.

iniciativas y colaborar activamente en la tranquila labor administrativa, á cuyo servicio puso enteramente las fuerzas de su inteligencia y su hombro robusto de trabajador infatigable.

No cabe en los límites de este bosquejo la historia interesante é instructiva, por más de un concepto, de aquella administración ejemplar. Está hecha, por otra parte, en lo fundamental, en las memorias ministeriales, en los mensajes á la Legislatura y en los diarios de sesiones de las cámaras legislativas.

Los arduos problemas cuya inmediata solución requirió el terrible flajelo de la fiebre amarilla en 1871 — traslación de los mataderos, clausura de cementerios, habilitación de otros, construcción de líneas férreas, desalojo de la ciudad, habitaciones para los pobres y asilos de huérfanos, asistencia médica — hubieran justificado el abandono ó la postergación de problemas y asuntos menos urgentes.

Sin embargo, apenas desapareció la epidemia, el Poder Ejecutivo elevó á la Legislatura el proyecto de ley orgánica municipal que, con el fundamento y comentario de cada artículo había preparado el doctor Malaver, ayudado en este caso por el doctor José M. Moreno. Nunca sancionó la legislatura ese proyecto; pero la ley que rige en la Capital se ha inspirado en él. En el mismo año y en el siguiente tomaba la iniciativa para la construcción de las obras del puerto de Buenos Aires; propuso reformas en las leyes de Procedimientos y en el Código Rural; proyectaba la traslación de las fronteras hasta las márgenes del río Negro, ofreciendo para la empresa al Gobierno Nacional la cooperación y los recursos de la Provincia; creaba el Asilo de Huérfanos; construía la Penitenciaría; daba principio al Hospital de Hombres (hoy de Clínicas); compraba el terreno para la instalación de un Instituto Agrícola en Santa Catalina y preparaba sus planes de estudio; preconizaba la necesidad de reorganizar la dirección de la instrucción primaria y de declarar á ésta gratuita y obligatoria, trazando desde entonces las líneas generales de la ley futura y aún vigente, que es obra suya; sostenía la conveniencia de segregar de la Universidad el departa-

mento de estudios preparatorios ; y tenía tiempo todavía para atender al despacho administrativo y mantener, á propósito de dos guardias nacionales desertores destinados al ejército de línea por un jefe de frontera — doctrinaria discusión constitucional sobre el derecho de los gobiernos provinciales para ejercer el de petición que Sarmiento, malhumorado y caviloso, había tomado como una atrevida invasión de atribuciones de su « agente natural » el Gobernador de Buenos Aires (1).

Tal es, á grandes rasgos, el pálido bosquejo de la noble vida del doctor Malaver.

Su figura no presenta aristas salientes ; su personalidad no tiene larga y descollante actuación en nuestra política ; no ha dirigido en momento alguno los sucesos de su tiempo ; su palabra no ha arrasado á las muchedumbres, ni lo ha rodeado la aureola de las simpatías populares. En su mismo tranquilo campo de acción no ejerció dominadora supremacía, y si se examinan los productos de su enorme labor, no se encontrará el monumento duradero de alta ciencia jurídica.

Ahí no estaba el mérito y ¿por qué no decirlo? la originalidad del querido y respetado muerto. Ese mérito y esa originalidad residían en la admirable unidad de su vida, dedicada por entero al ejercicio de las virtudes que más ennoblecen al hombre y al ciudadano ; en su ejemplar lealtad por los principios de su credo político ; en esa constante pasión del bien público que debiera ser la pasión exclusiva de los gobernantes ; en la invariable rectitud de la conducta. Agregad, para completar el cuadro, la posesión de una inteligencia reflexiva, equilibrada, ponderada, homogénea, servida por una fuerza de trabajo que su dueño supo utilizar, pródiga, pero regularmente, — durante más de cincuenta años. Agregad todavía que el hombre privado debía ser y era digno del hombre público.

(1) Memorias del Ministerio de Gobierno de Buenos Aires, correspondientes á los años 1870-71 y 1871-72.

Ultimamente su amigo más íntimo le decía : « Por qué no abandona Vd. el *estudio* y el directorio del Banco, y se dedica al descanso? No puedo, contestó el doctor Malaver; mis rentas no me bastan. »

Había llegado á reunir una fortuna ; y no había alterado su método de vida ni salido su hogar de la cómoda modestia ; pero las rentas no le alcanzaban, porque este hombre, que tildaban algunos de poco generoso, sabía cumplir sus deberes para con los suyos, y, fiel á la fe de sus mayores, practicaba, en silencio y en secreto, la caridad cristiana.

¡ Caen y caerán sobre su tumba lágrimas de gratitud; y, en ignorado rincón de hogares humildes, almas creyentes elevan sus preces al Altísimo por la eterna ventura del varón justo !

Y, á los que lloran y rezan por este hombre que, en la arena movediza de nuestra sociedad y en las formaciones de aluvión de la nacionalidad argentina, se hizo solo, conquistó el saber y practicó la virtud, dejándonos un ejemplo en la unidad y en el equilibrio de su acción — se agregarán sus amigos y sus discípulos para honrar esa existencia que acabó serenamente, — como serenamente se había desenvuelto en el culto del honor y del trabajo.

EDUARDO L. BIDAU.

LA PESQUISA⁽¹⁾

Después de la comida y, si la tarde era bella, de cuatro vueltas dadas sobre cubierta de popa á proa, deteniéndonos á ratos para encender un cigarro á la mecha del palo mayor ó para buscar en vano el fantástico *rayo verde* del sol poniente, solíamos sentarnos en un solo grupo argentino para escuchar cuentos é historias más ó menos auténticas. Una noche, como alguien refiriese no sé qué hazaña de la policía francesa, el conocido porteño, Enrique M..., que había sido años anteriores comisario de sección en Buenos Aires y demostraba extraordinaria afición á sentar paradojas en equilibrio inestable, como pirámides sobre la punta, formuló esta tesis : que en la mayor parte de las pesquisas judiciales la casualidad es la que pone en la pista, basta un buen olfato para seguirla hasta dar con la presa. Y á raíz de sostener acaloradamente su aventurada opinión, que algunos combatían, nos devanó el siguiente cuento al caso, á modo de argumento irrefutable.

(1) El autor de este cuento ó relato ha querido guardar el anónimo — y tan sinceramente, que nosotros mismos ignoramos su nombre. La persona respetable que nos comunicó el manuscrito nos lo dió como el estreno literario de un joven argentino. Deseaba conocer nuestra opinión : la expresamos con publicar su ensayo, á pesar de revelar cierta inexperiencia y no corresponder del todo al principio la conclusión. No dudamos que *** reincida en la tentativa y que, con ocasión de otro trabajo, nos permita publicar su noticia biográfica.

I

Entre mis amados oyentes no habrá quien no recuerde el suceso trágico de la Recoleta, que durante un mes tuvo aterrado al barrio del norte de Buenos Aires. En una casa-quinta aislada, donde vivía una señora anciana con una joven de veinte años, entre hija adoptiva y dama de compañía, un crimen horrible fué perpetrado durante una de las largas noches del invierno de 188...

Aunque dicho barrio, entonces menos poblado que hoy, no dependiera de mi sección, tuve que intervenir en el asunto por ausencia del comisario á quien correspondía. Avisado á las cinco de la mañana por un vigilante, acudí al lugar del suceso. Desde la puerta de calle, que daba sobre el jardincito que rodea la habitación, gotas de sangre salpicaban el suelo; un cadáver de hombre mal trazado — de la sumaria resultó italiano—estaba tendido en las gradas del vestíbulo; otro cadáver, el de la dueña de casa, — destrozados los vestidos y desgredada la blanca cabellera, con una espantosa herida en el cuello, un tajo brutal de cuchillo que cortara la traquearteria, —yacía en un dormitorio, apoyado el tronco contra el pie de la cama, en un charco de sangre. Un revólver de calibre mediano estaba tirado en la alfombra.

La joven, que declaró llamarse Elena C. y permanecía anonadada en un sillón del cuarto vecino, fué invitada á suministrar los primeros datos á la policía; después de manifestar su consentimiento con un ligero ademán, se dió principio al interrogatorio.

Era una encantadora muchacha de aspecto extranjero, con ojos claros y la suelta cabellera rubia como un trival; alta y robusta, vestía de negro con una sencillez elegante que hacía contraste con el desorden de la catástrofe. Se expresaba con pausa y precisión, sin buscar sus frases ni rectificar sus palabras, aunque por momentos la brusca emoción de un incidente recordado interrumpía con un so-

llozo la empezada narración. Por ella supimos lo siguiente, que fué completamente confirmado por la instrucción de la causa.

La señora de C., viuda de un comerciante español, después de liquidar la sucesión había colocado en diferentes bancos el importe de su modesta fortuna, para retirarse á aquella casita-quinta de su propiedad. Elena, huérfana recogida por este matrimonio sin hijos, se había criado allí mismo y no conocía más familia.

La víctima tenía unos sesenta años. Durante la vida del marido había demostrado una inteligencia y una energía poco comunes, ayudándole en sus operaciones comerciales. Pero, desde los primeros meses de su viudez, su espíritu decayó notablemente, hasta caer en una especie de manía singular : una desconfianza general respecto de la estabilidad de las casas bancarias más acreditadas, y un terror creciente por la miseria que, según ella, la esperaba.

Se comprobó que los diferentes depósitos hechos á su nombre en tres grandes bancos de Buenos Aires, alcanzaban á la suma de cuarenta y cinco mil pesos oro. Pero, poco á poco había ido retirando todas las cantidades depositadas, ignorándose el destino que le diera... Elena suponía que la señora de C. guardaba sus valores en una gran cartera con cerradura que había visto una ó dos veces en sus manos, y que creía encerrara en un macizo y enorme baúl que se veía tras de la cama, abierto ahora, y, sin duda, fracturado por los asesinos. Estaba vacío.

Las dos mujeres vivían con estricta economía, sin más servicio que una cocinera que se retiraba después de servir la comida. La señora de C. no tenía ya renta alguna : para los gastos de la casa, salía ella misma á cambiar mensualmente un billete de cien pesos fuertes, cuyo valor se distribuía en los treinta días del mes con un rigor matemático.

Tiempo hacía, declaró Elena, que este método de vida claustral, en un barrio aislado y distante, se había vuelto insoportable para ella, al par que la soledad inspirábale serios temores. El rumor de las grandes sumas que poseía en cartera su bienhechora, había cundi-

do por el vecindario; y ya una noche la señora de C. — que guardaba siempre un revólver armado en su velador y lo manejaba con una destreza varonil— había hecho fuego sobre un presunto ladrón á quien sorprendió escalando la reja del jardín. — Después de este suceso, que ocurrió seis meses antes y alarmó á Elena, ésta insistió con tanta energía para mudar de casa que la señora parecía dispuesta á ceder y prometía siempre trasladarse en breve á otro barrio más central.

Tal fué, en compendio, la relación de la interesante Elena, que fué confirmada por la cocinera. En cuanto al drama presente, la muchacha lo explicaba del siguiente modo, y las indagaciones ulteriores parecieron corroborarlo en todas sus partes. Con todo, debo decir que uno ó dos puntos oscuros no dejaron de despertar en mí una vaga desconfianza, teniendo alerta mi instinto olfateador de sabueso policial. Pero aquello fué muy pasajero, y luego todas mis sospechas se desvanecieron — ó adormecieron.

La víspera, á las diez de la noche, después de los rezos en común, según la invariable costumbre, Elena dejó á la señora de C. en su dormitorio, y ganó el suyo que no era contiguo sino separado por el comedor, y con ventana á los fondos de la casa.

Elena no estaba acostada aún, habiéndose quedado entretenida hasta *muy tarde* con la lectura de una novela. Había comenzado á desnudarse, cuando un grito de mujer, prolongado y desgarrador— un clamor que no tenía nada de humano y parecía el aullido de una fiera en agonía, — rasgó el lúgubre silencio de la noche... « Di un salto, herida por un choque eléctrico, mas quedé al pronto inmóvil, como petrificada por el terror. Me era imposible dar un paso adelante, aunque hacía para ello el más intenso esfuerzo de voluntad... Aquello duró unos segundos... Retumbó entonces una detonación; — percibí otro grito ahogado... un tropel de gente que lucha; el sordo desplome de un cuerpo en el suelo, y, en seguida, un lamento lastimero que fué apagándose por grados, concluyéndose en arrastrado estertor. Al fin, pude sacudir la capa de hielo que me parali-

zaba... Corrí al dormitorio, cuya puerta estaba abierta, así como la ventana que daba á la galería exterior... Mi madre, tendida al pie de la cama, en las últimas convulsiones de la agonía, no pudo sino reconocerme en una larga mirada, desesperada, extraviada, que la muerte empañó rápidamente ».

Algunos vecinos acudieron, encontrando en el vestíbulo el cadáver del presunto asesino; un médico, llamado á escape, no pudo sino hacer constar la doble muerte, producida por bala de revólver la del hombre, por arma cortante la de la mujer. Entretanto, con el relato de Elena y el minucioso examen del escenario, yo procuraba reconstruir la tragedia reciente. Los asesinos — pues eran dos, según lo demostraban las pisadas en el jardín, todavía discernibles á pesar de las idas y venidas de los vecinos — habían quedado acechando la hora propicia en un ángulo obscuro de la casa. Entre las dos y las tres de la mañana, uno de ellos había penetrado en las habitaciones con ganzúa, mientras el otro permanecía en observación. La víctima, que dormía siempre con una lamparilla encendida y su revólver bajo la almohada, se había despertado sobresaltada al sentir la garra feroz que le tapaba la boca, y, en el instante mismo en que el acero le abría la garganta, ella hacía fuego sobre su matador, á quema ropa... En este punto de mi escena mental, mi mirada cayó en el revólver de la alfombra; lo tomé y examiné: era un arma suiza común, de calibre 9. Tuve un sacudimiento de sorpresa; el revólver estaba cargado con sus seis cartuchos intactos! ¡Patatrás! Era el ruido de mi laboriosa hipótesis que se venía al suelo...

La señora de C. no había disparado el tiro cuya bala mató al *desconocido* (ya no me atrevía á calificar el cadáver que yacía á pocos pasos): ello aparecía claro como la luz; pero ahora el oscuro problema se planteaba más extraño y enigmático que antes. La realidad estaba allí: el cadáver de una mujer asesinada en su cuarto, otro cadáver de un extraño, cuyo aspecto sórdido revelaba claramente sus intenciones al penetrar en lugar habitado — y, como único

lazo entre los dos actos violentos, el espectáculo de los muebles abiertos y las puertas forzadas. No era dudoso que el asesino, después del crimen, había robado ó pretendido robar á mansalva; habíase luego escapado por la ventana; pero ¿quién le había detenido en su fuga, quién había muerto al matador? Era inverosímil y casi inadmisibile la hipótesis de una riña instantánea entre los dos cómplices, rematando en un balazo mortal. Así no proceden los criminales de oficio... Perdido en conjeturas que mi experiencia desechaba apenas formadas, recorría los cuartos y galerías, bajaba al jardín y volvía á subir, sin poder dar con la solución probable del problema ni abandonar su enervante prosecución. — Mientras vagaba así alrededor de la casa, un detalle extraño despertó nuevamente mi sorpresa: el rastro de un hombre llegaba hasta la ventana del cuarto de Elena, y hasta parecía que hubiera saltado de su borde al jardín. La huérfana confesó que en cierto momento había oído un ruido ligero, pero, como estaban cerrados los postigos, no pudo ver nada y no se atrevió á abrir.

La explicación me pareció satisfactoria. Por otra parte, ¿quién podía abrigar sospecha y pensar un instante en establecer correlación alguna entre el abominable crimen y esta fresca muchacha que sollozaba al recordar á su madre adoptiva, revelaba todos los detalles de su pasado y desarrollaba ante nosotros con imperturbable tranquilidad la trama gris de su monótona existencia?

El asesino había saqueado el cuarto. El ropero, la cómoda, el baúl habían sido fracturados: vestidos, ropa blanca y cien objetos menudos yacían en desorden por la alfombra. Sin embargo, en un pequeño cajón de doble fondo de la cómoda, se encontró un testamento ológrafo que instituía á Elena heredera universal. Una sola cláusula descubría el espíritu algo extraviado de la víctima: « Y recomiendo á mi amada Elena que no se separe nunca del medallón en forma de *candado de oro* que llevo en el cuello: allí está mi verdadera fortuna, si ella la sabe encontrar ».

Ese medallón no fué hallado, por más que Elena demostrara vivi-

simo interés por él. Sin duda lo había arrancado el asesino con violencia, pues se notaba en el cuello de la muerta una línea lívida con una ligera escoriación. Tampoco se encontraron valores: el robo, evidentemente, era el único móvil del crimen.

La instrucción no dió más resultados. El matador y probable cómplice del asesino pudo escapar á todas las pesquisas. Pocas semanas después tuve que ausentarme por un par de meses, y á mi vuelta nadie hablaba ya de la sangrienta tragedia, que para todos quedó como un crimen vulgar, perfectamente explicable, si bien para mí era un problema tenebroso cuya solución no había sido descifrada todavía ni al parecer lo sería jamás. Supe vagamente que Elena había anunciado la venta de la casita, pero que mientras tanto vivía en ella con una sirvienta extranjera.

Los múltiples asuntos de mi cargo se sobrepusieron poco á poco á la honda impresión recibida aquella noche, y esta se hallaba casi del todo borrada en mí, cuando resurgió una mañana al leer en un diario el siguiente aviso:

Se ha perdido un candadito de oro labrado, para medallón; representa escaso valor y sólo lo tiene para su dueño por ser un recuerdo de familia. Se pagará mil pesos fuertes á la persona que pueda devolverlo. Dirigirse á Concepción Lisagaray. Poste restante.

Lo insólito del aviso, á pesar de su forma trivial, llamó mi atención. No conocía, por supuesto, el nombre indicado. Pero la suma ofrecida por esa prenda era tan superior á su valor probable, que tuve el instinto de hallarme en la pista de algún misterio. Estuve perplejo y caviloso durante todo ese día, cuando, de repente, un rayo de luz cruzó por mi cerebro: ¡El candado de oro! ¡El crimen de la Recoleta!

II

No puedo decir que formé mi plan, pues muy evidente está que necesitaba dirigirme á tientas, ó, mejor dicho, dejarme llevar por los acontecimientos; pero desde ese momento tuve la vaga intuición de estar en la pista de una solución extraordinaria, inesperada, del suceso antes referido. Confieso que al interés profesional se agregaba ahora un vehemente deseo, hecho de curiosidad desinteresada, por descubrir la verdad á toda costa, para mí solo, y sin poner en juego los resortes oficiales. Felizmente, mi amistad personal con un alto empleado del Correo me permitía practicar ciertas averiguaciones sin que interviniera directamente el departamento central de policía, cuyo auxilio reservaba para un caso supremo.

No tenía sino dos jalones, pero bastaban para fijar la dirección que había de llevar: debía desde luego establecer que el aviso del diario había sido publicado por Elena C., bajo el nombre de alguna persona muy allegada; en seguida, descubrir al poseedor de la prenda perdida, si llegaba á presentarse. Era cosa evidente que Elena no creía en un hallazgo fortuito: para ella, como para mí, el actual poseedor del relicario era el ladrón, ó más probablemente un encubridor y cómplice. De todos modos, ahí estaba el nudo de la cuestión. El detalle que más enardecía mi curiosidad era la suma enorme ofrecida por esa prenda. Y entonces la extraña cláusula del testamento de la anciana señora me volvió á la memoria: *allí está mi verdadera fortuna, si la sabe encontrar.*

Entre mis agentes, había un belga, antiguo empleado de la Prefectura de Bruselas, discretísimo y atrevido, — un sabueso capaz de rastrear en el agua. Le dí el encargo de averiguar sigilosamente el método de vida de Elena, procurando descubrir si entre sus amigas había alguna llamada Concepción Lisagaray. El resultado fué mucho más rápido de lo que era dado esperar.

Al día siguiente — recuerdo que era el 24 de diciembre, víspera de Navidad — se presentó temprano á mi despacho mi fiel agente Hymans, y allí, con su flema habitual y admirable economía de palabras, me dijo sencillamente, después de saludarme :

— Elena C. tiene una sirvienta vasca, llamada Concepción Lisagaray ; viven solas, sin visitas. Hace dos meses que Elena está en posesión de su herencia, y desde entonces ha dejado de visitarla su apoderado, el único hombre que pisaba la casa. ¿Qué manda ahora el señor Comisario ?

Conocía á mi hombre: no malgasté el tiempo en felicitaciones. Le ofrecí una taza de café, que rehusó, y un cigarro habano, que aceptó.

— Ahora, díjele, se trata de no perderle pisada á la tal Concepción ó á la misma Elena si saliera. Y cuando una de las dos se dirija al correo ó algún buzón, probablemente al de Cinco Esquinas, me avisa Vd. á escape. Gastos discrecionales.

Se retiró y fuí al correo: tenía, como dije, relación con el jefe de la sección *Poste Restante* y no hubo necesidad de recabar autorización superior.

—¿ Recuerda Vd. haber entregado en estos días alguna carta dirigida á Concepción Lisagaray ?

El empleado no vaciló: la víspera, una mujer, joven aún, vestida como sirvienta y de aspecto extranjero, había retirado una carta, exhibiendo un pasaporte español á su mismo nombre. Tuve un brusco ademán de contrariedad, pero me contuve y agregué:

—Comprenda Vd. de qué se trata... La policía sigue una pista: necesito que si el caso se renueva dé Vd. algún pretexto para retener la carta demorando á la interesada y dándome aviso inmediatamente. Le encargo la discreción.

Me retiré á mi casa, lentamente, absorto en mis reflexiones. Indudablemente había perdido la oportunidad de dar un paso definitivo. Elena había recibido contestación. ¿Quién me respondía de que esa contestación no pusiera punto final á las negociaciones? Á

estar yo presente, hubiera seguido á la sirvienta, y, de grado ó por fuerza, habría sabido el nombre del corresponsal... Pero no abandonaba la partida; al cabo el famoso candado no iba en la carta, y si se indicaba alguna cita para la devolución, lo sabría por mi agente Hymans.

Me senté á comer, esforzándome para conservar mi calma entera y no excitar mis nervios con inútiles cavilaciones. Pero el *Candado de oro*, como una fórmula de hechizamiento, zumbaba en mis oídos, relumbraba en la pared, me perseguía, me acosaba sin cesar, á manera de esas obsesiones enfermizas de la alucinación.

Eran las ocho y ya me levantaba para salir, cuando Hymans se presentó, deteniéndose en la puerta para esperar mis preguntas. Primero interrogué su fisionomía: estaba fría, impenetrable como siempre.

— ¿Nada? grité con ansiedad... Dió un paso hacia adelante: ¡ Hay algo!

No pude contener un grito que, lo confieso, daba una pobre idea de mis aptitudes profesionales, en cuanto á dominio propio é impasibilidad.

— Señor, hace una hora que la tal Concepción fué á dejar una carta en el buzón de Cinco Esquinas. Luego...

— Pero ¿ cómo no ha procurado Vd. averiguar el nombre, la dirección? ¡ Ah! ¡ ira de Dios!...

Ya me lanzaba á las recriminaciones, furioso y ciego como el jabalí por entre el monte. Hymans me detuvo con un ademán y pronunció estas palabras con su calma acostumbrada:

— La carta llevaba esta dirección: Señor don Cipriano Vera, calle de la Victoria, número 158...

¡ Ah! ¡ sangre meridional! me abalancé sobre Hymans, lo abracé, lo arrojé sobre un sofá y tutéandolo por primera vez, le grité con una carcajada: ¡ Bien, hijo mio: cuéntamelo todo!

El relato era corto, sobre todo en boca de aquel diablo de flamenco que hubiera despachado en tres minutos la historia del sitio de Troya.

En substancia supe lo siguiente : hacía dos días que el muy belloco enamoraba á la sirvienta, prodigándole finos requiebros, acompañamientos al mercado, regalos de confites y otros galanteos de alto estilo. Omito muchos detalles sabrosos y pruebas de su maquiavelismo un tanto primitivo. Lo cierto es que no había tenido mucha dificultad para conseguir su propósito — me refiero al dato buscado. Aquella misma tarde, al saber que Concepción llevaba una carta, se empeñó en ahorrarle el trabajo de echarla al buzón, haciéndolo él mismo con exquisita galantería ; así pudo leer rápidamente la dirección y grabarla en su memoria infalible.

Concluído el interrogatorio y apuntadas las señas que me dictó, cargué cuidadosamente mi revólver de bolsillo, y saliendo con Hymans hasta la puerta de la calle, le despedí con estas palabras :

— Yo voy allá, al Once de Septiembre : siga Vd. en acecho y déme aviso en la Comisaría si algo ocurre ; esperaré hasta las dos... Pero, amigo ¡ cuidado con el fuego ! no vaya á salir cierto el cuento...

— ¡ No hay peligro, señor !

III

Me dirigía resueltamente al Once de Septiembre, ó sea al número 158... de la calle Victoria, que era el de la casa indicada. Así lo había combinado y deliberado de antemano. Llegado que hube á la plaza Lorea, tomé un coche con esa intención. Repentinamente, en el momento de dar las señas al cochero, grité : *calle Larga de la Recoleta!*

Yo creo firmemente que hay en nuestro sér mental una especie de segundo yo instintivo y vergonzante, que habitualmente cede el lugar al primero, — al yo inteligente y responsable que procede por lógica y razón demostrativa. Pero en ciertos instantes, raros para nos-

otros, gente vulgar, y frecuentes para el hombre de genio, el antiguo instinto desheredado, esa como *conscientia spuria*, que diría Schopenhauer, se lanza á la cabeza del batallón de las facultades y manda imperiosamente la maniobra.

Así pensaba yo, mientras el coche me arrastraba hacia el norte de la ciudad. Eran las nueve de la noche, y hasta en los barrios más apartados notábase cierto bullicio é inusitada algazara : recordé que era Noche Buena. Repito que no hubiera podido analizar el móvil exacto de mi cambio de resolución ; pero iba ahora instintivamente á casa de Elena, persuadido, convencido de que allí se iba á decidir la cuestión aquella misma noche.

Despedí el coche en Cinco Esquinas, y continué mi camino á pie. Era una pesada noche de verano ; soplabá una virazón de tormenta que amontonaba ya los nubarrones por el sudeste. Estaba llegando yo á la casa-quinta de Elena, cuando un bulto negro se desprendió de la pared y vino hacia mí. Era Hymans. Nada había ocurrido, pero sabía que Concepción tenía licencia para asistir á la « misa del gallo ». Comprendí al punto que Elena necesitaba estar sola esa noche. Dí mis instrucciones á Hymans, para que en caso de acompañar á la sirvienta se hiciera substituir allí por otro agente de confianza, y llamé á la puerta.

El jardín estaba en tinieblas, y una sola luz se vislumbraba por la bajadas celosías de una habitación. Pasaron algunos segundos, percibí un movimiento seco en la ventana, como si alguien inclinara la celosía para mirar. Volví á llamar con más fuerza, oí un ruido de pasos sordos en la arena, con un *frú-frú* de vestido, y una voz de mujer, á dos pasos de la reja, preguntó con acento vasco : ¿ Quién ha llamado ? — Cipriano Vera, contesté en voz baja.

La puerta se abrió, y entré sin agregar una palabra.

IV

Noté que la sirvienta se quedaba fuera, después de volver á cerrar la puerta, como si empezara su licencia con haber introducido á un visitante esperado en la casa. Al igual del jardín, el pequeño vestíbulo, precedido de unas gradas, estaba en completa obscuridad.

En la ventana de la salita de recibo vagamente alumbrada, se divisaba la silueta negra de una mujer, espiando sin duda mi entrada. Di resueltamente unos veinte pasos por la calle enarenada, y subí la gradería del vestíbulo; entonces, en el marco de luz de la puerta entreabierta, Elena apareció murmurando con una voz que me pareció trémula de emoción :

— ¿ Ya estás aquí, Cipriano ? no te esperaba aún...

Y se adelantó vivamente hacia mí con los brazos abiertos... De repente arrojó un grito de sorpresa y pavor, y dió un paso atrás, en tanto que yo mismo, no menos sorprendido por lo inesperado de la situación, balbuceaba algunas palabras de saludo y confusa disculpa.

Reconocióme al punto, y, con un suspiro de tristeza, entró en la salita donde la seguí. Me senté en una silla muy cerca de ella, de manera que, al ocupar el sofá, Elena recibiese de frente la luz de una lámpara puesta en la mesa central. Parecióme enflaquecida y algo marchita; vestía de luto con severa sencillez, y la larga trenza de oro que yo conocía oscilaba en su espalda con cada movimiento suyo. Quedó un rato silenciosa y con los ojos bajos; yo podía contemplar sin sonrojarla la gracia esbelta de su persona que despedía como un perfume de distinción.

Al fin hablé, buscando los términos menos hirientes para sus oídos de mujer joven y huérfana. Su exclamación reciente acababa de levantar para mí una punta del velo misterioso; pero era tan extraño lo que creía entrever, tal contraste formaba con el aspecto

noble de esta desgracia, que mi voz casi temblaba al interrogarla.

— Usted esperaba á Cipriano Vera ¿no es verdad ?

Me contestó con la cabeza y sin alzar la mirada.

— Elena, quisiera persuadirla de que mis palabras nacen de un interés sincero por su situación. — Ese hombre posee una prenda de gran valor para usted. ¿Cómo la tiene ? He comprendido que es muy amigo suyo... ¿Por qué necesita usted valerse de la publicidad para recuperarla ?

Me contestó, sin que variara su actitud :

— Cipriano tomó la prenda aquí, en la noche del crimen...

Tuve un ligero estremecimiento, y casi sin atreverme á formular mi pensamiento :

— Entonces... ¿ha sido cómplice ?

Levantóse bruscamente, juntó las manos y alzando los ojos por vez primera, me miró de frente y exclamó con acento vibrante :

— ¡Cipriano ! ¿Ha creído Vd. que él era un asesino ?...

Se detuvo ; y como sintiéndole seguía mirándola fijamente, comprendió, sin duda, la pregunta delicada que yo callaba ; entonces bajó nuevamente los ojos, al tiempo que un tinte rosado subía á sus mejillas pálidas, y murmuró con acento resignado :

— Y bien, sí ; la realidad es menos atroz que su sospecha. Cipriano estaba en mi cuarto, esa noche, en esa hora terrible... Voy á confesarle toda la verdad. Tal vez con sonrojarme ante Vd., logre evitar la pública vergüenza...

V

Era la vieja historia, el fresco idilio que remata en drama lastimero, como en el gran poema humano de nuestro siglo. Un día él la vió salir de una iglesia y la siguió. Se cruzaron las miradas, luego se rozaron las manos trémulas después de los primeros saludos, de las

primeras palabras triviales y fingidamente alegres, balbuceadas con todo el corazón estremecido y los labios secos... En fin, como siempre sucede, se amaron antes de conocerse, y cuando se conocieron parecióles que habían nacido para amarse eternamente.

Cipriano vivía con una madre pobre á quien sostenía con su trabajo : era empleado y tenía veintiseis años. Ella, huérfana, y criada sin esos besos maternos que siembran rosas en las mejillas infantiles, crecida como yedra en pared que mira al sud y no conoce al sol, dejóse arrastrar por la pendiente fascinadora. Quiso confiar á sus padres adoptivos la gran aventura que caía en su vida : pero éstos, que eran egoístas y la querían para sí, helaron en sus labios el primer asomo de confesión. Y entonces, fatalmente, sucedió al poema virginal bajo la luz del cielo, el enredo cada día más encubierto de las citas clandestinas, en la plaza desierta, en la reja del jardín, y últimamente, después de la muerte del padre, en el cuarto de la joven... Cuando todas las luces de la casa se apagaban, Cipriano entraba como un ladrón por el jardín obscuro, pues la anciana señora no confiaba ni á su pupila la llave de la puerta ; y una noche el amante furtivo había oído silbar á pocas pulgadas de su cabeza la bala de un revólver. Él era el presunto ladrón á quien la viuda hiciera fuego.

La noche del drama, Cipriano entró como siempre escalando la reja de la calle, y luego dirigióse al cuarto de Elena, rodeando la casa y penetrando al interior por la ventana abierta.

Por centésima vez, se repetían en voz baja las protestas y juramentos de un amor sincero. Cipriano ya tenía el consentimiento de su madre, y no esperaba sino un anunciado y merecido ascenso en su carrera administrativa para realizar al fin su compromiso leal. Elena hablaría clara y honradamente á su madre adoptiva : y si ésta negaba su consentimiento... y bien : al cabo ; Elena tenía veinte años !...

Acababan de dar las dos en el reloj del comedor ; de repente Elena tuvo un sobresalto ; poniendo su mano en la boca de Cipriano, prestó el oído hacia el cuarto vecino : parecíale que un ruido insólito se

había dejado sentir por el vestíbulo. Así quedó un instante, con la boca abierta y los ojos dilatados, sin percibir otro rumor que el viento en los follajes. El joven, risueño y confiado, la serenaba enlazándola en sus brazos, y volvía á seguir el tierno diálogo, cuando el estridente clamor de la víctima herida retumbó espantosamente en el silencio nocturno. Elena se precipitó hacia dentro, sin reparar en el peligro, mientras Cipriano, saltando por la ventana con revólver en mano, rodeaba la casa para entrar por el frente, como llamado de la calle al grito de auxilio. Al trepar la galería tropezó con un hombre que huía, y junto con el choque sintió un dolor agudo en el hombro izquierdo; hizo fuego á quema ropa y el hombre cayó. Un objeto metálico rodó á los pies de Cipriano que instintivamente lo recogió.

Al colocarlo en su bolsillo, parecióle que su mano estaba mojada como por agua tibia. Entonces comprendió que la tragedia había concluído, y que el mayor peligro para Elena resultaba de su presencia en el sitio; huyó, cubierto de sangre, procurando comprimir la que salía por la herida. Felizmente el frío de la noche contribuyó á contenerla, y pudo tomar un coche que volvía vacío y lo dejó en su casa, casi desmayado...

Todos estos detalles no se supieron sino después. En cuanto á Elena, sola con su madre expirante, tuvo la atroz energía de componer el lugar de la catástrofe, volver á cerrar su ventana, y discurrir de antemano la explicación que pudiese salvar siquiera su honra y la de su cómplice inocente...

VI

Escuché con emoción profunda el relato de Elena. No podía ya dudar de la verdad: su explicación era limpia como sus lágrimas,

convinciente y clara como la luz del sol. Después de concluir había quedado pensativa. Hubo un gran silencio, y sólo entonces reparamos en el viento que arreciaba y los truenos violentos que anunciaban la próxima tempestad.

Una reflexión postrera me asaltó, y dirigíle nuevamente esta pregunta :

—Todo lo veo y comprendo ; pero no se ha encontrado valor alguno en los bolsillos del asesino ; fuera del medallón, no tuvo tiempo de robar nada ¿dónde estará la fortuna de la señora ?

Parecía como que mi voz la despertara de un pesado letargo ; y me contestó después de breve pausa :

—Mi madre, cediendo á su manía, había ocultado sin duda su dinero en un punto de esta casa. Ignoro donde ; pero creo, estoy segura que el candado de oro nos lo revelará. Ahora sé que Cipriano lo tiene. ¡ Cuánto he padecido en estos meses sin explicarme su prolongado silencio, su abandono aparente ! Una carta de él, que recibí ayer, me ha revelado la verdad. Su herida tomó un aspecto alarmante : durante varios días, el médico creyó que el puñal del asesino había atravesado el pulmón. Cuando la herida empezó á cicatrizar después de algunas semanas, no supo sino vagamente los resultados de la instrucción criminal. No podía confiar á extraños sus ansiedades. Temía por mí, recelaba de su madre, quien, ante el escándalo de la causa, me hubiera rechazado para siempre. Además, él mismo juzgó incurable su mal. Á principios de la primavera tuvo un vómito de sangre ; y cuando por orden del médico fué llevado á Mendoza, tuvo la persuasión de que allí iba á morir. Y entonces ¿ para qué causar á la mujer que amaba y que tanto había sufrido por él este dolor supremo ?... Al fin, restablecido, y preparándose para volver, había leído en un diario el aviso de Elena, y le había escrito explicándoselo todo y fijándole para esta misma noche su primera entrevista después del largo padecer...

En este momento oyóse llamar con fuerza á la puerta de calle. Nos levantamos á un tiempo : Elena me tomó la mano murmuran-

do: ¡ es Cipriano! Y su mirada suplicante me dirigía una muda interrogación:

— Ábrale, Elena, contesté suavemente: llegamos al término.

Salió y volvió pocos momentos después, precediendo á un joven de aspecto enérgico y atrayente. Aunque pálido y delgado todavía, traía en su mirada brillante la revelación del triunfo definitivo de la juventud. Me saludó, escuchó de boca de Elena algunas palabras explicativas, y tomándola de la mano cariñosamente, le dijo con una sonrisa:

— Albricias, Elena: no sólo te traigo el famoso candado sino el secreto que encierra.

Sacó de su bolsillo un medallón de oro y se lo entregó. Era un candadito redondo y liso, de oro bruñido, sin más adorno que una roseta de brillantes en su centro. La prenda valdría unos cincuenta duros, y me parecía incomprensible el alto significado que ambos le daban. Entonces volvió Cipriano á tomarlo en su mano, apoyó tres veces con fuerza en la cabeza central y el candado se abrió como un relicario. Nos aproximamos á la luz, y leímos estas palabras grabadas en la tapa interior:

TRAS DE MI CÓMODA

E. L. E. N. A.

La jóven dió un grito de alegría.

— ¡ Ya sé el secreto de la cerradura: son las cinco letras que no podía adivinar!

Rápidamente nos llevó á la pequeña cómoda del dormitorio, retirémosla sin gran trabajo y apareció la puerta de una caja de hierro, inscrustada en la pared. De construcción especial, no tenía cerradura visible, sino cinco botones de acero con ancha cabeza giratoria y las letras del alfabeto en contorno.

Hacía una semana que Elena, arreglando lo muebles con la sir-

vienta, había descubierto el singular escondrijo. Pero, desconfiando de toda intervención extraña, había preferido seguir su instinto de mujer, que le señalaba el candado de oro como la clave del enigma.

En efecto, Cipriano colocó las letras en el orden indicado, y con el primer movimiento de tracción, la puerta se abrió. Una enorme cartera de cuero de Rusia ocupaba el único estante de la caja. Contenía cuarenta mil pesos fuertes en billetes de banco.

Un mes después Cipriano y Elena se casaron y fui yo mismo...

— Manda decir el señor comandante que tengan ustedes la bondad de hacer silencio...

Era un atento marinero que interrumpía al narrador engolfado en la preparación de su final. El simpático dictador del *Orénoque*, persuadido de que el fin primordial de las travesías es el bienestar de los comandantes nerviosos, hacía cumplir religiosamente la inviolable consigna.

Enrique M. esperó vanamente una protesta de su auditorio: en sus sillones de hamaca, al resplendor de la luna que derramaba su plata líquida sobre las olas quietas, todos dormían profundamente.

LA MÚSICA EN EL ARTE DE CURAR

Entre los antiguos griegos la palabra « música » se refería á cualquier arte en el cual presidían las musas. Hoy día la palabra está restringida á ese arte especial que emplea los fenómenos del sonido para actuar sobre las sensaciones auditivas del cerebro; en estas páginas se le dará una significación más comprensiva, y la música será el arte que da vida armónica á las emociones estéticas.

Pocos se atreverán á negar que las emociones estéticas ejercen una influencia muy poderosa sobre el organismo humano, aunque en esta época de ciencia tangible, cuando todo se mide y todo se pesa, el reconocimiento práctico de esta virtud tiende mucho á pasar desapercibido. Sin embargo, la verdad no deja de ser tal por el hecho de estar alejada, más de lo general, de una imperfecta percepción humana. Á lo mejor no poseemos más que un conocimiento muy relativo de cualquier cosa, por más sencilla que ésta sea. El terreno científico sobre el cual diariamente caminamos con pie tan firme, bien pudiera perder algo de su seguridad si, removiendo de nuestros ojos los lentes del hábito tradicional, lo sometiéramos al examen crítico de la filosofía, é inquiriéramos cuál es el valor real de las premisas sobre las que se ha edificado el suntuoso edificio de la ciencia moderna, que, con la majestad de su belleza y no con la solidez de sus cimientos, atrae hoy la admiración

del mundo entero. La falta de precisa exactitud científica no debe entonces ser un obstáculo para penetrar dentro de esferas donde acaso se puedan recoger bálsamos que mitiguen un tanto algunos de los padecimientos de la humanidad.

La música sonora ha sido empleada como agente curativo desde los tiempos más remotos. Se ha sugerido que en épocas prehistóricas la música pasó por tres períodos de desarrollo: *a)* instrumentos de percusión; *b)* instrumentos de viento; *c)* instrumentos de cuerda. Como ejemplo del primero de estos períodos se puede citar el palmoteo de manos y el golpe del pie sobre el suelo que se usan para señalar el ritmo. Era á esta clase de música á la que probablemente pertenecían las antiguas encantaciones egipcias — encantaciones en donde la acentuación rítmica predominaría sobre la variación diapasonal y así sería percibida mejor por el oído inculto.

Según Máspero, los discípulos de Thot tenían control sobre palabras y sonidos, que, emitidos en el momento oportuno y con la « voz correcta », ejercían influencia sobre los dioses para hacer y deshacer á su voluntad. Podemos entonces suponer que también las encantaciones que se encuentran prescritas en los papiros médicos debían ser emitidas con la « voz correcta », y contenían, por consiguiente, un elemento de música. El papiro médico egipcio más antiguo que se conoce fué encontrado en Kahûn, por Petrié, en 1889, y Mr. Griffiths, del Museo británico, ha traducido algunos extractos. Este papiro, que data de 2500 años antes de la era cristiana, contiene una sola encantación médica, y ésta se refiere á la posible fecundidad de una mujer. Pero en el papiro médico de Ebers, en el papiro de Brugsch, y en el papiro médico del Museo británico (todos los cuales datan como mil años después del papiro de Kahûn) se encuentran encantaciones, algunas veces solas, otras acompañadas con recetas de remedios prescritos para el tratamiento de diferentes enfermedades.

Pocos siglos más, y encontramos la música del arpa como agente terapéutico entre los antiguos israelitas. El rey Saúl estaba

« atormentado por un espíritu malo », y sus siervos le dicen « si tú lo mandas, los siervos que tienes aquí delante buscarán un hombre que sepa tañer el arpa, para que cuando te arrebate el espíritu malo la toque con su mano y tengas algún alivio ». Trajeron entonces al arpista David, y « cuando arrebatava á Saúl el espíritu malo, tomaba David el arpa, y tañía con su mano, y Saúl se recobraba y se sentía mejor ».

Los griegos dividían la música en los estilos dórico, frigio, lidio, y eólico, según la influencia que ella ejercía sobre el organismo. Cuando Mecenas, el protector de los literatos latinos, sufría de insomnio, se ensayó curarlo con el canto de pájaros. La virtud terapéutica de la flauta era muy conocida entre los latinos. Aulo Agellio, un escritor nacido en la época de Adriano, habla así del poder curativo de este instrumento musical : « es una creencia muy general que un hombre atacado de ciática sienta que la intensidad de su dolor disminuye insensiblemente, si alguien situado cerca de él extrae de la flauta sonidos suaves y melodiosos ». El mismo autor cita á otro escritor, cuando afirma que « en muchas enfermedades los sonidos de la flauta son un remedio soberano ».

Pero fué en la edad media cuando la música, como agente terapéutico, adquirió grandes proporciones, y Hecker, el célebre historiador médico de esa época, ha descrito con toda minuciosidad esas extraordinarias epidemias de danza, cuando el tratamiento por la música fué usado en gran escala, y con resultados tan brillantes en el éxito como unifomes en la acción.

Las epidemias de danza que agitaron á Europa en la edad media, se supone fueron desarrolladas en un suelo mental, que, debido á las influencias deprimentes de la enorme devastación producida por la peste negra, se había modificado en un sentido favorable á un desequilibrio de los centros nerviosos. Las epidemias tuvieron su origen en Alemania, y se esparcieron por todo el país, propagándose hasta otros países limítrofes. Los atacados, tomándose de las manos, formaban círculos en parajes públicos, y habiendo apa-

rentemente perdido control de sus sentidos, bailaban y continuaban bailando durante horas enteras con delirio desenfrenado, hasta que, completamente exhaustos, caían al suelo. La música tenía el efecto, en estos casos, de desarrollar el ataque con mayor rapidez, y para obtener este resultado y de esa manera evitar mayor prostración á los atacados, las autoridades públicas tenían músicos que acudían á todos los puntos donde apareciera la enfermedad. La música suave calmaba la excitación de los danzantes.

Contemporánea con la epidemia alemana que tomó el nombre de « baile de San Vito », apareció en Italia, á mediados del siglo catorce, otra manía de danza que se llamó el « Tarantismo » y que el vulgo atribuía á la mordedura de una araña. En la forma italiana de la enfermedad, la música primeramente producía ataques extáticos, para después expeler á la melancolía que los sucedía. Muchos tenían la vista ó el oído debilitado, algunos habían perdido el habla, y todos permanecían insensibles á las causas ordinarias de excitación. Pero al sonido de la flauta ó de la cítara despertaban como por encanto, abrían los ojos, y moviéndose al principio con lentitud según el carácter de la música, aceleraban el paso cuando ésta tomaba mayor animación, siguiendo su compás hasta concluir en un baile de asombrosa actividad. Matthioli, citado por Hecker, fué testigo personal de estas escenas, y describe cómo los atacados por la enfermedad, aunque yacieran postrados en cama, al sonido de la música se erguían como si recobrarán nueva vida, y abandonando el lecho, se entregaban al baile durante horas enteras sin fatigarse, hasta que cubiertos por una agradable transpiración, entraban en una deleitosa sensación de laxitud, que por un tiempo, algunas veces hasta un año, los sacaba del estado de abatimiento y opresión en que habían caído.

Era opinión general que la mordedura de la tarántula se podía curar únicamente por medio de la música, y como miles de personas se imaginaban que habían sido víctimas de esa araña, la Italia entera era recorrida, durante los meses de verano, por bandas

de músicos, que de pueblo en pueblo, y de aldea en aldea, practicaban en gran escala la curación de los « tarantati ».

Había variación en la clase de tarantelas que se empleaban. El « Panno rosso » era un estilo de música vivaz y apasionada; el « Panno verde » era adoptado para excitar los sentidos de una manera menos violenta: mientras que el « Spallata » era todo suavidad. Era notable que los atacados no podían soportar el sonido de notas discordantes; y se observó también que los paisanos del campo, ignorantes hasta entonces de los encantos de la armonía, adquirirían á este respecto una marcadísima refinación de oído. Todos los estilos no ejercían idéntica influencia sobre los atacados, los que con gestos violentos manifestaban su aversión cuando la música que oían no armonizaba con el temperamento especial de su enfermedad.

Durante los últimos años, el tratamiento médico por medio de la música ha vuelto de nuevo á llamar la atención. En Londres, el canónigo Harford, creyente entusiasta en la eficacia de esta terapéutica, organizó, bajo los auspicios de la orden de Santa Cecilia, bandas de músicos para que acudiesen á los hospitales, que le permitieron entrar, y ejercitar allí el poder benéfico de este arte.

Los resultados obtenidos dejaron ver que en la música se tenía un elemento no despreciable, que podía en casos apropiados ser utilizado con provecho para ciertos enfermos.

En 1892, el doctor Hunter obtuvo permiso de las autoridades del hospital de Helensburgh para colocar un piano en una de las salas con el objeto de estudiar los efectos calmantes y curativos de la música. Varias señoras prestaron generosamente su concurso, y con la ayuda de ellas los enfermos pudieron ser sometidos á la influencia de la música instrumental y vocal, de una clase calculada para apaciguar sus sufrimientos. Como resultado de este experimento, el doctor Hunter, en una carta dirigida al *British Medical Journal*, da el siguiente testimonio: « la cesación, ó á lo menos la disminución de dolor, en muchos casos ha sido muy marcada ». Más adelante, refiriéndose á los efectos en la temperatura, agrega que de diez

enfermos en quienes se comprobó la temperatura, siete fueron beneficiados en el sentido de una baja de ésta. El año pasado, el doctor Béschinsky, médico ruso, asistió á una criatura de tres años que sufría de insomnio, debido á terrores nocturnos. Habiendo en vano usado varios tratamientos para aliviar al enfermito, por último recurrió á la música. Aconsejó á la madre que le tocaran al paciente una pieza de Chopin. El resultado fué inmediato y satisfactorio. Después de cuatro noches de esta medicación musical, el tratamiento fué interrumpido, y el estado de la criatura se reagravó más que antes. Se volvió de nuevo á la música, usándola primeramente cada noche, después cada segunda y al fin cada tercera noche. La criatura entonces sanó completa y permanentemente.

Fournier-Pescay, por medio de la flauta, curó á su propio hijo, que sufría de constante dolor é insomnio. El doctor Bourdois de la Mothe asistía á una señorita que hacía diez y ocho días sufría de una fuerte fiebre. El pulso era filiforme, la cara hipocrática, y las extremidades heladas. Al retirarse del domicilio de la enferma, el doctor Bourdois vió un arpa en otra pieza, y se le ocurrió entonces experimentar el efecto de la música. Se mandó buscar á un arpista, quien, al llegar, tocó durante media hora sin que se sintiera mayor cambio en el estado de la enferma. Se persistió con la música, y diez minutos después la paciente comenzó á respirar mejor, los pies se calentaron, el pulso se hizo más fuerte, sobrevino una hemorragia de las narices y la enferma volvió á hablar, entrando en convalecencia pocos días después. El resultado en este caso podrá haber sido una mera coincidencia, sin embargo veremos que nada de imposible habría en que la música haya sido su causa, cuando más adelante notemos la influencia poderosa que la mente ejerce aun en las enfermedades infecciosas.

Pero no es solamente del lado clínico que se ha estudiado los efectos de la música. Dogiel hizo una serie de experimentos para investigar sus efectos fisiológicos tanto en el sér humano como en diferentes animales. Las siguientes son las conclusiones á que arri-

bó: *a)* la presión sanguínea algunas veces sube, otras baja, estas variaciones dependen de la excitación del nervio auditivo; *b)* la acción de los tonos musicales se manifiesta casi siempre por un aumento en la frecuencia de las contracciones del corazón; *c)* las variaciones en la circulación, consiguientes á los sonidos musicales, coinciden con cambios en la respiración, aunque pueden tener lugar independientemente de ellos; *d)* las variaciones en la presión sanguínea dependen del diapasón del sonido y del color tonal; *e)* en las variaciones de la presión sanguínea, las idiosincracias del individuo, ya sea humano ó animal, ejercen claramente su influencia, y en el caso del hombre, aun su nacionalidad se hace sentir. El profesor Tarchanoff, de San Petersburgo, ha hecho investigaciones importantes, y por medio de un aparato llamado el «ergógrafo», notó que cuando los dedos se fatigaban después de algún trabajo, ó después de haber sido sometidos á excitación eléctrica, recuperaban de nuevo sus fuerzas bajo la influencia de la música. Si ésta, sin embargo, era de carácter triste, la contracción muscular quedaba restringida, y en algunos casos completamente inhibida.

La música actúa sobre el organismo humano de diferentes modos. En el caso de alivio del dolor, este es un estado especial del sensorio que se traduce por el desconsuelo, y es debido á una estimulación especial de origen central ó periférico. La música es también una estimulación especial, que, procediendo de la periferia llega al sensorio, y ahí se traduce por un estado de placer. En el sensorio estos dos estados no pueden existir conjuntamente, y entonces se produce la lucha por la vida, en la que triunfará aquella sensación que esté más ajustada á las condiciones actuales de ese centro. Cuando esta sensación sea la del placer, el dolor desaparece de la escena, pero como las condiciones del sensorio no son exactamente idénticas en dos personas, habrán casos en que la música no podrá desalojar del terreno al dolor.

En el caso del restablecimiento del sueño, el insomnio ha sido sostenido por una estimulación del sensorio, pero produciendo la

música una contraestimulación del mismo centro neutraliza á la primera y deja el campo libre para que el sueño se imponga.

Pero la música indudablemente puede ejercer su influencia sobre el cuerpo, sin la intervención de los más altos centros nerviosos. El soldado, por ejemplo, marcha siempre al compás del tambor, aunque su atención esté completamente distraída con los objetos que encuentra á su paso; y los movimientos del danzante siguen los acordes de la orquesta, cuando todo su cerebro no oye más música que la que le inspira la compañera con quien gira en vueltas terpsicoreanas.

Parecería que el organismo humano participara de esa tendencia á vibrar sincrónicamente con la música, que se encuentra algunas veces en el mundo inanimado. En este último la tendencia suele ser muy marcada. Si se coloca una cuerda musical convenientemente ajustada, y sobre otra igual inmediata se toca su propia nota, la primera entra en simpatía con las vibraciones de la segunda y produce la misma nota. Pero hasta las llamas pueden ser afectadas por la música. Esto fué descubierto hace muchos años, durante un concierto sinfónico, por el profesor Leconte, á quien Tyndall cita en su obra magistral sobre el sonido. Dice Leconte: «poco tiempo después que comenzó la música observé que las luces presentaban pulsaciones que latían con los golpes perceptibles al oído. Este fenómeno fué notable para todos los que estaban en el salón, especialmente cuando se tocaba las notas fuertes del violoncello. Era muy interesante observar con qué perfección hasta los trinos de este instrumento se reflejaban sobre la extensión de la llama. Una persona sorda podía haber visto la armonía, cuando, con el avance de la noche, la disminución en el consumo del gas en la ciudad aumentó la presión y el fenómeno se hizo más notable. Tyndall descubrió después que hasta las columnas de humo y los chorros de agua eran susceptibles de cambiar sus formas por medio de la música, efectuándose los cambios cuando las vibraciones de los primeros entraban en sincronismo con los de la segunda.

Esta tendencia, que se encuentra en varias condiciones del mundo inanimado, á vibrar en consonancia con la música, repetimos que parece también existir en el organismo humano. Hay estados de exaltación psicológica que corresponden á las notas altas de la escala musical, y hay estados de depresión cuyo diapason se encuentra en las notas bajas. Hay enfermedades en que es de suma importancia cambiar el registro en que está vibrando el estado psicológico del paciente, y si este cambio, de cuya realización depende muchas veces la misma existencia de la vida, se puede efectuar aprovechando esta tendencia á vibrar en consonancia con un tono musical dado, qué vasto campo de benéfica utilidad quedará reservado al arte musical cuando, en consorcio con el arte de curar, entrara por la senda del sufrimiento humano, esparciendo el bálsamo de la tranquilidad, ya sea calmando á un espíritu que en delirante excitación gasta sus escasas fuerzas, ya levantando á otro de una postración en que la depresión roe su vitalidad. Pero la acción más fértil que tendrá la música en su aplicación al tratamiento de las enfermedades será cuando sea dirigida á expulsar á éstas retemplando el ánimo del enfermo, contribuyendo á sostener ese bienestar de la mente que, como veremos más adelante, es el gran factor con quien tienen que contar los enemigos de la salud antes de penetrar dentro del cuerpo humano y apoderarse de él.

Pero no es la música sonora la única que puede ejercer influencia sobre las emociones estéticas, y, dándoles vida armónica, ser empleada como agente terapéutico. Si las bellezas del sonido encantan al sentimiento, la poesía de la visión apela fuertemente á la imaginación. En las epidemias de danza de la edad media, la influencia ejercida por el color fué muy manifiesta. En Alemania los que eran atacados por la danza de San Vito se enfurecían de tal manera á la vista del color rojo, que las autoridades prohibieron en parajes públicos el uso de este color en el vestido. En Italia la influencia del color fué también marcada, pero contrariamente á lo

que sucedía en Alemania, los italianos generalmente preferían el rojo. Algunos, sin embargo, gustaban más el amarillo, otros el negro, mientras que algunos deliraban con el verde. El carácter excitable de los italianos los hacía presa de la influencia del colorido. Hecker relata cómo los atacados, á la vista de su color favorito, corrían hacia él como animales enfurecidos, lo devoraban con ojos ansiosos, lo besaban y lo acariciaban de todas maneras, y gradualmente, entregándose á emociones más suaves, adoptaban la expresión lánguida de enamorados, mientras que con los ojos llenos de lágrimas besaban apasionadamente el pañuelo ó cualquier otro objeto que llevase el color deseado. En una ocasión el cardenal Cayetano visitaba el monasterio de Tarentum cuando uno de los capuchinos estaba atacado de la enfermedad. El cuello rojo de la capa del cardenal dominó por completo al monje, quien, no pudiendo lanzarse sobre el color que lo fascinaba, debido á la intervención de los que estaban á su lado, sufría intensamente, hasta que desmayado cayó al suelo. El cardenal, compadeciéndose del estado lastimoso del monje, le entregó su capa, y entonces éste tomándola y oprimiéndola contra su seno, comenzó á bailar con el mayor frenesí. Los italianos, como los alemanes, se encolerizaban violentamente en presencia de colores que les inspiraban aversión.

El año pasado se ha hecho una tentativa de traducir la música sonora á música de color. Un artista, Mr. Remington, construyó un aparato que llamó el «órgano de color», por medio del cual se aplicaba al color cualidades, tal como el ritmo y variedad de combinaciones, que antes se asociaban solamente á la música sonora. El órgano tenía un teclado, y cada nota su respectivo color, el que era reflejado sobre un lienzo cada vez que la nota era tocada. El espectro ordinario estaba representado por una octava. Con este órgano se interpretó, en colores, música de Chopin y de Wagner, que produjo sensaciones agradables en los que presenciaron el espectáculo.

Sin duda, con el tiempo, se perfeccionarán los instrumentos des-

tinados á la música del color, y se aumentará la capacidad artística para poder apreciarla en las sutilezas de su evolución, pero nunca será necesario llegar á un alto grado de cultura artística para poder recibir los beneficios que la música del color, en sus simples manifestaciones, prodiga á los enfermos. La influencia que la belleza del color y de las formas ejerce en el ánimo del enfermo es materia de diaria observación. Si á un convaleciente, con apetito débil, se le sienta á una mesa arreglada en desorden y con mal gusto, este enfermo no comerá. Pero llévase al mismo paciente á otra pieza donde un ramo de flores, destacándose en relieve sobre el alegre color blanco del mantel, haga juego con una disposición artística de los objetos de mesa, y el apetito de este enfermo se estimulará. Después de una prolongada fiebre, el enfermo escapa de la tormenta con sus fuerzas extenuadas á causa de la lucha que ha sostenido para salvarse del naufragio, y durante la convalecencia la oscilación de la balanza puede fácilmente permitir que ésta se incline del lado opuesto á la vida. Es entonces muy importante que en este estado la condición mental del paciente sea favorable á la recuperación del vigor que el organismo haya perdido. Para llegar á este bienestar psicológico, la armonía cromática y de las formas, actuando sobre las emociones estéticas, puede coadyuvar en gran manera. Es de observarse aquí que la asociación de la alegría con ciertos colores y de la tristeza con otros no tiene relación con la posición respectiva que cada color ocupa en la escala cromática. Por ejemplo, la nota más baja de esta escala, es decir la que para ser percibida por el cerebro produce el menor número de vibraciones por segundo, es el rojo, y este color no está asociado con la tristeza; tampoco el violeta, que es la nota más alta de la escala cromática, está asociado con la alegría. En las epidemias de la edad media los mismos colores no siempre producían los mismos efectos de alegría ó de aversión. En el valor terapéutico de los colores, la tonalidad de éstos no puede referirse entonces á sus posiciones en la escala cromática, sino á las que respectivamente ocupan, por

razón de tradición ó asociación, en la mente de diferentes razas, naciones, y hasta individuos.

Buscando el bienestar psicológico del enfermo, no es prudente interrumpir bruscamente la nota baja en que esté vibrando su temperamento con exceso de colores alegres y plenitud de luz solar, sino más bien acercarse al principio suavemente á su diapason, para después, con rapidez si se quiere, guiarlo á los tonos más altos. El color sombrío que adquieren los objetos del aposento con la escasa penetración de luz podrá convenir á un enfermo en quien la excitación visual fatiga un cerebro que necesita todo descanso, pero á medida que la mente puede con impunidad asociarse con el mundo externo, los colores de las flores y la mayor penetración de luz solar alegran y estimulan el ánimo hasta que llega la hora en que el convaleciente se dirige al campo, y entonces, bañándose su espíritu en excelso colorido, cuando á sus pies se extiende hacia el horizonte el alegre verde del follaje campestre, y sobre su cabeza se dilata el hermoso celeste de la cúpula del firmamento, las emociones estéticas despiertan á una vida activa, y desalojando del cerebro el recuerdo del reciente pasado que deprimía el ánimo, lo reemplaza con una estimulación sana que, vigorizando el espíritu, retempla todo el organismo.

La sensación del tacto es otro camino por donde se puede llegar á estimular las emociones estéticas. Una criatura que, vibrando en nota alta, está presa de la ira, puede ser calmada cuando con suavidad y bajo ritmo se le pasa la mano sobre el cuerpo, especialmente la cabeza. Son los nervios sensitivos del cutis de la cabeza los que parecen estar en más íntima relación con el cerebro. Cuando una persona hace esfuerzos por recordarse de cualquiera cosa, instintivamente se toca rápidamente la cabeza, y es sobre esta parte del cuerpo donde la frotación rítmica es más poderosa para producir el sueño. La experiencia de los peluqueros demuestra que en muchos casos el tacto rítmico del peine y las tijeras en el acto de cortar el pelo deja dormido al cliente, y hay personas que para entregarse

al sueño se hacen frotar suavemente la cabeza. El masaje por percusión rítmica es un remedio antiguo de los chinos para el alivio de ciertos dolores; y no hace mucho, simultáneamente en Londres y en París, dos diferentes médicos hicieron construir un aparato llamado el « percuteur », y en el cual por medio de la electricidad se producía el movimiento rítmico de un martillito de marfil. El alivio de un dolor agudo se encontraba con una lenta percusión del martillo, y de un dolor pesado con una rápida percusión del mismo. Para hacer dormir á una criatura, la madre que la tiene en su regazo á menudo canta mentalmente, guardando el compás con un suave palmeteo sobre el cuerpo de su hijo. Como en la infancia de la humanidad era la audición de una percusión rítmica la gran música, la que apelaba el escaso desarrollo de las emociones estéticas, así en las pequeñas criaturas el tacto de percusión rítmica en forma de palmeteo es una música que influye poderosamente sobre sus cerebros embrionarios.

La sensación del olfato no es del todo despreciable como medio de despertar la música estética. Por mucho que hoy se aprecie la poesía de los perfumes, parece que fué en la aurora de la civilización cuando ella ejercía mayor dominio sobre la humanidad, á lo menos sobre el bello sexo. Así, en lo que se ha llamado « el libro más antiguo del mundo » — un papiro egipcio que contiene los proverbios de Ptahhotpû, que vivió bajo la quinta dinastía, es decir como seis mil años atrás — en este libro, Ptahhotpû, entre los consejos que da al hombre casado, le recomienda que á su consorte le regale perfumes, porque éstos, con sus vestidos, constituyen el « gozo de su vida ». En la antiquísima civilización de las márgenes del Eufrates se daba tal importancia á la música de la fragancia, que se consideraba indispensable que su fruición traspasase las fronteras de la muerte, y así en las tumbas de las jóvenes caldeas al depositar los objetos que en otra vida debían proporcionar gozo al alma que abandonaba este mundo, las manos piadosas nunca olvidaban el tributo de un frasco de perfume.

Elementos que pueden excitar tan vivamente las emociones estéticas tienen que ocupar un puesto no humilde en la terapéutica de los enfermos. En la corte del Japón se acostumbra divertirse con un entretenimiento que requiere una cultura muy fina del olfato. Uno presenta un objeto cuya fragancia es debida á una combinación de perfumes, y los otros tienen que analizar esa fragancia adivinando cuáles son los elementos que la componen. No es necesario poseer tan fina cultura para poder recibir los beneficios de los perfumes en ciertas enfermedades, como lo demuestra el gran consuelo que algunos atacados de fiebre sienten cuando respiran un pañuelo que ha sido mojado con agua perfumada. — Hay perfumes que afectan especialmente á ciertos órganos, como el de la voz, y esto es conocido por algunos artistas que en sus celos han hecho llegar á manos de su rival, en momentos en que ésta se preparaba á cantar, un ramo de flores cuyos perfumes estaban destinados á debilitar la fuerza de su canto.

Es sabido que la presencia de un ramo de flores en un dormitorio durante toda la noche puede producir dolores de cabeza, ú otras sensaciones desagradables. Aunque sin duda habrá flores que obren perniciosamente sobre el cerebro, es probable que esas sensaciones desagradables sean generalmente debidas á la continua estimulación de los perfumes. Lo mismo que una luz ó un sonido intenso, aplicado durante horas enteras, fatiga y perjudica á la cabeza, de igual manera un perfume fuerte, si es demasiado prolongado, cansa y fastidia el cerebro. La música de los perfumes, como otras músicas de sensación, para ser benéfica, debe ser intermitente en su aplicación.

En cuanto á la música del paladar, su sola mención basta para darse cuenta de la importancia que tiene en el tratamiento de los enfermos. De gran utilidad sería que entre nosotros se adoptase la costumbre inglesa, de dar conferencias á las señoras, enseñándoles con la práctica, cómo se puede estimular el paladar de los enfermos.

Y ahora llegamos á la consideración de la música que tiene el más alto rango, dentro de la cual caben todas las que acabamos de mencionar, y que para darle amplia expresión llamaremos la música del alma—ese contentamiento mental que influye tan poderosamente sobre todas las enfermedades. El órgano de la mente está vinculado á todas las partes del cuerpo, y ejerce una influencia directa sobre todos los procesos que en éste tienen lugar. Mientras la mente se mantiene sana y fuerte, el cuerpo entero, aun en sus partes más recónditas, recibe continuamente los beneficios de su acción protectora, pero cuando, por causas psíquicas ó enfermedad física, decae en su vigor, sus vínculos con el cuerpo se relajan, y queda á merced de los enemigos de su salud. El explorador africano Sir Samuel Baker relata que en ciertas partes de ese continente donde existe el paludismo, el viajero que por cualquiera causa esté deprimido en su mente, está seguro de caer enfermo con la fiebre. Lo mismo sucede en las grandes epidemias—los que están deprimidos en su mente por el miedo son los que se enferman con más facilidad, y ofrecen menor resistencia al ataque. Según el doctor Clouston—distinguido alienista—dos terceras partes de los idiotas y la tercera parte de los peores dementes en Escocia, mueren de tuberculosis. En todos estos casos, la mente, privada de sus fuerzas, ya sea porque causas psíquicas como el miedo la hayan deprimido en su vigor, ya sea porque su órgano se encuentre lesionado orgánicamente, como en el ejemplo de los idiotas, no puede seguir dispensando su protección ordinaria al cuerpo, y éste queda en gran parte librado á su suerte. Es una ciudad fortificada que ha perdido su general, y mientras antes los millares de enemigos que la asaltaban quedaban tendidos bajo sus murallas, ahora, sin cabeza dirigente, no resiste más al ataque, y los ejércitos de microbios ya sean del paludismo, de la fiebre amarilla, ó de la tuberculosis, penetran victoriosamente dentro del cuerpo humano y se apoderan de él.

Pero es en la noche cuando mayormente se manifiesta la ausen-

cia de la acción protectora de la mente. En esas horas, la poderosa luz solar que es el conjunto de toda la escala cromática, se ha escondido detrás del horizonte, y por el camino de la sensación visual solamente transitan las débiles vibraciones de luces artificiales; el silencio ha reemplazado al bullicio general, y el camino de la sensación sonora queda completamente desierto. La mente, privada de la estimulación que le da su contacto físico con el mundo externo, privada de esa mayor estimulación que le da el roce espiritual con sus congéneres, se recoge dentro de sí misma, se deprime, y en su depresión se relajan los vínculos que la ligan con los diferentes órganos del cuerpo. Y es entonces, en esas horas, cuando los dolores son más acerbos, cuando las fiebres adquieren mayor intensidad, cuando todos los padecimientos del cuerpo atacan con mayor crueldad, hasta que llegando la víspera de la madrugada, en que las fuerzas vitales del organismo se encuentran en su mayor reflujo, entra la muerte para acarrear el mayor número de sus víctimas.

Pero si está comprobado que la depresión de la mente abandona el cuerpo á los enemigos de su salud, es también cierto que las excitaciones especiales del ánimo pueden llegar hasta á expulsar enfermedades del organismo, como lo demuestran esos casos históricos en que el escorbuto que había atacado á una escuadra ha desaparecido con la intensa alegría producida en el espíritu de la tripulación ante la perspectiva inmediata de entrar en combate naval.

Una mente sana y fuerte es un espíritu que si bien no está necesariamente alegre, posee á lo menos un contentamiento y bienestar incompatibles con la existencia de impresiones deprimentes. Cuando llega la hora de la enfermedad, los sufrimientos físicos y las penas psíquicas conspiran juntos para minar su vigor, y es aquí en donde la alta terapéutica mental, por medio de la música, tiene su gran aplicación. Á los sufrimientos físicos hay que oponer las músicas de las diferentes sensaciones, para, si es posible, cambiar las vibracio-

nes del dolor por las del placer, y á las penas psíquicas la música del alma — esa más alta evolución de la emoción estética que sólo despierta al llamamiento de la simpatía y el cariño en la hora de la aflicción, y al sentimiento religioso en el caso de los creyentes.

Es necesario crear para cada enfermo un clima psicológico en que la mente se mantenga lo más ilesa posible durante la evolución de la enfermedad, para que de esa manera pueda dispensar el máximo de su protección á los diferentes órganos del cuerpo. Este clima no puede ser otro que la estética musical, usando la palabra en su más amplia significación. No todos están constituídos con idénticas fibras, ni tampoco han recibido la misma educación, por eso la clase de música que en unos toca la cuerda sensible del corazón, para otros pasará completamente desapercibida. La poesía de un precioso paisaje de campo podrá en vano golpear á las puertas del sentimiento en uno que desea quitarse la vida, cuando los acordes de una melodía que desentierra de la memoria los recuerdos de un feliz pasado podrá ser eficaz para destruir la tendencia mórbida del suicida. Nosotros conocemos el caso de un señor que sufría una pasajera aberración mental, debida á una intensa preocupación de su espíritu en una cuestión que lo afligía. Una noche este señor pidió á su hija que tocara el piano, y mientras ella hacía llegar á sus oídos las notas solemnes de una pieza sagrada, los ojos del enfermo se llenaron de lágrimas, lloró amargamente, y volvió á su razón. Aunque en este caso no había ninguna tendencia al suicidio, la patología del estado mental es tan similar á muchas de esas aberraciones pasajeras que concluyen con la destrucción de la vida, que creemos que una medicación igual en estos últimos casos podría, muchas veces, dar idénticos resultados.

El clima psicológico en que conviene tener á un enfermo, repetimos, debe ser el de la estética musical, donde todo contribuye á dar alegría al espíritu. Los elementos de este clima son las músi-

cas físicas, y sobre todo la música psíquica. La terapéutica farmacológica no perderá nada en el tratamiento de las enfermedades cuando á su lado coadyuve la terapéutica mental por medio de la música. Muy al contrario, esta última, al mantener vivo el vigor de la mente, que todo influye en la acción de los remedios, será su más poderoso auxiliar.

DIEGO T. R. DÁVISON.

EN LA CAVERNA DE MAMMOTH

En la tierra de Kentucky, recorriendo el ferrocarril de Louisville y Nashville, á pocas horas de la primera de las ciudades nombradas, se encuentra la célebre Caverna de Mammoth que ampliamente se extiende debajo de fértiles praderas dedicadas á la explotación agrícola y pastoril. Apartándose de la línea principal en Glasgow Junction, un ramal de nueve millas conduce directamente á su entrada. Junto á ella, y en un sitio por lo demás casi desierto, se eleva la construcción de un hotel espacioso y confortable cuyo único objeto es albergar á los numerosos viajeros que acuden á visitar aquel fenómeno geológico.

Descubierta casualmente por un cazador en los comienzos de este siglo, el interés por la Caverna ha ido creciendo constantemente, avivado por móviles industriales, científicos ó de simple curiosidad. Fué utilizada primeramente durante la guerra con Inglaterra, en 1812, para la fabricación de pólvora, aprovechando los abundantes yacimientos de nitro que encierra en su seno. Sabía además por lecturas y referencias que era la más grande de las cavernas conocidas, abierta en el terreno de piedra calcárea carbonífera del Kentucky y estudiada especialmente por el geólogo Shaler, quien calculaba el desarrollo de las galerías subterráneas en una extensión mínima de cien mil millas. Sabía también que la contemplación de esa maravilla natural tenía la virtud de despertar ideas extravagantes y ro-

mánticas. Del género de las primeras fué la formación de una colonia compuesta de doce típicos en último grado que buscando, prolongar sus vidas, se instalaron en casas de piedra, que aún se conservan evocando su fúnebre memoria. Murieron uno á uno, hasta que los tres últimos que quedaban fueron llevados al hotel vecino y con la luz del cielo vieron la última esperanza. Otro recuerdo menos triste fué el de una pareja de enamorados que celebraron su matrimonio bajo las grandes estalactitas que, en memoria de aquel hecho, se designaron con el nombre de *Bridal Altar* ó altar nupcial.

La fama de aquel mundo subterráneo me llevó hacia él en mi gira por los Estados, y, debo confesarlo, más bien por llenar el delicioso deber que se impone el viajero de andar, andar siempre y no llegar jamás. Puede decirse que todo lo que contemplamos es indiferente ó ya visto, tierras, bosques, mares, paisajes cuyo encanto no está en ellos sino en la placidez de nuestro espíritu y en el contento de nuestro corazón.

Pero visitando la maravillosa caverna de Mammoth, he experimentado una de las impresiones más extrañas de mi vida y á cuya intensidad no alcanza ninguna de las producidas hasta hoy en mí por la contemplación de otros espectáculos de la naturaleza. Digo extraña, porque no sabría clasificar de otra manera aquel conjunto de cansancio físico, de fantasías de enfermo, de ímpetus de osadía y decaimientos súbitos, de pensamientos sin precisión y divergentes que se confunden á lo lejos, en una inmensidad vacía, lóbrega y muda.

No fueron las altas bóvedas, las majestuosas galerías, los extensos arenales, los ríos, las figuras fantásticas talladas en la roca dura por la acción de los años y las aguas, — todos denominados con nombres naturalmente evocados de la poesía y la leyenda, — los que más me impresionaron, sino que, viéndolos, me parecía palpar la infinita pequeñez del hombre en la naturaleza, la impotencia y obscuridad de su ciencia y sentía nacer la duda dentro de mí con más vigor que nunca, la duda viril, audaz y redentora.

De las ciento setenta y cinco millas, hasta hoy exploradas, he recorrido veinte y ocho con mis pies, respirando una atmósfera deliciosa y muchos miriámetros y edades remotas con mi pensamiento, siempre envuelto en una densa obscuridad. Iba solo,— no cuento el guía, que es una simple herramienta en la excursión — iluminando mis pasos con la pálida y vacilante luz de una lámpara de aceite y á poco andar comencé á soñar y pensé que bien podrían grabarse sobre la entrada las sublimes palabras escritas con letras negras que Dante encontró sobre la puerta del Infierno :

*Per me si va nella città dolente,
Per me si va nell' eterno dolore,
Per me si va tra la perduta gente.*

Porque, realmente, aquellas galerías parecían conducir en derechura al eterno dolor de lo desconocido, que, como una sombra, cubre toda la existencia. Hacia él nos arrastra el impulso vigoroso de la vida é intentamos investigarlo y curarlo, sin conseguir otra cosa que revolver la herida y aumentar el quebranto y, finalmente, sacar la convicción de que es trabajo sin recompensa el de romper el caracol para ver cómo se produce el ruido. De las tentativas para aliviar ese dolor eterno, han nacido todas las fábulas, todas las mitologías y cosmogonías, todas las religiones que han aparecido y aparecerán sobre la vieja tierra.

Figurábaseme que tenía una de aquellas soberbias visiones que se aparecieron sobre las montañas del Harz al genio de Goethe, en su sueño de la noche de Walpurgis. Entonces comprendí cómo el inmortal poeta florentino pudo dar forma, animar y vestir los inviviles peñascos de una caverna, proyectando sobre ellos la luz de su genio; despertando espíritus dormidos; viendo en el fondo de un hoyo abrupto al desesperado Ugolino con los cabellos erizados y las facciones descompuestas por el dolor y la ira, royendo como un perro famélico *il fiero pasto* del cráneo de Ruggero; inspirándose del

Bridal Altar, por ejemplo, para escribir el tierno y sangriento idilio de Paolo y Francesca, henchido de lágrimas y suspiros; poblando la soledad obscura y silenciosa con las imágenes de sus enemigos, papas y héroes de la vengativa edad media italiana y — para concluir en donde Dante empieza, — con las almas de aquellos hombres que no fueron tales y, durante su paso por la vida, no merecieron alabanza ni vituperio.

Cuando el guía se alejó y extinguió mi luz para gozar el espectáculo del firmamento que una curiosísima ilusión óptica reproduce en lo alto de la Cámara Estrellada, — despertando la sospecha de si el que vemos cada noche es más ó menos real que el de la caverna — sentí la sensación de una obscuridad y silencio absolutos. Aquello era la muerte, ó mejor dicho, era la nada. Escuchaba distintamente los isócronos latidos de mi propio corazón y pensé en aquel momento, que esa única manifestación de movimiento y vida era algo perfectamente inútil, una desarmonía en el mundo subterráneo.

Hollé las riberas del río del Eco donde mi voz ó las detonaciones del revólver eran repetidas por los ecos de aquellas bóvedas hondas, con una intensidad prolongada que se desvanecía gradualmente hasta morir. La primera recordaba el murmullo de una multitud, las segundas la descarga de muchos cañones, y cuando gritaba de una manera salvaje, se producía un ruido ensordecedor que parecía la carrera furiosa de un escuadrón alado.

Dentro de la caverna también ruedan silenciosas las aguas del Leteo y pensé que, aunque hubiera podido beberlas porque estaban al alcance de mis labios, era mejor abstenerse. ¿Quién busca el olvido? Una vida sin alegres y tristes, dulces y amargas, suaves y punzantes memorias es como un árbol sin hojas. Olvidar es morir. Los recuerdos son vida porque son la conciencia de un instante sin duración que fluye y traza la línea de la existencia, como un punto sin extensión que fluye es la línea matemática, definida bellamente por Platón.

Como me hallaba en pleno reinado de la fábula, cuando me

aproximé á la Estigia y me embarqué en el pequeño bote que la navega, el guía con su remo evocaba la imagen del viejo Caronte, ocupado en transportar á la otra orilla, la maldita prole de Adán.

Pero todo no era muerte y fantasía en aquella mansión de la noche. Allí también la vida existe, la vida animal, la vida nuestra, distinción, necesaria, ya que tanto nos cuesta creer que el agua, la tierra, el fuego y la piedra también viven y palpitan. Las aguas subterráneas están habitadas por pequeños seres que desde infinidad de generaciones no han visto la luz solar. Son pescados provenientes de especies remotas que, probablemente modificadas en distinta dirección y medio, tienen otros descendientes en las aguas de la superficie terrestre, presunción que principalmente salta á la vista observando uno que tiene la misma forma de la langosta marina. Todos son blancos porque no llega hasta ellos la luz, que viste todas las cosas criadas con brillantes colores, y expuestos á su acción, inmediatamente la sangre se enrojece y el animal muere; ni tienen ojos porque es un órgano de todo punto innecesario en aquella eterna noche.

¡Si esos pequeños animales pudieran comunicarnos la manera cómo encuentran su alimento, y sus ideas acerca de la belleza que seguramente determina sus amores! ¿Cuántos miles de miles de años han debido transcurrir para que se efectúe la enorme disminución de su tamaño primitivo y para que un sentido tan importante como la vista desaparezca por completo? Tantos como las edades que han sido necesarias para formar las grandes estalactitas y estalagmitas que hay en la caverna, siendo el único agente la gota de agua *saepe cadendo*.

Hay dos especies ó variedades, el pescado sin ojos, *eyeless fish*, y el ciego, *blind fish*. El pescado ciego conserva todavía en su cabeza dos puntos negros casi imperceptibles que indican á las claras el sitio que ocupó el órgano visual actualmente atrofiado y cubierto por la piel. Podría decirse de él que es un pescado *tory*, cabeza dura, amante y conservador de las tradiciones de su raza.

Conserva vestigios de sus ojos, no obstante que nada ve con ellos, aunque se le exponga á la luz, como Inglaterra observa religiosamente todas las formas atrasadas del feudalismo, siendo la nación más poderosa y libre de la tierra. El pescado ciego es gladstoniano, *home ruler*, un pescado que siempre avanza. Olvida el pasado con razón, y, pensando que los ojos son del todo inútiles en el mundo de obscuridad que habita, los ha arrojado de sí como un caminante fatigado deja junto al sendero todo peso inútil para mejor aprovechar sus fuerzas.

Donde quiera que lanzemos la mirada se encuentran los dos partidos que se equilibran, como en la humanidad. Si nos fuera posible estudiar al hombre, confinado por edades en un estrecho recinto de aislamiento, semejante á aquel en que se encuentran los pescados de Mammoth, veríamos que así como éstos son las criaturas más perfectas que pueden existir en el medio de obscuridad que habitan, así sucede con el hombre, teniendo en cuenta el mundo aparentemente superficial en que existe, y que la enfermedad, la deformidad, la fealdad y el crimen no son sino escoria y desperdicio que deja el trabajo constante de la naturaleza. Ciertamente que en nuestro estado intelectual podemos determinar lo que constituye la escoria en la especie humana, considerando la diferencia inconmensurable que resalta entre el cerebro de Platón ó de Aristóteles y el de un fueguino; pero en los otros animales nos hemos de limitar á presumirla. Escollamos, si intentamos determinar esa diferencia entre una misma especie, en los grupos que ocupan diversas latitudes y aun mucho más si tratamos de fijarla entre los individuos de las que se desarrollan dentro de nuestro horizonte de observación. En este punto debemos someternos á este dilema : ó las especies animales cuentan con organizadores ó inteligencias superiores que se levantan hasta asumir la dirección de sus compañeros, en cuyo caso existe una desigualdad como la antes apuntada, ó no los tienen y entonces son superiores al hombre, pues han alcanzado el ideal á que éste ardientemente aspira : una organización social basada en la

igualdad más perfecta en que no sea necesaria la coerción para obtener el respeto al derecho ajeno, y, abreviando, en que cada asociado sea un estadista.

Vulgaridad es, mas por eso no es menos cierto que el fin del hombre es vivir. Todas las tentativas hechas para explicar, concretar ó asir esta generalidad que llamamos vida, han fracasado porque, en realidad, somos matraces encargados de transformar una parte de la materia eterna y con digerir cumplimos nuestro destino. Toda la poesía, todos los sueños no son bastantes para conmover esta verdad, desde que las manifestaciones de actividad que reputamos más espirituales solamente son productos de esta química. Así, de nada vale que tomemos grandes aires y apreciemos subidamente nuestra superioridad y libertad en la naturaleza.

Una máquina de vapor, cuando tiene presión suficiente, vive y se mueve; declina ó muere cuando la presión disminuye ó en absoluto falta, y de un modo semejante el hombre vive y experimenta la sensación de su sér, mientras hierve en sus arterias el torbellino de la sangre, entre el nacimiento y la muerte. Pero, bien mirado, solamente es producto de una fuerza desconocida, determinante y fatal. Su albedrío es como la falta de precisión en el ajuste de las piezas de una máquina que ocasiona ruidos, trepidaciones y desviaciones de mayor ó menor amplitud que no le impiden rendir su trabajo útil. Las pulsaciones del vapor en los cilindros, que gráficamente describe el dinamómetro, están trazadas de tal modo que no se encuentran dos curvas iguales, ni se repiten las mismas series en dos ocasiones en que se efectúe un trabajo equivalente. Así también es nuestra libertad en la vida. Somos efectos de un impulso vigoroso y las determinaciones de nuestro albedrío son permitidas dentro de un campo de trepidaciones, fuera del cual correríamos á nuestra segura destrucción. Dase á la máquina nueva vida volviendo á encender sus hornallas y en el hombre se renueva por medio de la reproducción que es la genuina inmortalidad, puesta solamente en música en el diálogo de Phedon y Echebrates.

Hay diferencia entre la máquina hecha por el hombre, imitando su propio organismo y su artífice, en que el funcionamiento de la primera tiene una duración limitada por el desgaste que podemos ver ó calcular, y no podemos computar la duración de la humanidad. De que no la veamos ó no la presumamos no se deduce que no exista.

No alcanzo á concebir que haya aumentado ó disminuído en el transcurso de edades y milenios un solo átomo de materia ó un milígramo de fuerza. El golpe que ahora doy sobre mi mesa es el efecto de una fuerza flotante desde siempre, cuya dirección desvíó y modifíco, y mi impulso perdurará por siempre, alterado á su turno pero no destruído. Como en el caso de la polea, está dentro de la desviación y juego permitidos á pesar de los cuales cumplo mi destino y no puedo impedir que lo cumplan los demás.

La vida animal es una enorme mole arrojada á un estanque inmenso. Levanta ondas concéntricas que caminan, se dilatan y extienden en todas direcciones; violentas al principio, suaves y tenues después y aunque las veamos confundirse en el horizonte remoto, conservando los mismos atributos con que las vimos nacer, no hemos de deducir que no se modifiquen porque no podamos precisar en qué forma lo harán. Las hemos visto disminuir en violencia, otros las verán transformarse y perecer. Las verán no ya como las últimas consecuencias de una fuerza, sino que cada una de las ondas murientes producirá á su vez una nueva serie de círculos. Aquel que las contemple ó las viva no podrá compararlas con las precedentes, porque quien tal intente estará bien lejos de sentir el *yo* de la época á que pertenecieron. Y si no ¿qué sabemos nosotros— fuera de la estructura—del hombre que habitó el terreno cuaternario, del de las cavernas, ó de las otras especies que han sido nuestros predecesores ó comparten en la actualidad el planeta con nosotros? Siempre la vanidad humana, que hizo exclamar á Fausto en el inmortal poema : « Espíritu activo que vagas en el vasto mundo ; cuán cerca me siento de tí ! » encontrará la profunda respuesta de Goethe : « eres semejante al espíritu que concibes, no á mí ».

La vida que llamamos orgánica es tan fluida y escurridiza como los gases, como los líquidos ó los cuerpos que juzgamos ser menos duros y consistentes. Si encerramos en el puño una porción de masilla fresca, y gradualmente la sometemos á una presión, llegará un momento en que aparezca á través de las rendijas que presente la mano, tomando la forma más adaptable para su escape. Si vertemos agua dentro de un tubo retorcido se adaptará cariñosamente á su forma caprichosa. El tubo puede estar previamente enrojecido por el fuego y entonces el agua, al ser vertida, no resiste al medio y se evapora y desvanece, aunque no se destruye por completo; pero no sucederá lo mismo si lo que derramamos es un metal en fusión por la misma razón inversa que un tísico vive más fácilmente en Ceilan que en Islandia.

Son las circunstancias del medio, que en la mayoría de los casos la inteligencia no puede computar exactamente, las que han determinado la radiación de la vida aborígen, hasta dar por resultado la infinita variedad de animales y plantas y llegar á la formación de las especies y familias actuales. Y dentro de las especies, son las cualidades de resistencia, en los individuos, las que determinan su supervivencia ó transformación gradual, dando lugar á un proceso de eliminación ó desviación de todo lo que es débil ó inepto. Por lo menos debe admitirse que esta deducción está de acuerdo con la lógica de lo que vemos y palpamos, y aunque ciertamente pudiera afirmarse que no hay memoria de que nadie haya presenciado una sola transformación específica, no es menos exacto que ya en los primeros conocimientos humanos esta verdad se halla presentida y balbuceada. Si esa transformación no se ha visto con los ojos, hay que conceder en cambio que nadie, que no fuera un místico iluminado, ha contemplado la realidad que representan los ídolos mexicanos ó hindúes, los mundanos dioses griegos ó los absurdos dioses modernos, viejos de larga barba gris, sentados como Júpiter sobre nubes y circundados de una corte de angelitos alados. Concibo al Cristo crucificado y moribundo, pero no suspendido en el aire sin nada que lo soporte.

Tratando de explicarme la evolución y transformación de ese arroyo de la vida universal que es el hombre, me viene á la memoria una hipótesis que marca su desprendimiento del núcleo principal. Creo que es Darwin quien atribuye el origen de todos los mamíferos á las especies de marsupiales que todavía abundan en Australia, y reduciendo la cuestión exclusivamente al hombre, encuentro en la Biblia lo siguiente; capítulo 1, 27 : « Y creó Dios al hombre á su imagen, á imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó ».

Es decir que el hombre fué producido marimacho, hermafrodita ni más ni menos que las plantas andróginas que forman flores con estambres y pistilos fecundos ó que algunas especies de moluscos que individualmente tienen todos los elementos de su reproducción. Es cierto que pudiera encontrarse una contradicción en el mismo libro, cuando refiere que Dios formó al hombre del limo de la tierra, le infundió un profundo sueño y á poco le extrajo una costilla con que formó la mujer, según la poética leyenda del Paraíso. La contradicción es sólo aparente, pues interpretando con cuidado estos primeros vaguidos del entendimiento humano, se ha demostrado por la crítica moderna que el libro del Génesis está formado por la yuxtaposición de dos versiones distintas que tratan sobre el mismo punto y época, cuyos capítulos están alternados, como el primero y segundo de la Biblia actual, ó intercalados sus respectivos contenidos como en la narración del Diluvio. Por otra parte, ambas versiones coinciden en el punto principal, diferenciándose solamente en el estilo y carácter de sus autores, de los cuales al primero lo presumo un hombre parco y preciso en palabras, en oposición á su exuberante compañero que lo imagino andaluz y por añadidura aficionado á la alfarería y á la magia.

Hombre y mujer al principio fueron uno, á juzgar por los vestigios del proceso evolutivo que todavía conservamos en nuestro organismo. Sino ¿por qué y para qué tenemos en el pecho los vestigios de dos mamas atrofiadas que como los ojos del pescado ciego, nos son de ninguna utilidad? Si la diferencia sexual fuera tan pro-

funda como á primera vista aparece ¿ por qué sus órganos no se diferencian en el feto hasta la sexta semana y su diferenciación no es—triba sino en la manera de verificarse una soldadura que determina el sentido y dirección de su desarrollo futuro ? ¿ Por qué hay hombres pelones y mujeres peludas ? ¿ Fué solamente producto fantástico del cincel helénico el hermafrodita que está en la galería *Degli Uffizzi*...?

Estos pudieran ser indicios bastantes para que orientemos nuestra indecisión y duda, porque nos ayudarían eficazmente á encaminarnos en la obscuridad que nos rodea. Siguiendo sus indicaciones llegaríamos por lo menos á las proximidades de la verdad como la aguja magnética no por su perpetuo temblor deja de señalar el polo. No como principio absoluto, que no existe en la naturaleza, sino como un punto de arranque, me satisface pensar que, en cierto momento del génesis inacabable, surgió un sér, el hombre, una cantidad dinámica, modalidad de una fuerza creadora, estimulada y compelida por las resistencias del medio en que se desarrollaba y que, á su vez, se gastará por el roce con el ambiente y dará origen á nuevos seres. De una piedra disparada por la honda, de una bala que lo es por el cañón es claro que su acción eficiente será tanto mayor cuanto la tengan que ejercitar más cerca de su origen. Así, pues, aquella unidad humana, con su ruda fuerza pelásgica, tuvo su vigor máximo en el principio, como en las primeras ondas producidas por una piedra lanzada á un estanque. Gradualmente, lentamente fué debilitando y transformando sus energías, amenguóse venciendo resistencias, tendió un techo para abrigarse, se vistió, inventó medios para suplir los alientos perdidos en la áspera batalla de la vida, hasta llegar á esta edad y civilización enfermas y corruptas en que se transparentan los nervios y muchos hombres parecen arrastrar sus vidas como esos árboles de la selva que tienen los troncos carcomidos.

Es realmente lamentable que no podamos comunicarnos con algún ser— sin duda existente— que haya vivido individualmente lo

que la raza humana y podido observar su desarrollo progresivo, como el hombre hace con otros micro-organismos. Satisfaría nuestra curiosidad acerca de la manera cómo se efectuó la separación de los sexos y quedaría explicada la versión bíblica... andaluza.

Imagino que cuando hubo dos, cientos, miles de hermafroditas, se dedicaron preferentemente á cara ó cruz, según predominaba en ellos una modalidad de la fuerza primitiva. Es posible que los primeros hombres se sirvieran de sus órganos de reproducción, valiéndose de algo aproximado á los conmutadores que se emplean en las oficinas centrales de teléfonos para establecer la corriente eléctrica entre los distintos abonados, y que por oxidarse el metal, ó por el ejercicio continuado de una función y el consiguiente abandono de la complementaria, á unos les creció el pecho, á otros se les atrofió, *et sic de cæteris*, hasta plantearse las fronteras de diferenciación sexual que todavía perduran.

En el estado actual de separación de sexos trabaja sordamente el fluido del impulso aborigen, tratando de buscar un nivel, — como un líquido vertido en dos vasos comunicantes, — que dé por resultado la mayor acumulación posible de lo que resta de fuerza primitiva. He creído observar prácticamente este fenómeno cierta vez que, viajando por uno de los canales de Escocia, cuando el vapor que me conducía entró en una esclusa para elevarse sobre el nivel inferior en que navegaba, descendí, y eché á caminar á lo largo de la orilla. Á una distancia bastante considerable topé con un lago de reserva, en cuya superficie tersa y brillante se notaba un levísimo movimiento, visible gracias á las algas que en parte la cubrían y que era producido por las aguas que iban á llenar el vacío originado por la apertura de la esclusa en que se hallaba el vapor. De este modo se conservaba la *individualidad* del canal, mientras hubiera agua de reserva, con toda la capacidad y fuerza que le estaba señalada por el cálculo, ni más ni menos. Así también, en este canal de la vida, existe una reserva de sangre que por siempre lo mantendrá repleto.

El instinto electivo no descansa un momento en su tarea de bus-

car la perfección donde quiera que la encuentre y la procura aun á costa del crimen. Si no la consigue, toma lo que más se le aproxime y obtiene una densidad que lo equilibra. La unión de los dos sexos dará siempre una resultante en que predominen las cualidades de aquel individuo que esté en mejor estado de condición, permanente ó transitorio. Por esto se ha dicho que los hombres son hijos de sus madres, pues el sér superior predomina, busca el equilibrio mutuo y engendra descendientes del sexo opuesto al suyo. También podría expresarse numéricamente esta proposición tomando como base la unidad humana compuesta de hombre y mujer; si un individuo cualquiera alcanza á valer una fracción equivalente á tres octavos de aquella unidad y se une á otro que represente igual valor, es claro que faltan dos octavos para completarla y el resultado de la unión es ineficaz para obtener el fin que se propone la naturaleza.

En el Paraguay — para citar un ejemplo reciente — se observó, después de la última guerra, que casi aniquiló su población masculina, que el setenta y cinco por ciento de los nacimientos eran de varones, para llenar el vacío producido por el hierro y el fuego. De este modo la naturaleza buscaba su nivel, retardando la desaparición completa de aquella raza caduca cuyos huesos, ya en los tiempos coloniales, se notó que no resistían dos años en los cementerios sin disgregarse y que, como nuestros pobres criollos, está destinada á caer vencida y ceder el campo á razas más vigorosas en un futuro no lejano. De la ley física que constante y silenciosamente trabaja en la naturaleza, á veces encontramos la expresión neta en palabras aun en las razas que reputamos inferiores. Se me ha referido que el cacique Namuncurá, en una de sus devastadoras invasiones á la frontera sud de Buenos Aires, arrebató un buen número de cautivos que empezaron á ser degollados para saciar su sed salvaje de sangre. Ocurrió que entre los que marchaban al suplicio había un robusto mocetón, danés del Tandil, rubio, fornido y arrogante, y viéndolo, el indio ordenó suspender la ejecución, diciendo: *ete no, ete cocudo*.

Ese trabajo de equilibrio y compensación cuyo objetivo es obte-

ner lo mejor de lo posible, deja también gran cantidad de residuos, escorias y limaduras que, puesto que la raza no ha desaparecido, deben presumirse efectos de transgresiones á leyes naturales, de que todos más ó menos somos cómplices, directamente ó por herencia de nuestros antepasados. Mas, apartando en nuestra consideración estas violaciones y escorias, vemos desprenderse y elevarse de su centro lo que es bello, porque puede llenar su fin, y siendo el de la humanidad perpetuarse venciendo la resistencia ambiente, el total de belleza ha de computarse por la amplitud que tengan los hombres para conseguirlo. La belleza es el grado de vida y no la pureza convencional de líneas que hace el tipo de la belleza helénica, ó hindú, ó china, ó etíope, — todos suficientes para su medio — sino la atracción electiva de la simpatía, que es fuerza, que es calor, no solamente bastante para sí sino para trasmitirse á otros seres. Aquí podríamos encontrar el fundamento de por qué los viejos nunca son bellos y por qué muchas veces encontramos tipos de líneas correctas que nos repelen ó no nos atraen y es porque son ondas casi imperceptibles de la vida que se extingue, son notas que mueren.

Con todo, la belleza va siempre acompañada por la salud, la fuerza y la gracia, y podría deducirse que si un legislador procediese con los hombres como hace con los animales un cabañero inteligente de la Pampa, haría vibrar en un tipo único todo lo que queda sobre la tierra de la antigua sangre.

Este equilibrio que vemos en las partículas, es tan efectivo en la humanidad como en las mareas del océano. Busca y encuentra su nivel en los pueblos por la devastación de la guerra ó sino mediante emigraciones lentas de pueblo á pueblo que establecen una endósmosis y exósmosis, semejante al modo en que dos líquidos de diferente densidad, separados por una membrana, restablecen su equilibrio permanente. Aparece esto más cierto cuanto que no hay una sola nación en el mundo que no presente, dentro de la memoria humana, este fenómeno de la mezcla de individuos, de tribus y de razas que han dado como resultado su condición actual.

Ante estos problemas misteriosos que nos plantea la madre naturaleza, aparecidos con mayor intensidad en la Caverna, me pregunto: ¿qué es tiempo, vida, espacio, qué son todas las cosas, sino ideas de relación y métodos de raciocinio? Todas las criaturas se enorgullecen de su propia condición y tienen razón perfecta según sea el cristal con que miran á su alrededor. ¿Es imposible que el caballo, el toro, la hormiga, el pescado sin ojos y los animales infinitamente pequeños, se consideren á sí mismos dominadores de la creaci3n con el mismo derecho con que el hombre se cree? Si el espacio entre dos moléculas de las que componen los cuerpos conocidos es, relativamente á sus tamaños, tan grande como las distancias interestelares ¿por qué no seríamos nosotros algo como una colonia de corales y todo el planeta solamente un átomo de algún pequeño cuerpo, para otros seres que nos observen al microscopio? ¿Es imposible que así como vemos muchos seres infinitamente pequeños nacer, vivir, luchar, amar y morir en unos pocos minutos, la tierra y todo lo que hay sobre ella, con millones de siglos de existencia, solamente sea un momento fugitivo de la vida universal?...

No es desencanto y pesadumbre lo que hace nacer estas divagaciones incoherentes sino que por el contrario encienden la osadía y la esperanza. Si el hombre no puede mirar al sol cara á cara sin cegar, que coloque un vidrio ahumado sobre sus ojos y los fije en él, estando siempre pronto á modificar su ruta y no olvidando aquellas palabras de Shakspeare: «duda que las estrellas sean fuego, duda que el sol se mueve, duda que la verdad es mentira» y duda también que dudas.

Pero la vida es realidad y mientras estos oscuros problemas se descubren ó profundizan, volvamos á la lucha, deliciosamente olvidada mientras que viví en el seno de la tierra, hasta que, como dice Alighieri: *E quindi uscimmo a riveder le stelle.*

CARLOS A. ALDAO.

Louisville, Ky., julio 20 de 1893.

POEMAS DE AMÉRICA

Al cavar en el suelo de la ciudad antigua,
La metálica punta de la piqueta choca
Con una joya de oro, una labrada roca,
Una flecha, un fetiche, un dios de forma ambigua,
Ó los muros enormes de un templo. Mi piqueta
Trabaja en la poesía de la América ignota

— Suene harmoniosa mi piqueta de poeta ! —
Y descubre oro y ópalos y rica piedra fina,
Templo, ó estatua rota ;
Y el misterioso geroglífico adivina
La musa.

De la temporal bruma surge la vida extraña
De pueblos abolidos ; la leyenda confusa
Se ilumina ; revela secretos la montaña
En que se alza la ruina.

Los centenarios árboles saben de procesiones,
De luchas y de ritos inmemoriales. Canta

Un zenzontle. Qué canta ? Un canto nunca oído ?
El pájaro, en un ídolo ha fabricado el nido.
(Ese canto lo oyeron las mujeres toltecas
Y deleitó al soberbio príncipe Moctezuma.)
Mientras el puma hace crugir las hojas secas
El quetzal muestra al iris la gloria de su pluma
Y los dioses animan de la fuente el acento.
Al caer de la tarde, un poniente sangriento
Tiende su palio bárbaro; y de una rara lira
Lleva la lengua musical el vago viento.

Y Netzahualcoyotl, el poeta, suspira.

I

TUTECOTZIMI

Cuaucmichin, el cacique sacerdotal y noble
Viene de caza. Síguete fila apretada y doble
De sus flecheros ágiles. Su aire es bravo y triunfal.
Sobre su frente lleva bruñido cerco de oro ;
Y vese, al sol que se alza del florestal sonoro,
Que en la diadema tiembla la pluma de un quetzal.

Es la mañana mágica del encendido trópico.
Como una gran serpiente camina el río hidrópico
En cuyas aguas glaucas las hojas secas van.
El lienzo cristalino soplo sutil arruga,
El combo carapacho que arrastra la tortuga,
Ó la crestada cola de hierro del caimán.

Junto al verdoso charco, sobre las piedras toscas,
Rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas,
Del vaho de la tierra pasan cribando el tul ;
É intacta, con su veste de terciopelo rico,
Abanicando el lodo con su doble abanico
Está como extasiada la mariposa azul.

Las selvas foscas vibran con el calor del día ;
Al viento el pavo negro su grito agudo fía,
Y el grillo aturde el verde, tupido carrizal ;
Un pájaro del bosque remeda un són de cuerno ;
Prolonga la cigarra su chincharchar eterno
Y el grito de su pito repite el pito-real.

Los altos aguacates invade ágil la ardilla,
Su cola es un plumero, su ojo pequeño brilla,
Sus dientes llueven fruta del árbol productor ;
Y con su vuelo rápido que espanta el avispero,
Pasa el bribón y obscuro sanate-clarinero
Llamando al compañero con áspero clamor.

Su vasto aliento lanzan los bosques primitivos ;
Vuelan al menor ruido los quetzales esquivos,
Sobre la aristoloquia revuela el colibrí ;
Y junto á la parásita lujosa, está la iguana,
Como hija misteriosa de la montaña indiana
Que anima el teutl oculto del sacro teocalí.

El gran cacique deja los bosques de esmeralda ;
Camina á su palacio, el carcaj á la espalda,
Carcaj dorado y fino que brilla al rubio sol.
Tras él van los flecheros ; y en hombros de los siervos,

Ènsangrentando el suelo, los montaraces siervos
Que hirió la caña elástica del firme huiscoyol.

Camina. Llega al regio palacio el jefe noble.
De las cuadradas puertas en el quicio de roble,
De Otzotskij, su tierna hija, ve el flamante huepil.
Súbito se oye un sordo rumor de voz profunda.
Es la onda del Motagua que la ciudad inunda?
No, cacique : ese ruído es del pueblo Pipil.

Como torrente humano que ruge y se desborda,
Con un clamor terrible que la ciudad asorda
Hacia el palacio vienen los hijos de Ahuitzol.
Primero, revestidos de cien plumajes varios,
Los altos sacerdotes, los ricos dignatarios,
Que llevan con orgullo sus mantos tornasol.

Después, van los guerreros, los de brazos membrudos,
Los que metal y cuerno tienen en sus escudos,
Soldados de Sakulen, soldados de Nebaj;
Por último, zahareños, cobrizos y salvajes,
El cuerpo nudo y rojo de míticos tatuajes,
Ixiles de la Sierra, con arcos y carcaj.

Como á la roca el río circundan el palacio.
Sus voces redobladas se elevan al espacio
Como voz de montaña y voz de tempestad :
Hay jóvenes robustos de fieros aires regios,
Ancianos centenarios que saben sortilegios,
Brujos que invocar osan al gran Tamagastad.

Y á la cabeza marcha con noble continente
Tekij, que es el poeta litúrgico y valiente

Que en su pupila tiene la luz de la visión.
 Lleva colgado al cuello un quetzalcoatl de oro,
 Lleva en los pies velludos caites de piel de toro,
 Y alza la frente, altivo como un joven león.

Del palacio en la puerta vese erguido al cacique.
 Tekij alza sus brazos. Su gesto, como un dique
 Contiene el gran torrente de agitación y voz.
 Cuaucmichin, orgulloso, se apoya en su arco elástico,
 Y teniendo en sus labios como un rictus sarcástico,
 Pone en sus pardas cejas una curva feroz.

Curva de donde lanza cual flecha su mirada
 Sobre las mil cabezas de la turba apiñada,
 Curva como la curva del arco de Hurakán.
 Y Tequij habla al príncipe que le escucha impasible :
 Y lleva al aire tórrido la palabra terrible
 Como el divino trueno de la ira de un Titán.

— « Cuaucmichin, la montaña te habla en mi lengua ahora.
 La tierra está enojada, la raza pipil llora,
 Y tu nahual maldice, serpiente-tacuazín !
 Eres cobarde fiera que reina en el ganado.
 Por qué de los pipiles la sangre has derramado
 Como tigre del monte, Cuaucmichin, Cuaucmichin ?

Cuaucmichin ! el octavo rey de los mexicanos
 Era grande. Si abría los dedos de sus manos
 Mas de un millón de flechas obscurecía el sol.
 Eran de oro macizo su silla y su consejo.
 Tenía en mucho al sabio ; pedía juicio al viejo ;
 Su maza era pesada : llamábase Ahuitzol,

Quelenes, zapotecas, tendales, katchikeles,
Les mames que se adornan con ópalos y pieles,
Los jefes aguerridos del bélico Kiché,
Temían los embates del fuerte mexicano
Que tuvo, como tienen los dioses, en la mano
La flecha que en el trueno relampaguear se ve.

Él quiso ser pacífico y engrandecer un día
Su reino. Eso era justo. Y en Guatemala había
Tierra fecunda y virgen, montañas que poblar.
Mandó Ahuitzol cinco hombres á conquistar la tierra,
Sin lanzas, sin escudos y sin carcaj de guerra,
Sin fuerzas poderosas ni pompa militar.

Eran cinco pipiles ; eran los padres nuestros ;
Eran cultivadores, agricultores, diestros
En prácticas pacíficas ; sembraban el añil,
Cocían argamasas, vendían pieles y aves :
Así fundaron, rústicos, espléndidos y suaves,
Los pristinos cimientos del pueblo del pipil.

Pipil, es decir, niño. Eso es ingenuo y franco.
Vino un anciano entre ellos con el cabello blanco
Y á ese miraban todos como una majestad.
Vino un mancebo hermoso que abría al monte brechas,
Que lanzaba á las águilas sus voladoras flechas
Y que cantaba alegre bajo la tempestad.

El rey murió: la muerte es reina de los reyes.
Nuestros padres formaron nuestras sagras leyes ;
Hablaron con los dioses en lengua de verdad,
Y un día, en la floresta, Votan dijo á un anciano

Un canto mexicano. Cantaba cielo y tierra,
Alababa á los dioses, maldecía la guerra.
Llamáronle : — « Tú cantas paz y trabajo ? » — « Sí »
— « Toma el palacio, el campo, carcajes y huepiles ;
Celebra á nuestros dioses, dirige á los pipiles » .
Y así empezó el reinado de Tutecotzimí.

RUBÉN DARÍO.

SANTIAGO LINIERS

(Continuación)

§ III

LA RECONQUISTA

Con buena sombra y simpatía evidente por la protagonista, refiere el mayor Gillespie una pequeña escena de que fueron testigos él y cinco ó seis compañeros de armas, la noche misma de su entrada triunfal en la ciudad. Para rehacerse de tanta penuria reciente, habían ido á comer á la célebre fonda de los *Tres Reyes* situada, como todo el mundo sabe, en la calle de Santo Cristo (*25 de Mayo*). Tocóles sentarse en la misma mesa que algunos oficiales españoles y un señor Barreda, « criollo letrado » que amablemente les servía de intérprete. Mezquina era la cena — *eggs and bacon* — como que los mercados no se abastecían desde la antevíspera; pero alegraba la vista una arrogante muchacha, hija del mesonero, que ayudaba al servicio. El excelente mayor, recién llegado del Cabo con setenta días de travesía, observaba á la joven con vivísimo interés. No tardó en sospechar que algo muy grave pasaba en ella : su ceño airado, sus encendidas mejillas y ojos centellantes eran indicio de una tempes-

tad interior... El narrador confiesa de buena fe que se sentía desazonado, ignorando sobre quién descargaría la tormenta. Al fin estalló. Cuadrándose de repente delante de los pobres milicianos, la hija de los *Tres Reyes* espetóles esta arenga desnuda de artificio: « Caballeros, debieron ustedes avisarnos de antemano que era su intención cobarde entregar á Buenos Aires; pues juro por mi vida que á saberlo, nosotras las mujeres hubiéramos salido á la calle y echado á pedradas á esos ingleses! » Después de este desahogo (1), recibido á quema ropa en el silencio general, la Bradamante criolla, bruscamente serenada, siguió mudando el cubierto á vencedores y vencidos con una sonrisa encantadora.

La anécdota es significativa; en nuestros días se la tendría por un « símbolo » de la psicología popular durante esa crisis solemne. Está visto que el negrero Wayne no engañó á los ingleses, pintándoles como infalible la captura de la ciudad con un golpe de mano atrevido. La habían realizado sin mucho esfuerzo ni grandes peligros. Fugado el virrey, rendidos los jefes y soldados, resignadas las autoridades, inerme y al parecer conforme la población, pudo el conquistador creer en la realidad de su conquista. Al día siguiente de estar instalado Beresford en la Fortaleza, comenzaron á acudir las corporaciones, haciendo cabeza el obispo y su clero; se juramentaron oficiales y empleados, prestaron pleito homenaje y ofrecieron su valioso concurso « moral » los prelados y priores de conventos. Bastó una intimación para que el sub-inspector Arce y el Cabildo hicieran bajar de Luján los caudales extraídos de las cajas reales (2). Pronto volvieron á abastecerse los corrales y mercados, á abrirse las tiendas y pulperías, como que, por circular en manos inglesas, no perdían los pesos y doblones su conocida efigie espa-

(1) La expresión inglesa (*delivery*) se presta á un equívoco.

(2) Según un estado detallado de la Tesorería, desde julio 6 hasta agosto 2 de 1806, el total de las sumas entregadas á las autoridades inglesas ascendió á 1.438.514 pesos. De esta cantidad se embarcaron en el *Narcissus* 624.714 pesos; el comodoro Popham dió recibo por valor de 494.223 pesos, procedentes de Luján (zurrónes, barras de plata, te-

ñola. Si no hubo función de comedias en todo julio, lidiáronse toros en el Retiro. Jefes y soldados «colorados» formaban relaciones en sus respectivas esferas. Las mismas familias en cuyas casas se hospedaban los oficiales trataban á éstos con afabilidad... Decididamente, aquello andaba á maravilla, y la contagiosa ilusión del comodoro se transmitió al general. Como Sancho en la ínsula Barataria, comenzó Beresford á creer en su gobernación, y prodigó las órdenes, decretos y reglamentos á nombre del soberano británico. Así pasaron algunas semanas sin que los incautos vencedores se dieran cuenta exacta de la situación. —Habiendo asaltado la casa y con facilidad suma desalojado á sus dueños, los intrusos se instalaron en ella y armaron francachela sin sospechar que los propietarios estuvieran juntando á los vecinos y preparándose para volver. Gillespie se mostró sabio con no prolongar su sobremesa de los *Tres Reyes*, á pesar de las sonrisas, del *good humour and charms* de la huésped. —Cuando los síntomas se hicieron harto visibles y reventó afuera lo que adentro pasaba; cuando los invasores llegaron á comprender que un pueblo no está subyugado mientras el alma no esté sumisa, y que ni las fórmulas corteses, ni las protestas de los funcionarios, ni los sermones de los frailes expresan esa alma de un pueblo estremecido y que despierta de su estupor : ya era tarde, y, cogido en su propia ratonera, no pudo Beresford, aunque quisiera, seguir el consejo del forbante Popham que proyectaba bombardear y poner á saco la ciudad, embarcándose luego con el botín (1).

jas de oro y hasta vajilla); el general Beresford libró órdenes por 229.176 pesos, dejando justificativo por su mayor parte : gastos de la tropa, devolución al Consulado, etc. Después de la Reconquista, se recuperaron 130.000 pesos del dinero entregado á Popham.

(1) Existen varias comunicaciones de Popham en que reprueba á Beresford su condescendencia y generosidad para con los habitantes de Buenos Aires.

I

Hemos visto que Santiago Liniers, al día siguiente de la capitulación, solicitó y obtuvo del general Beresford un salvoconducto para visitar á su familia en la ciudad. Siendo un hecho indiscutible esta negociación, que fué llevada á cabo por el inglés Edmundo O'Gorman (1), basta á desvanecer todas las imputaciones calumniosas de Popham respecto al pretendido compromiso de Liniers. Éste volvió á Buenos Aires el 29 de junio, no hallándose, por tanto, en la Ensenada cuando el teniente Groves fué á rendirla en nombre del general inglés. Provisto de su salvoconducto, Liniers pudo también abstenerse, como se abstuvo, de concurrir al acto del 5 de julio en que, por invitación escrita del Cabildo, « los jefes y miembros de las corporaciones eclesiásticas y otras, los alcaldes de la ciudad y barrios y todos los habitantes principales (fueron) á Palacio en el Fuerte de Buenos Aires, á las 12 del día, al efecto de prestar juramento de fidelidad á S. M. B. » Para juramentarse no necesitaría Liniers de su pasaporte. No perteneciendo á la guarnición de la plaza rendida, le era lícito invocar, como Belgrano y los ministros contadores que se honraron con su negativa, el carácter de sus funciones que emanaban del rey y se ejercían en cualquier punto no conquistado del virreinato donde se estableciera la legítima autoridad.

(1) Este O'Gorman, pariente del protomédico, había venido á Buenos Aires « con real licencia por seis meses para arreglar asuntos de familia ». Parece que obtuvo permiso para establecerse, y llegó á casarse con una hermosa y mentada criolla de la isla Mauricio. Como White, Wayne y otros, prestó á los ingleses servicios más ó menos recomendables, aunque tenía él la disculpa de servir á su país. Agente de Beresford para la cobranza del « ramo de tabacos y Filipinas » se hizo odioso y, el día de la Reconquista, tuvo que guarecerse en el buque de Popham, dejando á su mujer. La Reconquista puso á Liniers en el lugar de Beresford y, tan amigo del francés como del inglés, el excelente O'Gorman volvió al *statu quo ante bellum*.

Pero no eran necesarias tantas razones : el día de la capitulación de la *ciudad*, estaba tan fuera de ella, aunque en territorio del virreinato, como Allende en Córdoba ó Ruiz Huidobro en Montevideo; por consiguiente, ajeno á las consecuencias de esta acción de guerra. Por otra parte, es muy sabido que, después de la reconquista, cuando las recriminaciones de Beresford prisionero ó fugado cobraron mayor acritud contra Liniers, nunca hizo alusión al supuesto compromiso verbal ó escrito de su adversario : es que no existió jamás, sino en la imaginación novelesca y la conciencia elástica de Popham (1). Liniers cometió muchas faltas y era capaz de imprevisiones y ligerezas que no procuraremos disimular, pero en cuestiones de honor era irreprochable y, como lo declara Beresford, « incorruptible ».

Liniers no vivía ya en la quinta que con su hermano tenía arrendada á don Isidro Lorea (2), sino en casa de su suegro Sarratea, enfrente de Santo Domingo. Sinceramente religioso, á fuer de marino y vendeano, Liniers asistía á los oficios del culto y era natural que pusiera su empresa solemne, ya nacida en su espíritu, bajo la protección divina. He aquí lo que se lee en el Libro de Actas de dicho

(1) En su comunicación del 25 de agosto al honorable W. Marsden, secretario del Almirantazgo, el comodoro Popham formulaba acusaciones tan inverosímiles contra Liniers, que el mismo tribunal las mandó suprimir de la versión oficial que fué publicada. Después de la conquista, Popham no estuvo en la ciudad sino el día 5, para presenciar la función del juramento á que no asistió Liniers; para tener con él « frecuentes entrevistas » hasta el 10, hubiera sido necesario que Liniers empleara la semana en viajes á balizas exteriores donde fondeaba el *Diadem*. Tenía otras y mejores atenciones en la ciudad !

(2) La « quinta de Liniers » estaba en la calle que hoy lleva este nombre, ocupando las manzanas ahora cortadas por la de Moreno. Desde antes de 1795, el conde de Liniers, gran buscavidas mucho menos ingenuo que su hermano, obtuvo licencia para establecer allí una « Real fábrica de pastillas » que no prosperó. La curiosa causa seguida en 1795 contra algunos franceses sospechados de conspiración (entre ellos un tal Bloud, capataz de Liniers) suministra detalles interesantes sobre la vida de la época y, especialmente, el carácter bondadoso del honrado Santiago Liniers. Dirigió la causa don Martín de Álzaga, como Alcalde de primer voto, con un ensañamiento grotesco y atroz. Algunos de los reos fueron *torturados*; el juicioso y casi siempre exacto Domínguez lo pone en duda, pero ello resulta irrefutablemente del proceso manuscrito, cuya comunicación debemos á la amabilidad del general Mitre.

convento, bajo el testimonio auténtico de su prior y mayordomo, con la fecha del 25 de agosto de 1806 :

« Con motivo de haber sido rendida esta plaza, el día veinte y siete de junio de mil ochocientos seis, á las armas de su majestad Británica del mando del general Mr. Williams Carr Beresford, se experimentó decadencia y cierta frialdad en el Culto por la prohibición de que se expusiese el Santísimo Sacramento en las funciones de la Cofradía que tuvo á bien mandar el ilustrísimo señor Obispo de este Diócesis. El Domingo primero de julio, no hubo más que una misa cantada sin manifiesto, y habiendo concurrido á ella el capitán de navío señor don Santiago Liniers y Brémont, que ha manifestado siempre su devoción al Santísimo Rosario, se acongojó al ver que la función de aquel día no se hiciera con la solemnidad que se acostumbraba. Entonces conmovido de su celo, pasó de la Iglesia á la Celda prioral, y encontrándose en ella con el R. P. Maestro y Prior Fray Gregorio Torres, y el mayordomo primero, les aseguró que había hecho voto solemne á Nuestra Señora del Rosario, *ofreciéndole las banderas que tomase á los enemigos*, de ir á Montevideo á tratar con aquel señor Gobernador sobre reconquistar esta ciudad, *firmemente persuadido de que lo lograría* bajo tan alta protección...» (1)

Escritores hay cuyo estrecho liberalismo no puede contemplar friamente tales «extravíos de la superstición». Cuando no llegan á pensar, como el pobre Manuel Moreno, que la devoción de Liniers sólo encubría cálculo hipócrita y pusilanimidad, se limitan moderadamente á señalarla como un síntoma de ignorancia y flaqueza de espíritu. No necesitamos demostrar la sinceridad de las creencias que, según el dicho de Pascal, hacen recorrer á sus sostenedores la *vía crucis* del martirio. En cuanto á la debilidad mental que tales creencias religiosas revelarían, ello no está demostrado irrefutablemente; y, sin invocar ejemplos abrumadores de otros países y épocas, no parece que en esos mismos años de la Independencia, el «fanatismo» de Mariano Moreno, contrapuesto al «liberalismo» de su hermano Manuel, fuera indicio de una inferioridad de la mente ó del carácter. En el fondo, no hay diferencia esencial entre el misticismo heróico de un mártir y el de un patriota; ya sea una cruz, ya una bandera su símbolo visible, ambos arrancan de la misma fuente profunda,

(1) Acta reproducida *in extenso* en los *Trofeos de la Reconquista*.

del mismo esfuerzo sublime que desprende el sér humano de sus vínculos terrestres para arrojarle al sacrificio. Es el triunfo de la pasión noble sobre la prudencia egoísta y el instinto conservador del organismo : en una palabra, de la humanidad sobre la animalidad. Y no es mucho que, para mantener un equilibrio tan inestable y sobrenatural, se procure casi siempre el auxilio de un « misterio » idealista. Acaso sea más grande el frío altruismo de un Condorcet ó de un Hoche, que sólo obedece á la pura noción del deber moral despojada de toda ilusión ó radiante emblema ; pero tales heroísmos excepcionales y filosóficos no son contagiosos para las muchedumbres. — En todo caso, el sentimentalismo exaltado que parte de Santo Domingo para rematar en la Reconquista y la Defensa, queda muy por cima de la ironía liberal que no conduce ni á la función de iglesia ni á las del campo de batalla — sin que pretendamos, por cierto, que sea la segunda omisión consecuencia forzosa de la primera.

Pero no es sólo para dar pretexto á reflexiones morales que hemos transcrito el fragmento anterior ; creemos que de él puede extraerse un buen ejemplo de crítica histórica *ad usum variorum*. En són de justa protesta contra el dean Funes y sus inmediatos sucesores, que escribían sus crónicas á manera de consejas, con exclusión severa de cualquiera pieza justificativa, han venido otros que conciben y tratan la historia como un expediente de escribanía. Desfilan á nuestra vista en procesión solemne los testimonios impresos ó manuscritos, todos igualmente respetables y dignos de fe, aunque procedan visiblemente de testigos parciales, falibles, ignorantes ó á todas luces embusteros. Las polémicas se componen esencialmente, como en el poema de Boileau, de mamotretos que los contendores se arrojan mutuamente á la cabeza : Funes contra Núñez, Manuel Moreno contra Torrente, Sota contra Seguí — para no citar á los peores. Un sermón de fraile franciscano, un « diario » de sargento de blandengues, un « rasgo encomiástico » en verso que parece prosa ó *vice versa*, sirven de fundamento á tesis contradictorias y se elevan á la categoría de autoridades históricas. Y todo ello *pêle-mêle*,

sin discutir, sin distinguir. No es la alta razón ni mucho menos el arte luminoso y evocador, es el estómago de avestruz que aquí simboliza la magna labor histórica y la sentencia de la posteridad. Nos hemos criado en el culto del fetiche documental. Ante el hecho famoso de aquellos fósiles reconstituídos con un fragmento de mandíbula, lo que nos ha maravillado, no es el genio de Cuvier y su ley eternamente fecunda de la correlación, sino la mandíbula; y el ideal, entonces, ha sido amontonarlas á carretadas. Algunas de nuestras historias son osarios, pero no semejantes al de la visión de Ezequiel; falta el espíritu vivificador que insufla un alma en las reliquias inertes : *et spiritum non habebant*.

Y es sobre esos escombros que tienen lugar las batallas de los textos y de las letras muertas! No hay sub-historiador sin su alegato ardoroso y parcial, su « sitio hecho » y prejuicio, su vehemente anhelo de tener razón á toda costa contra un adversario relapso y pertinaz. Cada cual tiene que defender á su héroe impecable y perfecto; no es buen biógrafo el que no se torna panegirista; casado en justas nupcias con su preocupación, la proclama única dama de su pensamiento, sin escuchar las objeciones más que para combatirlas *a priori* — y el combate de la historia se libra en las espaldas de la verdad.

Al que bosqueja estas páginas (á guisa de ensayo, por cierto, y no de modelo) no se le escapa que, á fuer de biógrafo al uso, debería aceptar sin examen para su « héroe » y abonarle en cuenta todo documento favorable y auténtico que á la mano le viniera. El que hemos transcrito reúne en sumo grado ambos requisitos : es un testimonio irrefragable, autenticado en la notaría y, además, tiende á demostrar que Liniers, llegado el viernes á la noche de la Ensenada, tuvo ya formado el domingo, 1º de julio, su plan de reconquista con la previsión certera del éxito. Ahora bien, ello no es cierto, porque no es posible. Contra el documento escrito y firmado dos meses después por testigos de buena fe, sin duda, pero destituídos de sentido histórico y sujetos más que otros á la irresistible ilusión

imaginativa que exagera, simplifica, deforma, es decir *compone* la realidad, se levanta la crítica que, armada de esa misma ley de la correlación orgánica que el gran Cuvier aplicara á su materia y es la condición necesaria de todos los fenómenos, denuncia netamente el error material. La letra queda vencida por el espíritu. Los testigos contemporáneos aquellos, seres de credulidad y clientes del milagro, no prevalecen sobre la simple inducción racional. Aunque Liniers fuese un genio, y no lo era, no sería admisible que no diera por base á su riesgosa aventura el estudio minucioso y comparativo de la situación. Hizo, pues, en pequeño lo que en grande hacía Napoleón, lo que es elemental para contar probable, si no seguro, el éxito. — Nos hemos detenido en este incidente, porque, lo repetimos, con ocasión de esta simple monografía, quisiéramos inspirar á algunos jóvenes dignos de esta solicitud, y presentes ó futuros historiadores argentinos, el desdén de los procedimientos en uso y el respeto del verdadero método.

Por consiguiente, el capitán de navío Liniers, que sobre ser creyente tenía treinta años de experiencia militar, pudo « ofrecer á la Virgen del Rosario » las banderas enemigas, no el día 1° de julio, sino el 9 ó el 10, cuando, después de estudiar las situaciones respectivas, se embarcó para la Colonia y asumió con plena conciencia y confianza absoluta el papel de reconquistador (1). Y asimismo, no es pequeña muestra de pericia profesional y sentido político haber acertado, en tan breve lapso, con la *única* solución que fuera favorable por igual á la fortuna del país y á la suya propia. Los que repiten frases hechas sobre la incapacidad y el « atolondramiento » de Liniers miran las cosas por defuera, juzgando del valor de los hombres por el resultado aciago ó próspero de sus empresas. Es proce-

(1) Sabido es que Liniers no dió importancia á la escaramuza y dispersión de Perdriel: « Nuestro general, en vez de apocarse con tan infausta noticia, dió muestras de la magnanimidad de su corazón, diciendo (á Pueyrredón) con alegre semblante: *No importa, nosotros bastamos para vencerlos* ». La anécdota concuerda con el carácter y ha de ser exacta. La traen en términos análogos, varios testigos. V. g.: BAUZÁ, *Dominación española* (segunda edición), II, 417 y 7° Documento de prueba.

dimiento somero y al alcance de todas las inteligencias; según esta regla sencilla, es buen marino el que conduce la nave al puerto, siendo inepto el que naufraga — y nada importa que el primero tuviera viento de popa mientras bregaba el segundo con el vertiginoso ciclón! Después de la primera sonrisa insinuante de la victoria, á este héroe de circunstancia tocóle en suerte forcejear con la situación exterior y local más inextricable; el conflicto más tremendo de fuerzas contrarias é ingobernables que haya presidido jamás al alumbramiento « cesáreo » de un pueblo americano. Al lado de la de Buenos Aires, la elaboración de la independencia chilena, peruana, mexicana y hasta caraqueña resulta de poco esfuerzo; aquí mismo, como á su tiempo lo veremos, la árdua empresa de un Moreno ó de un Rivadavia parece fácil, comparada con la que la fatalidad deparara al extranjero Liniers. No es discutible que no se mantuvo á la altura de la situación, pero ¿quién pudiera mantenerse, en esas tinieblas cruzadas de relámpagos, sobre el suelo vacilante y grietado de un terremoto? Vencido, descorazonado, adherido á una causa mala que su lealtad hacía buena, remachado á ese cadáver, prefirió, como Decio, sacrificarse á las divinidades infernales y perder la vida salvando el honor... Pero no nos anticipemos; no cercenemos á la víctima predestinada su hora de dicha y plenitud: estamos en la Reconquista, en ese momento sublime, único en la vida del hombre como de los pueblos, en que según el dicho de Vauvenargues, « los fuegos de la aurora son menos dulces que los primeros rayos de la gloria ».

Planteado el problema de la reconquista, no residía la dificultad en darse cuenta exacta de la fuerza enemiga. Á pesar de las exageraciones de Arce, tendentes á paliar su conducta, y de los subterfugios discurridos por Beresford para inflar en la apariencia la cifra de su efectivo, no pudo ésta ocultarse por mucho tiempo. El regimiento de *highlanders* hacía ejercicio en la Ranchería, lo mismo que el resto de las fuerzas en la plazoleta del Fuerte; por otra parte, algunos desertores irlandeses habían corroborado los datos suminis-

trados por el cálculo. Liniers no vivió tres días en Buenos Aires sin saber que las tropas invasoras no alcanzaban ahora á 1500 hombres, entre veteranos y reclutas, bien armados, con artillería suficiente, y mandados por un jefe valiente y experimentado. Pero sea cual fuere la solidez de esta brigada, añadiéndole todos los recursos de la posición y la defensa, no parecía aventurado el éxito de un ataque llevado con energía y apoyado en el concurso entusiasta de la población. Ahora bien, ¿con qué núcleo organizado se iniciaba el ataque?

Desde los primeros días posteriores á la conquista, la rendida población había vuelto poco á poco de su estupor; sentíase fermentar esa masa popular que Beresford, engañado por las flaquezas y abdicaciones oficiales, consideraba inerte. La agitación del vecindario se condensaba en conciliábulos, gérmenes flotantes de conjuras todavía esporádicas; entablábanse con la campaña y el exterior correspondencias que significaban una vaga tentativa de organización para la resistencia. El coronel Liniers se encontró delante de tres movimientos iniciales que, si bien convergían al mismo fin, no podían coexistir independientes ni obrar de consuno sin contrariarse y comprometer el resultado: era forzoso elegir entre la conspiración urbana que se urdía en torno de Álzaga, el conato de cruzada belicosa que Sobremonte y Allende anunciaban desde Córdoba, — con acompañamiento de proclamas enfáticas, suscritas por el segundo y al parecer dictadas por el primero, — y, finalmente, la expedición que se preparaba en Montevideo, con anuencia más que á impulso de su achacoso gobernador Ruiz Huidobro, figurón aspirante á virrey y segunda edición, apenas mejorada, de Sobremonte. Para un militar de carrera, como lo era Liniers, la elección no podía ser dudosa: á preferir el último partido, incitábanle por el pronto la sugestión de su interés y su tendencia profesional.

Tenía, desde luego, que repugnar á su conciencia de soldado esa tenebrosa empresa de minas y explosiones que, sobre ser un crimen, no pasaba de una peligrosa extravagancia. Sabido es que,

desde el 29 de junio (1), los catalanes Sentenach y Estebe habían concebido el proyecto de libertar la ciudad, aniquilando á los ingleses. En pocos días contaron con la adhesión de varios españoles, Forneguera, Anzoátegui, etc.; la de Dozo, empleado de Álzaga, atrajo el valioso concurso de su patrón, que suministró generosamente el «nervio de la guerra». El plan adoptado consistía en reclutar secretamente hasta 500 hombres, por el conocido procedimiento de secciones independientes, y reunirlos en un punto fortificable de la campaña (fué designado más tarde el caserío de Perdriel); esta fuerza debía entrar en acción cuando las minas cavadas bajo la dirección de Sentenach hicieran explosión, reduciendo á escombros la Fortaleza y la Ranchería con sus ingleses acuartelados. Otros adherentes (partidarios de la famosa *guerra á cuchillo* que, algunos años más tarde, había de ostentar en la Península sus proezas africanas y levantar la protesta indignada de Wellington) querían sencillamente armar con puñal « las gentes que pudieran reunir » y entrar á degüello contra compañías formadas y prevenidas! La inepticia profunda del plan, renovado de la fábula del gato con cascabel, hubiera bastado para alejar á Liniers: bien sabía él — y la desbandada de Perdriel iba á confirmarlo — cómo las « gentes » sin disciplina ni dirección hacen frente á los soldados aguerridos y bien mandados. En cuanto á las dos minas, cuyos trabajos se prosiguieron durante semanas para satisfacción del ingeniero y *modus vivendi* de sus operarios, abandonándose luego sin causa intercurrente, su efecto más probable hubiera sido sacrificar á un cente-

(1) Dice la *Historia de Belgrano*, I, 125: « Á los diez días de ocupada (la ciudad), se abocaron el ingeniero don Felipe Sentenach y don Gerardo Estebe y Llac... » Á ser exacta esta versión, el complot no hubiera tomado consistencia sino después de la salida de Liniers para la Colonia y, por consiguiente, éste no pudiera conocer el plan. Pero la versión es inexacta. Los dos primeros conjurados « se abocaron » el 29 de junio, « dos días después de la toma de la plaza », según los términos precisos del *Diario* redactado por Sentenach y suscrito por los siete conspiradores. Por lo demás, la fecha concuerda con los hechos: el 3 de julio, comunicaron su proyecto al gobernador de Montevideo; el 8, se reunieron en casa de Álzaga para examinar y discutir los planes propuestos; el 9, se hizo la elección de jefes.

nar de enemigos y atraer luego sobre el vecindario inocente las más sangrientas y justificadas represalias. Pero no es dudoso que hubo de sublevar el alma noble de Liniers el carácter salvaje de la empresa, aun antes que sus condiciones irrealizables chocaran con la pericia del militar.

La injusticia inicial de la agresión no impedía que la toma de Buenos Aires fuera un acto de guerra regular; los ingleses eran vencedores de buena ley que habían concedido á la plaza condiciones honorables; habíanlas aceptado las autoridades, firmando la capitulación; casi todos los oficiales y vecinos notables estaban juramentados, — entre ellos, muchos de los que se proponían con medios tan innobles borrar su juramento. Enhorabuena que Pueyrredón y sus hermanos juntasen elementos en la campaña: Liniers podía aplaudir su concurso leal y aceptar su comando. Pero era soldado, no jefe de *bravi*, y su corazón altivo tenía que repugnar á esa trama encubierta, á ese acecho nocturno de felonía y traición. Él quería vencer de día, á la cabeza de una división: dirigir al adversario un cartel de desafío y, si no admitía la rendición, vencerle en buena lid — como lo hizo.

Quedaban las dos formas de ataque exterior, y aquí tampoco la vacilación era posible. Sobremonte y sus milicias cordobesas representaban para el país el desprestigio, la incapacidad, la segunda derrota prevista, vale decir, segura; para él, personalmente, importaba la vuelta definitiva á la condición subalterna, bajo un jefe que le aborrecía y á quien despreciaba: un sepelio moral. Sabíase, por otra parte, que el gobernador Ruiz Huidobro acababa de negar al virrey caduco un refuerzo de dragones y blandengues que éste solicitará (1); hasta las armas escaseaban en las provincias; y las infelices proclamas de Allende á sus cordobeses ó de Acuña á sus catamarqueños, verdaderos certificados de incapacidad y compromisos de infalible derrota, justificaban plenamente las aprensiones de Liniers.

(1) Oficio del marqués de Sobremonte al gobernador de Montevideo, 1.º de julio de 1806, transcrito en la *Biblioteca de la Crónica*.

Tampoco éstos, como los de Perdriel, sospechaban que, en un encuentro campal, no hay muchedumbre indisciplinada que resista á un batallón de línea. No restaba, pues, más que Montevideo como punto de apoyo y base regular de operaciones.

Sabíase que los jefes de mar y tierra allí residentes estaban organizando un plan de resistencia, en previsión de un ataque anunciado; hasta se hablaba ya de un proyecto de reconquista de la Capital, con el concurso de aquel vecindario y de la marina mercante. Pero la consideración decisiva que sin duda determinó al jefe de carrera Liniers, y es la clave de su conducta futura, fué que, en el desquicio actual, el gobierno de Montevideo, con el brigadier Ruiz Huidobro, significaba la única autoridad jerárquica subsistente. Acháquese enhorabuena á estrechez de espíritu ese respeto casi supersticioso del orden establecido, que pronto parecerá escandaloso y criminal para los precursores de un siglo de revoluciones y desgobierno : lo que queda, entretanto, lo que explica hasta el fin la actitud de Liniers, es su fidelidad inflexible al principio de la autoridad legal. Este supuesto « soldado de aventura » era el menos aventurero de los hombres; no abrigaba ambición personal fuera de la regla y del deber; su pretendida aproximación á las veleidades « patriotas », su defección, por tanto, no existió sino en algunas cabezas calenturientas. En realidad, lo vacilante y contradictorio no está en su vida, sino en los acontecimientos de la Península que él se obstinó en reflejar escrupulosa y pasivamente. Héroe de la obediencia, apareció inerte ó desconcertado cuando no supo á quién obedecer.

II

Tomado su partido, Liniers se dirigió á Las Conchas (probablemente el 10 de julio) y se embarcó en una lancha para la Colonia. Se dice que había pasado parte de la noche anterior en oración, en

el santuario de la Recoleta : era la vela de las armas de los antiguos caballeros, y á fe que no sentaba mal en quien descendía de Guy de Liniers, muerto en la batalla de Poitiers. Desde la Colonia escribió á Ruiz Huidobro, reseñando el estado de la capital y proponiéndole reconquistarla « con 500 hombres de tropas escogidas » que se le confiasen. La Junta de guerra, allí establecida para preparar la resistencia á la anunciada invasión de Popham, opinó que se debía oír á Liniers. Llegó éste el 16 á Montevideo y, al día siguiente, desarrolló su plan ante la Junta presidida por el Gobernador. — Era el brigadier Ruíz Huidobro, según el chismoso Presas, un « marino muy acicalado y cuyo cuerpo evaporaba más olores que una perfumería ». La ejecución es somera; desgraciadamente no encontramos para contradecirla, en este punto de su carrera, sino sus reiteradas manifestaciones de « estar su salud muy quebrantada » para dirigir cualquier empresa; hasta quería la fatalidad que se agravaran sus achaques cuando al Cabildo urgía más y más la proyectada expedición. Á su investidura real de gobernador (por cédula de 14 de julio de 1803), Huidobro reunía ahora otra popular de muy dudosa ortodoxia. Á raíz de la conquista inglesa, el cabildo de Montevideo había dado el primer paso hacia la disgregación inminente del virreinato, declarando *proprio motu* que « en virtud de haberse retirado el virrey al interior del país, de hallarse suspenso el tribunal de la Real Audiencia y juramentado el Cabildo de Buenos Aires, era y debía respetarse en todas las circunstancias al gobernador don Pascual Ruiz Huidobro como jefe supremo del Continente (sic), pudiendo obrar y proceder con la plenitud de esta autoridad para salvar la ciudad amenazada y desalojar la capital... » (1). Sea cual fuere el valor legal de esta innovación, Huidobro, Tántalo del virreinato, veía en ella una promesa y entrada en posesión de ese anhelado título que, por dos veces, había de rozar sus manos sin que lo alcanzara jamás :

(1) Citado en BAUZÁ, *op. cit.*, II, 398.

...*Etre empereur! — O rage, ne pas l'être!*... (1)

En cuanto al Cabildo, al expresar sus sentimientos propios interpretaba los de la población, los cuales, desde la creación del virreinato, fueron la impaciencia del yugo de Buenos Aires y la pretensión de disputarle el predominio político y comercial. Esta rivalidad, que la Capital tuvo siempre en poca cuenta, va á diseñarse con ocasión de la Reconquista para estallar después de la Defensa : con acostumbrarse los dos pueblos á mirarse como adversarios, se orientará el uruguayo hacia la propia independencia.

Pero entonces la opinión de Montevideo se mostraba unánime para la reconquista, si bien el amago de un ataque de Popham vino á dar pie á la prudencia del gobernador. Es justo reconocer la admirable actitud del vecindario que, sin distinción de clases, contribuyó con sus personas y bienes al logro de la proyectada expedición. En vísperas de la llegada de Liniers, estaban alistados 1400 hombres y aprestada una flotilla «de tres goletas, doce lanchas de fuerza, cañoneras y obuseras, con el número de embarcaciones correspondiente al transporte de las tropas» (2). Reunida la Junta, bajo la impresión de estar Montevideo amenazada á su vez, Liniers no se empeñó en demostrar que la reconquista de Buenos Aires tornaba improbable el ataque de Popham con fuerzas tan reducidas: se ciñó hábilmente á demostrar que su plan no difería esencialmente del presentado por Concha, Michelena, Córdoba y demás oficiales allí presentes (de quienes era superior jerárquico como capitán de navío), y que su ejecución no reclamaba sino una parte de la gente movilizada, pudiendo la otra parte quedar para la defensa de la plaza que, desde luego, «requería la presencia del gobernador». Aceptadas estas ideas, que fueron expuestas con elocuencia y defendidas con calor, quedó en tal sentido modificado el plan de la reconquista y *nombrado oficialmente* su comandante en jefe don Santiago Liniers,

(1) V. HUGO, *Hernani*, IV, 2.

(2) C. CORONADO, *Informe al Gobernador*.

con el capitán de fragata Gutiérrez de la Concha como segundo. Aquel nombramiento regular y la *orden* de marcha consiguiente confirman lo que dijimos acerca de la expedición y de su caudillo; y ello, además de fijar la fisonomía tan mal comprendida de Liniers, restablece la verdad de los hechos en el deplorable enredo de la capitulación, que á su tiempo discutiremos. Al invocar su dependencia jerárquica respecto del gobernador Huidobro, cuya ratificación era en cierto modo necesaria, Liniers no inventaba un argumento de circunstancia. Tan es así que, después de la Reconquista y en el orgullo embriagador de la victoria, siempre respetuoso de la ordenanza él encabeza su parte oficial al Príncipe de la Paz transcribiendo *in extenso* la « orden » de su jefe para constancia de su procedimiento regular (1). Quien aprecie la conducta de un oficial europeo con el antiguo concepto « criollo » de la disciplina, se expone á desconocer á hombres y acontecimientos.

Debiendo formarse el cuerpo expedicionario con « hombres escogidos de la mejor tropa » no dejó de ofrecer dificultades su organización, ante las pretensiones justificables de las milicias. Todos los voluntarios urbanos querían marchar, y no estuvo demás la energía militar de Liniers, unida á su incomparable dón de gentes, para encauzar el entusiasmo general. Él sabía que las batallas se ganan con soldados; redujo, pues, al mínimun el contingente de reclutas, mejor dicho, exigió que fueran el núcleo de su fuerza los 500 hombres de línea que, según su primera comunicación, eran necesarios y suficientes para la empresa, sin rechazar un prudente refuerzo de voluntarios. Del estado firmado por Liniers en la Colonia, el 3 de agosto, resulta el siguiente efectivo :

<i>Tropa de línea</i>		Plazas
1 compañía de artillería (comandante Agustini).....		75
1 compañía de infantería de Buenos Aires (com. Gómez)...		63
3 compañías de dragones de Buenos Aires (Pinedo).....		216
2 compañías de blandengues de Buenos Aires.....		<u>174</u>
		528

(1) *Biblioteca del Comercio del Plata*, Compilación, página 62, y muchas obras modernas.

Milicias

2 compañías de infantería de Montevideo (Chopitea y Balbín)	150	
2 compañías de caballería de la Colonia (Chain y García)...	102	
1 compañía de voluntarios catalanes (miñones) (Bufarull)...	<u>120</u>	<u>372</u>
		900

Añadiendo á esta cifra los 73 marineros del corsario francés Mordeille (1), que tan bizarramente concurrieron á la Reconquista, unos 300 marineros españoles de los buques (pues no todos bajarían á tierra) que se desembarcaron en Las Conchas, y unos pocos «aventureros» agregados, se alcanza al gran total de 1300 hombres para la división que marchó sobre Buenos Aires. Se ve que el contingente propiamente uruguayo comprendía unas 252 plazas, apenas la quinta parte del conjunto. No procuramos ni nos toca minorar el lote que legítimamente le pertenece en la gloria común; tampoco desconocemos la influencia moral que tendría la presencia de los Chopitea, Salvañach, García de Zúñiga, Caldeira, Chain, Larreta, Ellauri—y hasta el capellán Larrañaga—entre los voluntarios; pero quedan las cifras irrefutables, y es imposible no tachar de excesiva la pretensión, manifestada después del triunfo, de ser las cuatro compañías montevidéanas las únicas reconquistadoras y dueñas exclusivas de las banderas tomadas por Liniers y Pueyrredón.

El 22 de julio la división salió de Montevideo, desfilando por el portón de San Pedro entre las aclamaciones del vecindario; al frente iba Liniers, vistiendo el brillante uniforme azul y rojo, flor-delizado de oro, de capitán de navío y en el pecho la cruz de Malta, con su alta estatura, su robusta presencia, su belleza risueña y varonil que formó parte de su prestigio entre las muchedumbres; saludaba, eterno *feminista*, á las mujeres apiñadas en balcones y azoteas, anunciando la victoria que le tenía prometida esa voz secreta,

(1) El historiador Mitre escribe *Mordell*, como si el apellido fuera catalán. — Es de notar que Liniers, á pesar de su simpatía natural por sus compatriotas y de la amistad que tenía con Mordeille y el teniente Raymond, no incluyó este contingente sin pre en el estado oficial; siempre el respeto profesional de la ordenanza!

misterioso confidente de todo conquistador. ¡ Al fin tenía su hora, y blandía al claro sol de invierno, dulce como una caricia, la espada tanto tiempo herrumbrada que había flameado en Gibraltar y Menorca contra esos mismos ingleses que ahora iba á vencer !

La columna salió de la ciudad después de mediodía y llegó esa misma tarde á Las Piedras (1), donde pasó la noche ; al día siguiente, tuvo que detenerse en Canelones y acampar hasta el 26 por la lluvia creciente que había engrosado al río de Santa Lucía (2). Las fuerzas salvaron San José sin detenerse, alcanzaron al Rosario el 29, acamparon el 30 en el Riachuelo y, por fin, entraron en la Colonia en la mañana del 31 ; ya estaba allí la flotilla de transporte al mando de Gutiérrez de la Concha. El 1° de agosto, el coronel Liniers dirigió á la división una proclama briosa á par que severa, y se hicieron los preparativos del embarco. Ese mismo día tenía lugar el desgraciado encuentro de Perdriel que los voluntarios españoles y criollos debieron y pudieron evitar, retirándose ante el enemigo que no tenía caballería : puso en relieve el valor personal del joven Pueyrredón, pero demostró lo inconsistente de las milicias mal dirigidas y peor disciplinadas. Al día siguiente, Pueyrredón se presentaba á Liniers, refiriéndole muy afectado y abatido el desastre de la víspera ; fué entonces cuando el jefe le reanimó é infundió confianza á sus tropas con aquellas palabras ya citadas : « No importa : bastamos nosotros para batirlos ».

La marcha de la división, desde el día 3 de agosto en que salió

(1) Para los detalles de esa marcha, no hay mejor documento que el *Diario* exacto y minucioso llevado por el capitán de milicias de infantería, don Juan Balbín González y Vallejo, el mismo que fué más tarde coronel del *Regimiento de infantería ligera* de Montevideo y, en unión de Murguiondo y Cavia, intentó el movimiento revolucionario del 12 de julio de 1810. — En la jornada de la Reconquista, Murguiondo, también capitán de buque mercante, mandaba en segundo el cuerpo franco de Mordeille.

(2) En la primera parte de este trabajo (página 118 del presente tomo) se ha deslizado un error : no fué el 25, sinó el 26 que Liniers llegó á San José. El 25, como dice el texto, se pasó en Canelones. En este día de Santiago, Liniers cumplía 53 años, pero, era simple coincidencia, pues el nombre de Jacques era patronímico y se transmitía de padres á hijos en la familia desde el siglo xv.

de la Colonia hasta el 10 en que llegó á los mataderos del Miserere, ha sido referida por testigos presenciales (oficiales del ejército casi todos ellos) con bastante divergencia en los pormenores. — Esta discrepancia era por muchas causas inevitable, y por cierto que no se limita á este episodio, puesto que es de regla general en historia. No proviene únicamente del reducido campo en que gira la acción personal de cada testigo; también entran en cuenta, como ya dijimos, la irresistible tendencia imaginativa y la ilusión humana que nos sitúa en el centro del horizonte visible. Añádase que cuando son subalternos, como Concha ó Córdoba, que se dirigen al superior, entra fatalmente en juego otro móvil interesado; para aplicar un dicho vulgar á un acto que no lo es menos: cada cual arri- ma la brasa á su *churrasco* (1). Se ve á cuántas causas de error está sujeto el juicio histórico. Por eso, el historiador no debe *seguir* servilmente á nadie, sino escuchar á todos los testigos más ó menos sinceros, y extraer del conjunto contradictorio una versión probable y racional. Este prudente escepticismo es la esencia misma de la crítica; tal escéptico no es el pirrónico que niega, sino el que investiga pacientemente antes de pronunciarse, — la misma palabra lo dice (2). El lector encontrará en los *Documentos históricos* el parte oficial de Liniers (3); no es del todo exacto ni completo; contiene varios errores de detalle y, naturalmente, se muestra bastante parco respecto de la actitud del autor en la jornada; con todo, es un documento de primera mano que presenta un buen cuadro de conjunto y, á más de las comunicaciones oficiales, suministra datos preciosos para la psicología del Reconquistador.

Embarcadas las tropas el día 3, la travesía de la Colonia á esta costa se efectuó sin inconveniente grave, aunque con bastante la-

(1) Es la forma criolla del refrán; en España, suele decirse *á su sardina*.

(2) *Σκεπτικός* = el que examina; propiamente, el que toca con las manos, como santo Tomás.

(3) Por la abundancia del material hemos tenido que retirarlo á última hora, reservando su publicación hasta el próximo número.

bor por la suestada y los chubascos. Parte de la flotilla extravió el rumbo en la obscuridad, teniendo que fondear sin saberlo á inmediación de una fragata enemiga. Al salir la luna, zarparon las naves y rectificaron su rumbo, amaneciendo á la vista de Buenos Aires y de la escuadra inglesa. Arreciando la suestada, Liniers resolvió desembarcar en Las Conchas y no ya en Olivos como se había determinado. Allí fondeó el 4 por la mañana, realizándose inmediatamente el desembarco de tropas y artillería é incorporándose además los marineros disponibles de la flotilla. Al día siguiente, las fuerzas entraron en San Isidro, donde encontraron provisiones frescas y abrigo; el temporal se había desencadenado, dispersando las naves enemigas y echando á pique cinco lanchas cañoneras. Las tropas emplearon el día en limpiar el armamento y apercebirse para el combate que se creía inminente. Unos doscientos hombres que allí se incorporaron, entre dispersos de Perdriel, voluntarios á pie y paisanos á caballo mandados por el alférez Terrada, habían traído la noticia de un próximo ataque, dispuesto por Beresford contra la división en marcha. Avisos semejantes se repitieron los días siguientes, esparcidos al parecer por Sentenach y sus conjurados, sin mucho conmover á Liniers. En la mañana del día 8, apenas serenado el tiempo, la división se puso en marcha, llegando en la tarde del 9 á la Chacarita de los colegiales.

Al día siguiente, domingo, el capellán Larrañaga celebró la misa al aire libre, en el centro de las tropas formadas, y, concluido el oficio, se dió orden de marcha para los corrales de Miserere, donde se llegó á las diez de la mañana. Desde este punto, el jefe de la división española dirigió á las once, con su primer ayudante Quintana, una enérgica intimación al general inglés. No habiendo sido admitido por Beresford, en los quince minutos fijados, el enviado se retiró sin entregar la misiva; pero Liniers no aprobó este exceso de celo y despachó nuevamente á su ayudante que fué recibido en el acto (1).

(1) Este incidente, al que los generales ingleses dieron cierta importancia (comunicación de Popham á Beresford, 11 de agosto, 7 1/2 de la noche) no se menciona en la

La conocida respuesta de Beresford era muy significativa, viniendo de un jefe tan experto como valiente: al contestar que se defendería «hasta el caso que la prudencia le indicara», confesaba implícitamente lo que dejaban entrever sus pedidos de conferencias con las autoridades bonaerenses y, un poco más tarde, con Pueyrredón. La situación del invasor se presentaba cada día más difícil é insostenible en la atmósfera hostil de la ciudad y, si bien resuelto á cumplir con su deber mucho mejor que el autor de la aventura (1), no se le ocultaba la desigualdad de las condiciones en que se empeñaba el combate: vencedor, su victoria quedaba estéril, vencido, su pérdida era irreparable. Puede decirse, pues, que la acción se inició, en esa misma tarde, contra un adversario moralmente derrotado. Á las cinco, la división rompió marcha hacia el Retiro, yendo de vanguardia el cuerpo de voluntarios catalanes con dos obuses (2).

III

El grueso de la división no salvó sin gran trabajo, y merced al auxilio del vecindario y los gauchos á caballo, las dos millas de mal camino, entonces sembrado de baches y pantanos, que median en-

Historia de Belgrano, á pesar de referirlo Núñez, lo que hace ininteligible la narración: «Liniers... intimó rendición al general inglés á las 11 y media, dándole 15 minutos para decidirse... La contestación llegó á las once de la noche...» Quintana estuvo de vuelta en el Miserere á la una, y á las cuatro la segunda vez.

(1) La actitud inerte de Popham era juzgada severamente entre los mismos oficiales ingleses: véase á Gillespie, *op. cit.*, página 93.

(2) Y no «á las doce de la noche», como dice la *Historia de Belgrano*, repitiendo á Núñez. Esta pretendida marcha nocturna por tales caminos sería de suyo inverosímil é incompatible con la presencia del pueblo y de los muchachos que ayudaban á sacar la artillería de los pantanos. Por otra parte, los dos principales actores, Concha y Liniers, son explícitos en sus partes oficiales; he aquí las palabras del jefe de la expedición: «Al instante de recibida esta carta (la contestación de Beresford) me puse en marcha para atacar el Retiro, lo que efectué á las 5». Del primer eslabón se desprende una cadena de errores cronológicos que es inútil señalar.

tre el Miserere (Once de Septiembre) y el Retiro. Entretanto, los niños ó migueletes, apoyados por la compañía de infantería de Buenos Aires, llegaban á dicha plaza « á paso de carrera », atacaban el Parque, defendido por 200 soldados ingleses, y los desalojaban con una carga á la bayoneta. La fuerza enemiga se replegaba hacia la Fortaleza, dejando varios muertos y prisioneros en el sitio, cuando encontró á Beresford que acudía en su auxilio por la calle del Correo, con una columna de 400 á 500 hombres. En este momento, desembocaban en la plaza á marcha redoblada, vivamente estimulados por el mismo Liniers, los voluntarios de Montevideo con una parte de la artillería de Agustini: tan decisivo fué, al enfilear la calle, el fuego del obús cargado á metralla, que el enemigo se detuvo bruscamente y emprendió retirada hacia la Plaza Mayor, dejando unos treinta muertos ó heridos y abandonando un cañón.

Era muy tarde para seguir las operaciones y, además, las tropas estaban rendidas de cansancio; Liniers se contentó con ocupar fuertemente el Retiro y sus bocacalles, tomando todas las precauciones del caso contra cualquier sorpresa. Las tropas pasaron la noche sobre las armas y sin comer. El día 11 fué ocupado en montar los cañones de 18 desembarcados de la goleta *Dolores* y otros de igual calibre que se encontraron en el Parque: había que prevenirse contra un posible bombardeo de la escuadra, y también prepararse para batir en brecha á Beresford que parecía dispuesto á encerrar su defensa en la Plaza Mayor. El efecto moral de este primer triunfo se hizo visible el mismo día; acudieron á engrosar las fuerzas ó tomar órdenes muchos jóvenes patricios y hombres del pueblo (1), entre ellos, Sentenach y sus acólitos salidos al fin de sus socavones inútiles, siempre siniestros y agoreros, y que ahora se resolvían á seguir las

(1) Con todo, la cifra que se da en la *Historia de Belgrano*, siguiendo al inevitable Núñez, parece notablemente exagerada: «El día 12, el ejército conquistador contaba con cerca de 4000 hombres». No creemos que exista cómputo fidedigno alguno que haga subir el efectivo real á la mitad de ese número. La cifra de Concha (1700) es la más probable.

caravanas con el general. Á mediodía, para probar los cañones recién montados, Liniers en persona apuntó sucesivamente á una lancha cañonera y á una fragata enemigas, con tan raro acierto que, después de dar en el casco de la primera, cortó con el segundo tiro la pena de su mesana « donde tremolaba la bandera británica que cayó al agua : feliz pronóstico del aje que debía recibir al día siguiente (1). »

Fué causa de no llevar ese mismo día el ataque á la Plaza Mayor el rumor, que corrió en el Retiro, de haber bajado á tierra el comodoro Popham para concertar con Beresford el plan á que antes hemos aludido; éste consistía en tomar la ciudad entre los fuegos de la escuadra y los de la Fortaleza, y, en caso de mal éxito, embarcar las tropas con los caudales públicos y todo el botín que produjera el saqueo. Para prevenir esta eventualidad, Liniers había dispuesto que el cuerpo de reserva al mando de Gutiérrez de la Concha se trasladara á San Isidro y, en caso necesario, se embarcara en los buques mayores para bajar el río y cooperar al ataque por tierra ó tener en jaque á las fuerzas de Popham. Pero dicho plan no tuvo principio de ejecución, ya por el fuerte viento reinante, ya por la negativa de Beresford, y se mandó suspender la marcha de la reserva. Al amanecer frío y brumoso del día 12, se tocó generala y, después de revistar las tropas, Liniers tomó sus últimas disposiciones para el ataque de la plaza. Dividió en tres columnas su ejército, reducido en número, pero exuberante de entusiasmo y confianza en la victoria. La columna de la izquierda, al mando de Liniers, entraría por la calle de la Merced; la del centro, mandada por el segundo jefe, Gutiérrez de la Concha, enfilaría la calle de la Catedral, en tanto que la de la derecha, á las órdenes del coronel de dragones don Agustín Pinedo, seguiría la calle del Correo (Florida) hasta el centro, para allí dividirse y ocupar las cuerdas del oeste y del sud inmediatas á la Plaza Mayor. La artillería

(1) Parte de Liniers; varios contemporáneos confirman el hecho, entre otros, Núñez.

de Agustini debía preparar el avance, barriendo el camino y haciendo replegar al enemigo. El ataque general se había fijado para las doce del día; pero un incidente lo precipitó. Destacados en avanzada, los marineros de Mordeille y los miñones de Bofarull se habían deslizado por las aceras, rasando las casas á favor de la neblina, hasta llegar á dos cuadras de la Plaza y acantonarse en algunos edificios, desde donde rompieron el fuego sobre las partidas enemigas. Habiendo salido á contenerlos y desalojarlos una columna inglesa, nuestros impetuosos exploradores se desplegaron en guerrilla y avanzaron resueltamente (1). Eran las nueve de la mañana; los imprudentes voluntarios pedían refuerzo y municiones, no resolviéndose á abandonar el terreno conquistado. Las tropas enardecidas por la fusilería querían marchar al fuego... Entonces Liniers modificó rápidamente su plan anterior: lanzó la caballería de milicias de la Colonia y los dragones de Buenos Aires con artillería volante por la calle de Santo Cristo, en tanto que se movía penosamente la reserva con sus cañones de batir, y él mismo se adelantaba por la de la Merced, situándose en la plazoleta de la iglesia. La refriega se hizo general. El brío de la tropas suplió la desbaratada estrategia; el vecindario arrastró los cañones sin caballos: todo el plan se reducía ahora, para cada jefe de cuerpo, compañía ó pelotón, á desalojar al enemigo que tuviera al frente, hasta desembocar en la Plaza Mayor.

Los ingleses, acantonados en los altos del Cabildo, la azotea de la Recoba, el pórtico de la Catedral, tenían que hacer frente á los combinados ataques de seis columnas convergentes. Cedieron primero los de la Catedral ante la reserva de Concha y los voluntarios de González Vallejo; los del Cabildo, acometidos al sud por los

(1) Este despliegue en guerrilla de las fuerzas voluntarias resulta de las *Declaraciones* (Colección Coronado); por ejemplo, el teniente Raymond, del cuerpo de Mordeille, declara que con su jefe estuvo sucesivamente « en la calle de la Catedral al oeste, después en la otra al norte, después en la que va de la Plaza á la Merced, y últimamente en la que va de la Fortaleza á la cerca de este convento, habiendo hecho y visto hacer un fuego incesante por todas partes. »

blandengues y al norte por la reserva de Concha, se replegaron sobre la Recoba, ya batida por la metralla de Liniers, y desde cuyo arco Beresford dirigía la defensa. Aquí se concentró el combate y comenzó á diseñarse el triunfo; por el norte y el oeste avanzaron con denuedo las tropas reconquistadoras, en tanto que los granaderos de Chopitea desde la calle de San Francisco y los marineros de Mordeille desde el Hueco de las Ánimas atacaban de flanco al enemigo.

La posición se hizo insostenible. Casi en el mismo instante, los generales vieron caer á su lado á sus edecanes mortalmente heridos: el capitán Kennett, amigo de Beresford, y el alférez de navío Fantin que sucumbió poco después. Liniers, atravesado el uniforme por tres balazos, encargó al voluntario Artayeta el cuidado del herido, mientras él, con su ayudante Quintana, se movía hacia la plaza (1). Era el momento en que Beresford, convencido de que era imposible la resistencia, daba la señal de retirada cruzando su espada sobre el brazo izquierdo. La diezmada división inglesa se replegó en buen orden hacia la Fortaleza, siendo su general el último que cruzó el puente levadizo. El pueblo victorioso hizo irrupción en la plazoleta del Fuerte, dominando con sus clamores el ruido de la fusilería y batiendo los murallones con sus oleadas enfurecidas. Los corsarios de Mordeille, siempre á vanguardia, trajeron escalas para emprender el asalto como si fuera un abordaje; pero entonces apareció Beresford, espada en mano, por el ángulo nordeste del parapeto y se izó bandera parlamentaria. Con todo, el humo y

(1) Todo ello consta de documentos fidedignos (*Declaraciones, comunicaciones del Cabildo, etc.*); el valor de Liniers era proverbial y sólo Manuel Moreno lo ha puesto en duda en páginas odiosas y acribilladas de errores materiales — él que, teniendo cerca de treinta años en esa fecha, no figuró entre los combatientes de la Reconquista ni de la Defensa. Manuel Moreno transformó en odio ciego y personal contra Liniers lo que fué en Mariano el dictado imperativo del deber. La obsesión del atentado legal de la Cruz Alta se *accedó*, puede decirse, en la imaginación del editor de las *Arengas y Escritos*; el victimario por sustitución se encarnizó contra la víctima, según un fenómeno mórbido bien conocido y que Tácito tiene caracterizado: *proprium humani ingenii est, odisse quem læseris.*

la distancia impedían divisarla y no cesó al punto el fuego de los asaltantes. Al pie de la muralla, el comandante Mordeille, que contenía difícilmente á sus hombres, cruzaba un diálogo en francés con Beresford ; preguntando éste « si su vida corría peligro », el otro contestó que estaba salva con rendirse á discreción. El general arrojó su espada al pié de la muralla, pero Mordeille se la devolvió atándola con pañuelos ; al propio tiempo, se izó en el bastión una bandera española suministrada por un marinero, y de repente cesó el fuego, alzando el pueblo una inmensa aclamación (1). Entretanto, llegaban á la puerta del Fuerte el ayudante don Hilarión de la Quintana con el francés Raymond quien « para abreviar la cosa » tomó el tambor de parlamentario ; venía con ellos el teniente de navío Córdoba, otra víctima futura de la revolución ; por fin el corsario Mordeille había escalado el parapeto para convencer á Beresford. Hubo un breve cambio de palabras cerca de la puerta y á vista de mil testigos : después de retirarse Quintana, continuó la discusión en francés sobre las condiciones que, según los vencedores, no podían al pronto ser otras que la entrega á discreción, garantizando la vida salva.

El vencido tuvo que ceder y el grupo salió al encuentro de Liniers, después de gritar Córdoba desde el puente levadizo : *Pena de la vida al que insulte al general inglés !* Al salir encontraron « en las obras exteriores » á Gutiérrez de la Concha que condujo á Beresford delante de Liniers (2). Hallábase éste en uno de los

(1) Este episodio, con la parte principal que en él tuvo Mordeille, resulta mutilado y desfigurado por los historiadores modernos. Nuestra versión abreviada es el resumen y promedio de las declaraciones testimoniales (colección Coronado) que concuerdan en el fondo. Mordeille se portó con tanta intrepidez como eficacia en la Reconquista y la toma de Montevideo, donde cayó mortalmente herido. Pero era francés, es decir, para el espíritu de aldea, *anima vilis* y carne de cañón anónima ; se le hace justicia escribiendo una vez su nombre con faltas de ortografía, y se reserva el entusiasmo lírico para una *rabona* tucumana vestida de hombre que, ayudada de su marido, « mató con sus propias manos » (?) á un soldado disperso y le quitó el fusil.

(2) Dice el historiador Mitre (op. cit., I, 130) : « El general inglés salió de la fortaleza bajo la garantía que le dió el *general* (sic) don Juan Gutiérrez de la Concha, gritando al

arcos del Cabildo, de pie y rodeado de oficiales; caminó algunos pasos adelante, devolvió al vencido la espada que quería entregar y le estrechó en sus brazos con expresiones caballerescas, concediendo á sus tropas los honores de la guerra y ofreciendo al general canjearle con el virrey de Lima que se creía prisionero. No hubo en el acto otra forma de capitulación. Por sugestión del generoso Liniers, el ministro Casamayor ofreció á Beresford hospedarle en su casa con sus ayudantes, y fué aceptada esa invitación que tantos disturbios había de originar. Á las tres de la tarde, los ingleses salieron del Fuerte con sus armas, banderas desplegadas y las músicas tocando marcha; desfilaron entre los vencedores formados, yendo á depositar sus armas delante del Cabildo (1), para ser distribuídos en seguida en el Fuerte, el Retiro y otros cuarteles. Los oficiales quedaron libres bajo palabra. Según el estado elevado por el comandante Agustini, se recuperó en el Fuerte toda la artillería española y siete cañones ú obuses ingleses, y, además de 1600 fusiles de la tropa rendida, gran copia de armas existentes en la armería; por fin (dice Liniers), se tomaron « las banderas del regimiento 71, las que tenía votadas á Nuestra Señora del Rosario ». Las bajas del enemigo fueron considerables : tomando un justo medio entre las exageraciones de una y otra parte (2), no hubo mucho menos de

pueblo, etc.» Ni el capitán de fragata Concha ni el ayudante Quintana salvaron el puente levadizo con el general Beresford. Nuestra versión concuerda con las declaraciones y el importante documento de Córdoba, elevado al superior para restablecer la verdad y « advertir la equivocación que había padecido » el mismo Liniers en este punto de su parte oficial.

(1) Fué probablemente en el acto de la entrega que Pueyrredón «tuvo la suerte de quitar á un oficial inglés una guía del regimiento *prisionero* que quería ocultar», según sus propias expresiones (*Trofeos de la Reconquista*). Cualquier otra versión es inverosímil; no hubo « cuerpo á cuerpo » ni prisioneros del 71 antes de la entrega general. Pueyrredón acababa de mostrar en Perdriel que era capaz de cualquier proeza personal; pero, si no se produjo en el acto citado ¿qué utilidad tienen los ditirambos y las ficciones?

(2) El parte de Popham es un tejido de embustes y calumnias que no mereció crédito en la misma Inglaterra. Al vituperar su conducta, el *Annual Register* llegó á decir que *the gallant commodore had even been placed in a situation to have a single shot fired at him.* — Agreguemos de una vez que la relación más completa y exacta de la Reconquista es la

trescientos soldados muertos ó heridos (sucumbiendo muchos de éstos); además, murieron tres oficiales y fueron heridos siete ú ocho, entre éstos el teniente coronel Pack. Las tropas de Liniers sufrieron cerca de doscientas bajas, figurando entre las pérdidas más sensibles la del generoso y abnegado vecino don Diego de Baragaña que cayó muerto en el ataque, y la del alférez francés Fantin que sucumbió al tétanos, como muchos otros heridos.

Tal fué la acción de la Reconquista, que levantó en brazos del pueblo la fortuna de Liniers y cuya fecha gloriosa puede señalarse como la de la « concepción » real, aunque invisible, de una nueva entidad histórica. En España, lo mismo que en Buenos Aires y el resto de la América latina, festejaron por igual el triunfo autoridades y poblaciones, no viendo en él sino el hecho material de la victoria y la ciudad recuperada. Al penetrar de nuevo en su palacio secular entapizado de banderas extranjeras, la vetusta Audiencia no pudo reparar en las grietas abiertas en su bóvedas por la misma conmoción de la reconquista. Después de entregada « la palma á las reales manos de Su Majestad », creyóse que se abría un nuevo ciclo de paz y bonanza para el buen pueblo de la colonia... Al día siguiente de la toma de posesión, que creían volviese á reanudar sus tareas tradicionales, la inexorable lógica de la situación impelió á la Audiencia, al Cabildo y demás corporaciones eclesiásticas ó civiles á celebrar una reunión que la brusca invasión del *pueblo* no invitado transformó en « cabildo abierto ». De allí salió, más ó menos velada por las fórmulas de cancillería, la destitución del virrey Sobremonte y su reemplazo efectivo, aunque no confesado, por el reconquistador Liniers. Era el primer acto de la Revolución, y sus consecuencias profundas se ligan al próximo episodio de la Defensa que acentuará el cambio inicial. Pero, antes de emprender su relato, conviene examinar brevemente dos corolarios inmediatos y ruidosos de la Reconquista, diversamente apreciados — mejor dicho, casi omi-

de BAUZÁ, *obra citada*. Pero nada reemplaza el estudio crítico de los documentos y declaraciones originales.

tido el uno y desfigurado el otro — por los historiadores argentinos. Nos referimos á la participación de las fuerzas de Montevideo en la jornada, y al famoso incidente de la capitulación.

IV

Ya hicimos alusión á la rivalidad política y comercial de las dos grandes provincias del Plata; este antagonismo latente no esperaba para estallar sino una ocasión propicia: la Reconquista la suministró. Después del triunfo, nada costó al alma generosa de Liniers proclamar la parte legítima que en él tenían las fuerzas de Montevideo y sus autoridades. Además de la población bonaerense, que asociaba fraternalmente á los uruguayos con sus propios hijos en todos los honores y regocijos de aquellos días, el Cabildo distribuyó recompensas á las milicias de Montevideo y la Colonia, decretó pensiones á las familias de las víctimas, envió al cabildo vecino una nota congratulatoria en que se agotaban las fórmulas más «orientales» del reconocimiento; se votó una espada de honor á don Benito Chaín que tuvo la suya rota por un balazo; una comisión de regidores «pasó (dice el mismo Bauzá) á cumplimentar personalmente á los jefes y oficiales montevidéanos...» (1). Pero todo pareció insuficiente y mezquino, á no significar el derecho exclusivo y absoluto de aquel pueblo al título de «reconquistador». Plan, preparativos y ejecución, todo se debía entera y únicamente á dicho vecindario: nada habían hecho Liniers, Pueyrredón, Concha ni los otros oficiales; nada se debía á los soldados españoles, franceses y voluntarios de Buenos Aires; las pocas bajas de la «legión fulminante» represen-

(1) BAUZÁ, *Dominación española*, II, 437. — Lo que no impide al autor erigirse en acérrimo defensor de las más irritantes pretensiones de sus compatriotas, en una obra bajo muchos aspectos estimable, pero dictada, en esta y otras partes, por el espíritu de campanario.

taban un sacrificio mayor que los doscientos muertos y heridos de esta vil multitud: tal era y es todavía la tesis sustentada. Como consecuencia lógica de ese concepto, aquel cabildo interpretó el sentimiento general «reclamando los trofeos arrebatados á los ingleses en la jornada del 12». Un silencio desdeñoso era la sola respuesta pertinente, la única que dió este cabildo después de consultar á Liniers. ¡Entonces fué la explosión de recriminaciones é injurias! El jactancioso alarde de los co-vencedores no conocía límites: reventó en los cafés y tabernas, revistiendo naturalmente formas apropiadas á su medio (1). Y como el inmediato bloqueo de las costas por Popham fuera consecuencia inevitable de su derrota, se renegó de la Reconquista que «dejaba al Uruguay en condición peor que antes». — No pasaría mucho tiempo sin que los «reconquistadores», conquistados á su vez, tuvieran ocasión de hacer el *experimentum crucis* de su victoria exclusiva. Entonces clamaron por el auxilio que, si no fué expresamente denegado merced al influjo de Liniers, concedióse de mala gana y llegó á destiempo. Era la primer cosecha de la cizaña sembrada en agosto. El egoísmo engendra la injusticia; y, en la hora de prueba, tuvo Montevideo que escuchar la eterna réplica del farisaísmo satisfecho: «Ya que pretendes salvar á los otros, sálvate á tí mismo, *salva te metipsum!*» Gradualmente, pareció ensancharse más y más el río divisorio entre ambos pueblos. Ya por hostilidad á Buenos Aires, ya por fatalidad geográfica, el Uruguay vino á ser, entonces y después, el foco de toda resistencia reaccionaria: ingleses, españoles y portugueses hicieron de Montevideo su base de operaciones. Felizmente el antagonismo latente remató en escisión: se produjo un organismo nuevo á expensas del primitivo, según la ley biológica. Y, semejantes á los esposos divorciados que vuelven á amarse cuando no hacen vida común, argentinos y orientales se

(1) Presenta Núñez un animado cuadro de esa orgía de vanidad, citando como muestra algunos versos gauchescos:

Se ha conquistado
La ciudad de los guapos
Que han disparado...

sintieron hermanos en cuanto no fué obligatoria su fraternidad.

El incidente de la capitulación tuvo con el que acabamos de señalar muchos puntos de contacto, como que se atribuyó la toma de Montevideo y la segunda invasión inglesa al resentimiento causado por la violación de « un pacto solemne ». La hipótesis era fantástica; á más de que Inglaterra nunca procede *ab irato*, constábase al ministerio británico la nulidad del documento arrancado á la confianza caballeresca de Liniers (1). Pero el hecho mismo y sus consecuencias han sido tan inexactamente referidos por los historiadores Lopez y Mitre, con tal recargo de detalles novelescos y melodramáticos, que es necesario una vez más restablecer la verdad, reduciendo el episodio á sus exactas proporciones. Es, ante todo, cuestión de fechas: ni hubo tiempo para las intrigas á que se alude, ni tuvo el incidente la trascendental importancia que se pretende, ni la actitud respectiva del Cabildo y del Reconquistador asumió entónces el carácter hostil que nos describen los « evangelios apócrifos ».

He aquí, reducido á sus términos esenciales, el desarrollo del incidente, tal cual resulta de las pruebas testimoniales y de la correspondencia oficial entre Liniers, Huidobro y el Cabildo por una parte, y los jefes ingleses por la otra. Los testigos son militares y vecinos honorables, como los comandantes Martínez, Murguiondo, García, los oficiales Quintana, Córdoba, J. B. Rondeau, Villalba; los vecinos Arenas, Raymond, Anzoátegui, etc., es decir « personas condecoradas y de excepción que concurrieron al acto de la rendición del Fuerte ». El único tachable podría ser el ministro Casamayor, por su carácter dudoso y su interesada intervención en el asunto; por eso conviene no admitir su declaración sino en cuanto concuerde con las otras y los hechos conocidos. — Del estudio del « expediente » resulta, desde luego, que el texto inglés de la capitulación ya estaba redactado y firmado el día 17 de agosto. No transcurrie-

(1) El mismo ministerio lo dejaba entrever en sus *Instrucciones secretas* á Whitelocke (*Trial*, I, *Appendix*): *It may not be clearly ascertained at this moment, to what extent the capitulation made with these troops (Beresford's) has been violated.*

ron, pues, sino cuatro días entre la rendición y la conclusión del malhadado arreglo, y se viene al suelo el andamio de intrigas, festines y saraos, imaginado por un ilustre historiador. Tampoco existían aún, entre Liniers y la dama aquella, las relaciones íntimas que poco después alimentaron la maledicencia local. La brevedad del plazo concurre con los documentos fehacientes para disipar todos esos enredos de novela por entregas.

Alojado con sus edecanes en casa del ministro Casamayor, el general Beresford tuvo esa misma noche una conferencia con su huésped; al día siguiente, éste fué á casa de Liniers (1); estaba presente el testigo Artayeta (basco ó bearnés) quien afirma que, en la conversación tenida en francés, Casamayor « se insinuaba para que hiciese una capitulación de modo que quedasen á cubierto uno y otro general, sin oírle al nuestro contestación alguna sobre el asunto » (2). Ese mismo día á los dos y media, tuvo lugar en el Fuerte una entrevista entre ambos generales: el acto fué público, « estando llenas las salas del Ilustre Cabildo, Consulado, cuerpos eclesiásticos, militares y particulares ». Entraron luego los generales en el despacho de Liniers donde « se mantuvieron solos más de hora y cuarto, encerrados ». Aquí la declaración de Casamayor salta bruscamente á la entrevista del 17, en que todo se concluyó y firmó. Pero es fácil establecer que el declarante omitió mencionar otras conferencias que conocía: casi todos los testigos concuerdan en afirmar que *dos días* después de la rendición, es decir, el 14 ó el 15, estaban fijados los términos de la capitulación — siendo así que cuatro de los testigos conocían el hecho por el mismo Casamayor. Corroboramos el dato la carta dirigida el 16 por el comodoro Popham al gobernador Huidobro. — El día 17, se celebró la última y definitiva entrevista en el despacho de Casamayor; nadie hizo misterio de ella; Liniers llegó con sus edecanes Quintana y Viamont, quienes

(1) Liniers no se mudó al Fuerte hasta el 14 ó 15 de septiembre.

(2) *Colección Coronado*, declaración de don B. Artayeta.

permanecieron en amistosa plática con el coronel Pack y otros oficiales ingleses, en tanto que Liniers y Beresford se encerraban con el dueño de casa. El general Beresford exhibió un proyecto de capitulación que el mismo tradujo á viva voz, pues ninguno de los dos interlocutores sabía inglés. Á pedido de Liniers, se introdujeron algunas modificaciones respecto al envío de los prisioneros que habrían de embarcarse « cuando, cómo y por donde nuestro general quisiera ». Liniers, además, insistió en exigir de Beresford la promesa « bajo su palabra de honor » de que este documento, fuera de sus efectos materiales, no se daría á la publicidad, siendo otorgado únicamente para « cubrir al general inglés ante su corte ». Beresford dió su palabra, y Liniers, con noble confianza, puso su firma en el texto inglés de la capitulación. Cometió tres irregularidades : era la primera otorgar un documento *secreto* con efectos *públicos*; la segunda, aceptar una capitulación antedatada, siendo así que sus facultades de comandante en jefe, absolutas el día 12, en el campo de batalla, quedaban sometidas, después de esa fecha, á la ratificación de su jefe jerárquico Ruiz Huidobro ; en cuanto á la tercera, está bien que le reprochen los notarios « haber firmado en barbecho », pero ningún soldado pundonoroso tomará por su cuenta la acriminación. Nobleza obliga. — Por lo demás, y sean cuales fueren los móviles de Casamayor y otros, no son dudosos los que impelieron á Liniers. Fué víctima una vez más de su generosidad caballeresca, de su bondad ingénita que llegaba á la imprudencia y sólo se detenía ante la barrera insalvable del honor y del deber. Liniers estimaba y quería á Beresford, en quien encontraba los rasgos militares y los atractivos aristocráticos (1) de su propia personalidad : cedió á las súplicas de su noble prisionero, á las famosas « lágrimas del general ». Pero nunca tuvo delante de Beresford ni del Cabildo la actitud encogida y vergonzante que la fantasía de algún historiador le ha prestado. Jamás se atrevió

(1) Beresford era hijo reconocido del primer marqués de Waterford.

Beresford á negar categóricamente la afirmación de su adversario, y, algunos meses después, en la hora de las recriminaciones irritantes, él mismo, en un documento secreto que fué interceptado, hacía justicia á Liniers. Los mismos escritores, empero, que reservan tesoros de indulgencia para las maniobras de un Aniceto Padilla ó Saturnino Rodríguez Peña, « hombre despierto y vivaz », recogen todas las calumnias y especies injuriosas contra el Reconquistador : son discípulos de Manuel Moreno.

— Por otra parte, las condiciones acordadas eran naturales y legítimas en su generosidad : eran las mismas que Beresford concediera al general holandés del Cabo. Los que escriben de estas cosas á la ligera no han visto el único punto crítico del incidente. Cuando Liniers pudo, el día 18, *leer por primera vez* el texto castellano de la capitulación, traducido por don Antonio Arenas, antepuso á su firma y á la fecha del 12 de agosto, la fórmula : *en cuanto puedo*, que expresaba claramente la realidad de su situación actual. En esos mismos días y anteriormente al 18, habían empezado á circular copias manuscritas de la capitulación, á pesar de la fe jurada. Entonces Liniers prefirió cortar por lo sano, volviendo resueltamente al terreno de la franqueza que le era familiar. Devolvió á Beresford la capitulación firmada, con la fórmula restrictiva que significaba : « Siendo la fecha del 12 inexacta, firmo como puedo firmar en este instante, en que he vuelto á ser un jefe dependiente de autoridad superior, es decir, sometiendo este documento á su ulterior ratificación. » La doctrina es inatacable, y tan es así que sir Home Popham pidió á Huidobro su ratificación. Por otra parte, Liniers mantuvo lealmente sus concesiones ; en comunicación del día 18 dirigida al Cabildo, procuró demostrar la conveniencia de embarcar los prisioneros ingleses, que representaban un gasto inútil y un peligro en el caso previsto de una segunda invasión. Ni el Gobernador ni el Cabildo admitieron sus razones, y fué entonces cuando tuvo principio el proceso sobre la Reconquista. El historiador Mitre dice á este propósito que « Liniers quedó envuelto en sus propias redes ».

Las « redes » de Liniers ! La fórmula no es feliz. No son menos inexactas y arbitrarias otras afirmaciones de los historiadores nacionales con relación al mismo incidente ; todos ellos tergiversan las actitudes respectivas de los actores individuales ó colectivos, pintando con colores falsísimos la situación intermedia á la Reconquista y la Defensa (1). La divergencia única respecto de la suerte de los prisioneros no alteró las excelentes y cordiales relaciones del jefe y las corporaciones. El parte del Cabildo sobre la acción del 12 contiene los elogios más entusiastas del general ; el « pueblo » no se dió cuenta del incidente referido y rodeó más que nunca á su caudillo amado, acudiendo en masa á la organización militar que fué la obra inolvidable y exclusiva de Liniers. Por fin, lejos de ser el proceso de la Reconquista una medida de hostilidad contra el héroe popular, y haber sido éste llamado á « comparecer ante la Audiencia y el Cabildo » fué él mismo y él solo quién promovió la información. En este momento de la causa las fechas son los argumentos irrefutables, y los mayores errores apuntados nacen de anacronismos. El 18, Liniers se dirigía al Cabildo encareciendo lealmente la conveniencia, de cumplir su convenio privado, como lo había prometido; el 25, recordaba á Beresford las condiciones mutuas del pacto celebrado á consecuencia de las instancias y súplicas del vencido, y el tono de la comunicación quedaba conciliante y si se quiere evasivo.

Pero cuando, el 27, se atrevió Beresford á escribir que las condiciones firmadas eran las mismas que «antes de la entrega del Fuerte se concertaron», Liniers le infligió, en su respuesta del 30 de agosto, un desmentido tan categórico y vibrante que Beresford no replicó una sola palabra. Inmediatamente, Liniers pasó su comunicación al Cabildo, mandando incoar la información que debía establecer la verdad y destruir por su base las alegaciones de los venci-

(1) MITRE, I, 144, 145 : « El pueblo indignado protestó enérgicamente... » — « El Cabildo que había reprobado oficialmente el que Liniers atribuyese á su persona y á la tropa veterana mayores méritos que los que les correspondían... llamóle á su seno para pedirle explicaciones, etc. » Conf. LOPEZ, II, 29 y *passim*.

dos. Así se hizo; el Cabildo contestó en el acto aceptando la comisión: «que se conteste al señor General dándosele aviso de lo acordado y suplicándole que para remover todo tropiezo se digne allanar el fuero de las personas que lo gocen». Y como el Cabildo añadía que «sería muy conducente» formar una junta de altos personajes para avocar el asunto, Liniers contestó lacónicamente: «*Enterado, etc., he proveído el siguiente decreto: Por allanados todos los individuos militares, y librese la orden; y por lo que hace á lo demás, me reservo tratar con el M. I. Cabildo. Lo traslado á U. S. para su inteligencia y gobierno. Dios guarde, etc. — Buenos Aires, 5 de septiembre de 1806.* — SANTIAGO LINIERS (1). Tal era el tono y la substancia de las relaciones escritas entre el Reconquistador y las autoridades coloniales. Es lo que llaman cómicamente nuestros historiadores: «ordenar que Liniers se presentase en su barra á dar explicaciones sobre la conducta subrepticia y abusiva de que había usado en este negocio»! — La verdad documentada é irrefragable es que Liniers, consciente de su conducta magnánima y de su prestigio en el pueblo, podía desde entonces hablar y obrar como un dictador. El 15 de septiembre, el día mismo en que el Cabildo daba principio á la información testimonial, él se trasladaba al Fuerte y se establecía en el palacio del virrey.

P. GROUSSAC.

(Continuará).

(1) Todos los documentos citados se encuentran en la *Colección Coronado*, la *Biblioteca de la Crónica* ó la *Compilación del Comercio del Plata*. Pero algunos, como este último, no figuran en la *Información* trunca de dicha colección impresa. Debo la comunicación de la *Información* íntegra, copia legalizada del manuscrito conservado en el *Archivo de Indias*, á la amable deferencia del señor Enrique Peña, quien me ha facilitado también otros documentos importantes que existen en su poder.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

CARTA DEL ALCALDE DE PRIMER VOTO DEL CABILDO DE BUENOS AIRES, PARA S. M. ACOMPAÑA DOCUMENTOS QUE EXPLICAN EPISODIOS ANTERIORES Á LA TOMA DE AQUELLA CIUDAD Y DE MONTEVIDEO POR LOS INGLESES; Y EN QUE INTERVINIERON PERSONAS QUE SE SIGNIFICARON MÁS TARDE EN LA INDEPENDENCIA DEL VIRREINATO.

Señor :

Tengo el honor de presentar á V. Mag^d. mis buenos sentimientos. Salen de la fragua de las tentaciones acrisoladas. Debieron su existencia á una sana educacion, se robustecieron con el ejercicio, y ahora purgados de toda arruga, publican lo que soy, un vecino de Buenos Aires, Capital de su Virreynato, buen patriota por constitucion, y vasallo de V. Mag^d. por naturaleza; fiel á sus respetables derechos, para cuya conservacion, y en cuyo obsequio arriesga cuanto grangeo precioso, hacienda, familia y vida. Obtengo el empleo, sirvo la vara de Alcalde de primer voto, que puso en mis manos la confianza, y la voluntaria condescendencia mia, á los ruegos interesados del Cavildo, fluctuante entre el deseo de su logro y exempcion perpetua de oficios concejiles con que V. Mag^d. me tenía agraciado por Real Despacho de 24 de Noviembre de mil setecientos noventa y siete.

Aquí recuerdo á V. Mag^d. una gracia que motivó mi quebrantada salud, achaques habituales, número de doce hijos, y buenos servicios en clase de Procurador síndico, Regidor y Alcalde ordinario en diferentes tiempos. Ella era un antemural con que pude resistir constantemente mi proyectada eleccion; pero los ruegos del Cuerpo representativo de la Ciudad, realzados con la viva pintura de urgencia pública contenida en el oficio (cuya copia encabeza los documentos citados) me arrancaron el beneplácito, con aquella dulce violencia precursora del patriotismo

y vassallage: Yo me rendí; Yo acepté la vara, tomé su posesion, y entrando á administrarla, tropezé al punto con las ocurrencias de una nueva expedicion Ynglesa que bloqueaba á Montevideo; conquista de su Plaza, apoderamiento de la Colonia y amenaza de invadir segunda vez esta Ciudad con grüeso Ejército.

Yo, á la frente del Cuerpo, que por constitucion extraordinaria de las cosas, tenia tomada voz en los asuntos de la Guerra, para auxiliar con fondos, representar y pedir todo lo conveniente á la seguridad pública y conservacion de estos Dominios á V. Mag^d. me hallé recargado de cuidados, y entre otras llamaron mi atencion la cercania de los Oficiales Yngleses, prisioneros de guerra confinados en Lujan, y otros parajes inmediatos de nuestra jurisdiccion, lo que pudieran influir comunicándose con los suyos ocultamente, y la facilidad para profugarse ó reunirse. — Traté de que se internasen á distancias menos expuestas, y que se les ocupasen los papeles de correspondencia, y cualquiera otros que se les encontraran, para el útil é importante descubrimiento de cuanto proyectaban, difundidas las especies del práctico conocimiento que tomaban de nuestras Costas, Rios, Calas y las perniciosas relaciones que cultivaban.

El Gobierno fué pronto en proveher, comisionando al Oydor D. Juan Bazo; y Yo no descuidé mis prevenciones al Escribano nombrado D. Pedro Andrés Garcia, para que explanase los conceptos del Mayor General Guillermo Carr Beresford, y demás oficiales Yngleses prisioneros, hasta entender sus resultas; allané el inconveniente de la falta del efectivo para los gastos de la internacion, ofreciendo el mio liberalmente.

El documento (N^o 2) que principia con la Carta de Beresford, fecha diez de febrero, y concluye con el informe de Garcia, hará conocer á V. Mag^d. el buen éxito que tuvieron mis propuestos designios por el descubrimiento de un sistema de Independencia pretendida establecer por Beresford, segun las máximas que desarrollo, y que tenia ya sugeridas á corazones amantes de la novedad.

No era este un fuego entre cenizas muertas, se havia encendido, y el aire de ventajas le havia comunicado fomentos hasta el Reyno de Chile, segun se deja ver por los documentos (N^o 3). Tan de veras las aprehendieron Don Saturnino Rodriguez Peña, y Don Manuel Aniceto Padilla, que entrambos se asociaron á Beresford, y Peña tomó á su cargo trastornar mi entereza, cuyos influxos en el Pueblo reputaba muy valientes.

Con efecto, Peña se atrevió á buscarme para una sesion privada, y yo se la facilité, previniendo un Escribano, y dos testigos, que encerrados en otra pieza comunicable oyesen atentamente las proposiciones del uno y las contestaciones del otro, justificadas por el documento (N^o 4). Quise hacerme de las credenciales de Beresford que me ofrecia y descubrir en su raiz la conspiracion y cómplices; pedí aquellas, y habria dado un golpe decisivo y pronto, si no me lo hubiese burlado el accidente casual del arresto que impuso este Gobierno á D. Felipe Sentenac por indicios análogos. Temieron su sorpresa los Factores y se profugaron á Montevideo desde cuya Plaza, vajo el asilo del Pavellon Yngles, empeñaron las dili-

gencias y oficios que con las respuestas nuestras componen el documento (Nº 5) aclarando más el sistema criminalísimo de que estaban posehidos, burlado tan cumplidamente por el entusiasmo patriótico, religiosos sentimientos y fiel vasallage á V. Mag^d. con la derrota que sufrió el Ejército Yngles en su intentada segunda accion contra esta Ciudad.

No encarezco lo que he trabajado en servicio de V. Mag^d. y del Público, el recargo de tareas que hasta ahora sobrellevo, V. Mag^d. debe estar instruido de lo aventurada que ha andado mi vida, y quanto cooperé para nuestros triunfos presentes. Sé que en todo no he hecho más que cumplir con mis deberes; pero tambien sé que contra estos mismos se levantan castillos de emulacion, y que la inocencia más acendrada no puede contarse libre de golpes siniestros, ni de glorias arbitrarias.

V. Mag^d. tiene la verdad apurada en los documentos adjuntos, para dar en todo caso el lugar que corresponda á mis pundonorosos sentimientos, con los cuales ruego á Dios guarde la importante vida de V. Mag^d. con aumento de mayores Reynos y Señorios. Buenos Ayres, nueve de Diciembre de mil ochocientos siete.
— Señor — *Martin de Alzaga* — hay una rúbrica.

DOCUMENTOS QUE ACOMPAÑAN

Documento Nº 1

Una fatal desgracia nos ha conducido dichosamente á ver en todos los habitantes de esta gloriosa Capital, el mas plausible, universal y general entusiasmo en todo quanto mira al bien de la Pátria y del Estado. Desterrado el vil egoismo, pospuestos los intereses particulares á los públicos y generales, notamos con el mas dulce placer que los privilegios y excesiones solo sirven para dar nuevos realces á los sagrados deberes del Patriotismo. Contamos pues con el muy distinguido de vuestra merced, y sobre esta firme base esperamos llevará á bien qualquiera empleo que en las proximas elecciones puede darle este Cavildo. Agregado este servicio á los muy señalados que vuestra merced ha sufrido para promover la reconquista de esta importantisima Plaza, formará un ejemplo perfecto de imitacion á todo buen ciudadano, enseñará á los venideros la preferente atencion que exige la causa pública; cubrirá de confusion á los que piensan que solo han nacido para si mismos; y dará á conocer que quando la Patria clama, es forzoso olvidarse aun del propio descanso para acudir á su servicio — Las circunstancias actuales son raras, y la necesidad puede ser urgente, y quando se piensa en Vsted, puede creer positivamente que asi conviene al servicio del Rey, al de la Pátria, y aun al de la Religion — Nuestro Señor guarde á Vsted. muchos

años. Sala Capitular de Buenos Ayres, veinte y nueve de Diciembre de mil ochocientos seis.—*Francisco de Lezica.*—*Anselmo Saens Valiente.*—*Manuel Mansilla.*—*José Santos Enchaurregui.*—*Géronimo Merino.*—*Manuel José de Ocampo.*—*Martin Gregorio Yañez.*—*Francisco Antonio de Herrero.*—*Señor D. Martín de Alzaga.*

Concuerdacion el oficio original de su contexto que á efecto de sacar este testimonio, me exhibio el Señor Alcalde de primer voto D. Martin de Alzaga, á quien se lo devolví, y de mandato suio, lo autorizo, firmo y signo en Buenos Ayres á nueve de Diciembre de mil ochocientos siete—Lic^{do.} *D. Justo José Nuñez*, escribano público, y de cavildo — una rúbrica — sigue la legalizacion de el dicho escribano por otros dos.

Documento N^o 2

Traduccion. — Lujan 10 de Febrero de mil ochocientos siete — Señores — Apesar de las muchas, inutiles diligencias que he hecho, para que se permita mandar un oficial á los Comandantes Britanicos, y en verdad para fines semejantes á los relacionados, ahora considero que las presentes circunstancias me estimulan imperiosamente para renovar aquella suplica, así al efecto de esforzarme á mejorar la presente desgraciada situacion de los individuos Yngleses en posesion de Ustedes, como á ayudar á abrir un Canal de comunicacion y explicacion entre Ustedes y los Comandantes Britanicos, que indudablemente se dirigiria á minorar los horrores de la Guerra, el hacer algunas proposiciones yo mismo para el beneficio mutuo, y alivio de los Yngleses ahora prisioneros de Ustedes, y de los Españoles de aquellos, el predicamento particular en que estoy, y mi ignorancia total de toda ultima ocurrencia lo hacen imposible, y por lo mismo es que yo deseo completa y candidamente imponer á los Comandantes Británicos, de nuestra situacion, para que hagan á Ustedes aquellas propuestas que les parezcan justas, liberales y para la ventaja reciproca de los sujetos Españoles é Yngleses.

Por las noticias que he tenido de la irritacion en que cada parte hace la guerra y los horrores que son consiguientes, convencido de que nada es necesario para poner fin á los horrores que existan, mas que una explicacion sincera y liberal, y convencido de que los Generales Yngleses concurriran gustosos con Ustedes en todo obgeto que sea honorable, liberal y humano, yo convidaria á Ustedes á que mandasen con el oficial Yngles que lleve mis sentimientos sobre el particular, un oficial ó caballero Español, de conocimiento y liberalidad, á los Comandantes Britanicos, al efecto de una explicacion completa, sincera y candida sobre estos puntos, ú otros que Ustedes deseen. He comunicado totalmente mis sentimientos en estos asuntos al Portador el Señor D. Pedro Andrés Garcia y refiriendome á el, no hay necesidad de decir mas en esta carta, que asegurar á Ustedes, que en este particular me influye totalmente, primero mi deber hacia los prisioneros

Yngleses de Ustedes, y luego y particularmente lo que debo á la humanidad y á mi Dios, para no omitir esfuerzos que tienen por obgeto el bien principal.—Tengo el honor de ser de Ustedes su — *Guillermo Carr Beresford*, Mayor General.— *Al muy ilustrado Cavildo de Buenos Ayres*.—Es traduccion literal y fiel de la Carta N° 1, hecha por orden del muy Ilustre Cavildo. Buenos Ayres catorce de Febrero de mil ochociento siete — *Francisco Diaz de Arenas*...

Concuerta con la traduccion original de su contexto, que queda en poder del Ilustre Cavildo, y al que en lo necesario me refiero, y de mandado del Ilustre Cavildo, autorizo, signo y firmo la presente en Buenos Ayres á quince de Febrero de mil ochocientos siete—Lugar de un signo—Licenciado *Don Justo José Nuñez*, Escrivano Público y de Cavildo. — Buenos Ayres, febrero diez y seis de mil ochocientos siete. Con respecto a la qualidad y circunstancia del asunto parece al señor Alcalde de primer voto esta Traduccion testimoniada de la Carta del Mayor General Beresford, para que en atencion á lo que en ella se expresa, tocante á la persona de Don Pedro Andrés Garcia, tome los conocimientos necesarios, y expida las providencias conducentes con la mayor reserva a fin de arribar al esclarecimiento de la verdad en materia que tanto interesa. — *Villanueva*. — *Mansilla*. — *Ortiz*. — *Fernandez*. — *Capdevila*. — *Ytuarte*. — *Monasterio*...

Por recibido — Informe Don Pedro Andrés Garcia sobre los particulares que contiene la Carta Testimoniada, á quien se le encargará al efecto, encargándosele como se lo encargo la puntualidad y la mayor reserva por lo que ella pueda interesar. — *Alzaga*. — Lo mandó y firmó el Señor Don Martín de Alzaga, Alcalde ordinario de primer voto, en Buenos Ayres a diez y siete de Febrero de mil ochocientos siete. — Licenciado *Don Justo José Nuñez*, Escrivano público de Cavildo.

Luego que fué acordado, á la una de la noche del día cinco, que partiese asociado del señor oydor Don Juan Bazo y Berri, á la Villa de Luxan, para confinar á las Provincias interiores al General Guillermo Carr Beresford y demas oficiales prisioneros de Guerra que se hallaban en dicha Villa, en resultas de la perdida de la Plaza de Montevideo, que acababa de comunicar personalmente al Señor Don Santiago Liniers; y despues de estar pronto á las dos el carruage que devia conducirnos al destino, llegue á casa de Usted como á las tres de la mañana para conferir el modo de proporcionar los gastos que para el trasporte del General, Oficiales y demas prisioneros debian causar á que satisfizo Usted prontamente franqueandome de su peculio quanto fuese necesario, librando contra vsted, llevando cuenta que oportunamente rendiria; entre las varias prevenciones que su zelo le dictaban para precaucionar las desgracias que en aquellos momentos nos amenazaban, me hizo la de que vigilase en la ocupacion de papeles, y su mas pronta separacion de esta Provincia; pues de una y otra diligencia interesaba al Estado su conservacion, y talvez el descubrimiento de las torcidas intenciones de estos Prisioneros y algunos complizes en ellas. Con estos antecedentes, procuré desde aquel momento observar con la mayor exactitud á los Prisioneros, luego que llegase al destino; redoblando mi cuidado en su puntualidad para llenar las inten-

ciones de vsted. — En efecto, serian las quatro de la mañana quando marchamos y á las once del día quando llegamos á la Villa, difundiendo en ella la voz de que pasabamos á Areco, mientras se hacia tiempo a que llegase la Escolta de Usares que debia auxiliarnos: apenas llegaron estos quedaron incomunicados el General y Oficiales, y fueron ocupados todos los papeles que tenian, é intimados de el destino que el Gobierno les habia preparado, por convenir asi á la seguridad de sus personas, y al Gobierno mismo, segun las circunstancias habian sobrevenido. — No es facilmente demostrable la sorpresa que causó esta novedad á todos; pero especialmente al General y Coronel Dionicio Pak; defendieron con altivez sus derechos; y sus descomedimientos y resistencia incivil llegaron á ser insultar al señor oydor con expresiones injuriosas que (aunque en Francés) fueron entendidas; y el señor oydor se vio precisado á imponerles respeto y hacerles entender el cumplimiento de lo ordenado. — Ocupados los papeles, que inmediatamente se remitieron á vuestra merced con un Usar, fue consiguiente el apresto de carruages y viveres para todos los prisioneros de aquel destino, que siendo escaso de todo fué doble el esfuerzo á su consecucion; entretanto como expuse á vuestra merced en carta del siete, observé la necesidad que habia de expulsar de esta jurisdiccion á los demas prisioneros que se hallaban en ella, por la franqueza que en todos los puntos de sus destinos tenian de reciproca comunicacion, haciendo un prolijo reconocimiento de estas Campañas y Costas del Paraná de que entendi habian levantado Planos: Que su carácter orgulloso, y acaso la comunicacion que tuviesen con los que ocupaban á Maldonado, por si ó por medio de confidentes, habia podido persuadir á los habitantes de estas Campañas que en breve iban á dominarlo todo; Y fuese que asi lo creyesen, ó por las seducciones de estos prisioneros, se aprovechasen de la sencillez y escazes de ideas de estas gentes para resistir á los alhagos y persuaciones de los Yngleses, estos logravan una decidida inclinacion y proteccion en quanto querian exigir de ellos, y esta observacion me impulsó á exponer á vuestra merced lo necesario que se hacia por momentos el confinamiento de todos. — La precision de hacer el apresto de carruages y viveres que facilitó el tratar desde el seis hasta el diez en que marcharon, con el General, y uno ú otro oficial que posehian regularmente el Ydioma Español: por ellos entendi que fueron inmediatamente instruidos de la pérdida de Montevideo, y conceptue que la resistencia a su confinamiento interior destruiria sus meditados proyectos de unirse á aquellas fuerzas y dominar de nuevo la Capital. — Pinté con los colores mas vivos que me fue dable el irregular proceder con nuestros prisioneros en Maldonado de sir Home Popham, su cruel trato, y que este era el motivo que habia estrechado al Gobierno á internarlos, para evitar la desgracias con que les amenazaban los animos de un Pueblo irritado por el inhumano trato, que las tropas estaban todas comprometidas á vengar tan atrozes injusticias cometidas con olvido total de los mas sagrados derechos de la Guerra; finalmente que esta se haria sin dar cuartel. Desde este momento manifestó Beresford muy diverso modo, y ya se contrajo á persuadirse de los medios que podian adoptarse

para hacer un Canal de comunicacion (era su expresion) con los Generales Yngleses; que consultase la humanidad entre ambas Naciones, remediando desde luego las urgencias del mismo General y Prisioneros, y tal vez un cange respectivo; y sobre todo la efusion de sangre, no necesaria de una y otra parte. Y finalmente se respetasen los Derechos de la Guerra, haciendola como las demas Naciones Cultas. Aunque presentia que las miras de su Nacion no era de hostilidades, ni ocupacion de estas Provincias, tanto quanto el de facilitar en ellas un reciproco comercio, tal vez mas util á los Españoles que á los mismos Yngleses. Hizo á su placer una descripcion de ventajas mercantiles sobre calculos muy fantasticos, y equivocados, y haciendole yo algunas moderadas objeciones, desistió de instar en este punto con el que á mi juicio quiso amenizar su discurso, para ver si sacaba algun partido á favor de sus ideas, y reconocer á fondo el estado del aprecio en que podian estimar sus proyectos. Pero no pudiendo desentenderse del sentimiento que le causaba el nuevo confinamiento de su persona y tropas, aparentando sinceridad de corazon por los males que presentaban las hostilidades reciprocas, presuponia una certeza en tranquilizarlas, como si absolutamente pendiesen de su mano, siempre que el Gobierno Español, ó Municipalidad viniese en prestarse á abrir la indicada comunicacion, en que (segun decia) hacia consistir toda la felicidad de estos habitantes, porque ellos al fin nunca podrian resistir á las fuerzas de la Gran Nacion (asi llamaba á la Inglesa) que tenia por cierto deberian ocupar estas posesiones, segun las miras de su Corte; pero no de la manera que lo hacia Popham, quien ciertamente la desagradaba con tal proceder; ultimamente encarecia sobre manera su sinceridad; formaba queja de los habitantes de esta Capital que tan mal correspondian á su generosidad prodigada todo el tiempo de su mando, sin opresion á ninguno, y no quedandole arbitrio para resistir el viaje que tan doloroso le era, me rogó pusiese en mano de este Ylustre Ayuntamiento la carta que he entregado a vuestra merced, como su Presidente; y que a viva voz informara que sus sentimientos eran conducidos contrarios en todo á los de Home Popham, con el deseo de calmar las hostilidades, mejorar la suerte de estos habitantes, la de su persona y demas prisioneros, del modo que ya queda referido, y como gustase el Gobierno, a quien me pedia le asegurase de que inmediatamente que tuviese por bien admitir esta deliberacion, ó la que quisiese tomar, veria efectuadas sus promesas, y al intento mandaria un oficial de su graduacion ó respectabilidad (fué su expresion) que con otro Español, fuesen como emisarios al efecto. — En este estado le manifesté que al paso que me constituía á hacer esta manifestacion al Ilustre Cavildo, estaba persuadido a que no tendria lugar lo de los Emisarios, á que me repuso que á él le parecia que si; porque no creia fuera de proposito su solicitud, asi con respecto á sus urgentes necesidades, y las de sus oficiales, como á la misma Capital y Provincias de estos Reynos, separando de si las desgracias de una Guerra, por cambio de una tranquilidad apreciable, cuyas ventajas no desconocian algunos habitantes de ellas. Despues de repetirme la entrega de la Carta me suplicó tambien manifestase al Ilustre Ca-

vildo, y al Señor Liniers, su actual indigencia, y que dando letras sobre su Casa, bien conocida en Londres, ó sobre la Thesoreria de la Esquadra y Exercito del Rio de la Plata, la cubrieran sus Generales Yngleses, a fin de que por qualquiera de estos medios fuese socorrido: pues no habia tomado socorro alguno de Prisionero, por considerarlo escaso, é incapaz de sufragarle a su decente, precisa manutencion: asi en efecto se lo he hecho presente en este dia al Señor Liniers, quien me expresó trataria de socorrer á este General con quanto se le ofreciese para su subsistencia al tiempo que se hiciese la remesa de pensiones á los demas Prisioneros. — Yo ratifico mi concepto de desconfianza de este Oficial General, y demas de Plana Mayor que lo rodean; su trato ofrece franqueza y generosidad pero sus respiraciones á las veces incautas lo contradicen; recoge facilmente sus proposiciones quando se le hace oposicion, y se muestra indiferente á las investigaciones, de modo que prevalido de la menos inteligencia en el Ydioma, vierte sus conceptos y los retira si no encuentra aceptacion, juega con el mas prevenido, al abrigo de escasez de voces en Español; asoma en general pensamientos de humanidad, y los destruye quando se versa el honor de las Armas de su Nacion disminuye y apoca nuestras fuerzas, y cree ver dominada esta Ciudad brevemente aun con tres mil hombres, se electriza en este punto, y vuelve luego sobre si, asegurandose en que hay algunos Españoles que conocen esto mismo, y que aspiran juiciosamente a su tranquilidad; de manera que parece se aquieta su sozobra, y como que apoya su esperanza en alguna satisfaccion de este resultado. — Aunque mis objeciones y reparos á sus proposiciones fueron siempre moderadas, sin atacarlo con viveza, para descubrir sus intenciones, no pude sacar mas conocimiento que los ya expuestos, bastantes á persuadirme que tiene necesariamente relaciones en que pone su confianza; y que es muy de temer seamos invadidos nuevamente por las fuerzas Britanicas y que sin duda á este fin han tomado y toman conocimientos exactos de las Costas y Campañas, haciendo partido de sus havitantes, por miedo, por alhagos y dinero en que son prodigos para adquirir las voluntades de los incautos. — Es quanto consiguiente á las prevenciones de vuestra merced he podido indagar y observar, y lo que creo deber manifestar con la difusion que lo he hecho, á fin de que se tomen los medios que convengan á salvar los riesgos que en mi concepto amenazan al Estado y á esta Capital, y lo que finalmente puedo informar, consiguiente al Decreto que antecede. — Buenos Aires y Febrero veinte y dos de mil ochocientos siete. *Pedro Andrés Garcia*. — Señor Alcalde de primer voto, D. Martin de Alzaga...

Concuerta con los documentos originales de su contexto, á que en lo necesario me remito — Y de órden verbal del señor Alcalde de primer voto D. Martín de Alzaga, autorizo, signo y firmo la presente en Buenos Ayres, á diez y seis de Diciembre de mil ochocientos siete — Lic^{do}. *D. Justo José Nuñez*, Escrivano público y de Cavildo — hay una rúbrica.

Documento N° 3

Cuando Usia parecia adelantarse a ganar el grado mas eminente en la América del Sur, sacudiendo al mas sabio impulso la religiosa intolerancia, bajo de que tanto tiempo hemos gemido victimas de las mas tiranicas ideas : Quando todo el Globo esperaba con ansias esta gran revolucion, hemos oido con dolor que Usia retrocediendo sus primeros pasos, se ha sometido á unas manos que no harán más que conducirle á su ruina y anticiparle el sepulcro. Usia ha visto la execrable apatía de la Metropoli al oir sus padecimientos y valerosa constancia. Parece que se desdeña ó desprende de esos apreciabilisimos Pueblos de que solo se ha acordado para absorverles hasta la sangre. Como hermanos no hemos podido oirlo sin indignación — ¿Que hay, pues, que esperar? Usia condescendiendo á los clamores del Pueblo y al eco de la razon pública se sacudía del que le ha sacrificado ; ¿y sera regular se someta ahora á la discrecion de unos togados que tienen valor para publicar esas groseras é inciviles contestaciones a los Gefes Britanicos, que con todos los derechos repugnan las cultas leyes de la Guerra? Radicada la ignorancia en esos Tribunales, porque para su ocupacion solo se mira la conexion ó el dinero, sus miembros generalmente se han conciliado la execracion publica. Su autoridad solo sirve al interes, al capricho, á la injusticia. No se termina ni advierte al acierto, ni tampoco es de esperarlo de sus cortos y cobardes sentimientos. A ellos, sabe Usia, se sacrificó la importante Plaza de Montevideo, por sus serviles mediaciones á favor del despuesto Gefe el catorce de Agosto ultimo. Sus providencias en lo ulterior, llevarán ciertamente igual tendencia ; ¿Porque pues vivir con ellos? No se oculta a Usia que en la America del Norte contra las bimestres convulsiones producidas en Ochocientos uno, no se propusieron sangrientas persecuciones de los autores, sino una suave acertada correccion de los abusos que son talados por la espada de la revolucion. Así lo dicta la prudencia, y el deseo de la conservacion de los pueblos. No es gloriosa accion perder á los hombres, á los conciudadanos, pero los viles togados no harán mas que perseguir á todas las clases del Pueblo por sus opiniones: la fuerza oprimirá á muchos ; su sangre, si, su opresion fermentará eternamente en el pecho de sus parientes, allegados, amigos, compatriotas y conciudadanos. El acivar no faltará en animo alguno. Está pues Usia, y mire solo á su postrera existencia, al bien y preservacion de sus compatriotas. — Como en ninguno Gobierno acertado pueden subsistir los miembros de tales Tribunales, miran al actual con interes individual, aunque se sacrifiquen los Pueblos ; ellos segun un Sabio, han servido en el nuevo mundo, para mantener las discordias, la desunion de sus habitantes, haciendo asi del mejor baluarte á favor del continente antiguo contra nuestra libertad. Hemos sido esclavos de su Codicia : Recuerde Usia tantos males para huirlos. Los sensatos

anuncian á Buenos-Ayres, que si no sacude el yugo con el favor Británico, sera al fin, de todos modos, sacrificado. Represada ó preservada, si algun dia hay paz en la Peninsula. Los procesos, las delaciones han de exterminar las familias aunque hayan consumido sus caudales por la Pátria. Abundaran tristes victimas al capricho del nuevo mandarin ó de la perseguidora Toga. Se multiplicarán las comisiones, gemiran muchos como los de Oruro... todo será dolor — En Usia está precaverlo — Usia no sacrificará la sangre de su Pueblo (como en Montevideo) por un Pavellon que su dueño desampara. En tiempo se acordará Usia de capitular independendencia bajo la proteccion Britanica, y el Comercio libre, negociando con las potencias beligerantes su ratificacion en la paz, á imitacion de nuestro Norte. Salga á las Galias un Franklin : Haga Usia ese bien á la humanidad. — Tenga Usia esa gloria, preparandose asi la página mas preciosa en el volumen de la verdadera historia. Nose pierde tan favorable ocasion del paralítico estado de la Metropoli, y de las convulsiones del mundo antiguo, y en que nuestro continente mas suspira por la deseada libertad — No desprecie Usia este alegre recuerdo de sus hermanos y cointeresados: Cuente Usia con nosotros — Dios guarde á Usia si ha de mejorarle — Chile, Abril ocho de mil ochocientos siete — *Los Araucanos* (hay un signo). Al ilustre Cavildo de Buenos-Ayres.

Amigos y Paisanos; como hermanos de un mismo origen, no hemos podido oir con indiferencia ni dejar de comunicaros las despoticas ordenes Reales contra vosotros que reservadas lleva Aviles; este partió para esa el segundo dia de llegado el Correo de España, en que al Virrey vinieron pliegos reservados, y tambien á él. — Va á tomar ese mando reclutando por el Perú tropas con que imponeros la Ley. Va á castigaros, causaros y arruinaros, suponiendoos traidores. Sereis Victimias. Ved como lo admitis! El tambien os aborrece — A este crudo Gobierno se encarga reservadamente el auxilio; pero nada puede. Aviles exaltará á Sobremonte sobre vuestras ruinas; y del buen Liniers aseguraos que vuestra sangre va á correr. No pequeis de omision, ocurrir á los hijos de Alvion: Valor! resolucion y os valga el que gobierna los destinos de los hombres. — La Providencia ha de castigar la iniquidad de la Metropoli: acaso seais el instrumento como todos deseamos. — *Los Araucanos*, hay un signo en forma de corazon...

Concuerta con los anónimos originales que se hallan en poder del I^{tre} Cavildo, á que en lo necesario me refiero — Y en virtud de lo mandado por dicho Ilustre Cavildo, autorizo, signo y firmo la presente en Buenos Aires á 28 de Octubre de 1807 — Lc^{do} D. Justo J. Nuñez, escrivano público y de cavildo — rubrica — ...

Documento N° 4.

Certificacion. — Juan Cortés, Escrivano de S. Mag^d público y de Provincia de esta Capital — Certifico en quanto puedo, ha lugar, y el derecho me permite

— Que á virtud de Mandato reservado del Señor D. Martin de Alzaga, Alcalde ordinario de primer voto de esta Capital, concurrí á la casa de su habitacion en la noche del dia siete del corriente mes, y acompañado del Señor Regidor de este Ilustre Cabildo, D. Miguel Fernandez de Agüero, y de D. Juan de Dios Dozo, vecino y actualmente Capitan del Regimiento de la union agregado á la Real Artillería; estuve en una Pieza de la misma casa, que tiene entrada por el Zaguán, y comunica por una puerta interior con la oficina donde tiene su despacho, encerrado con los citados dos sujetos y á oscuras, desde un rato despues de la oracion, hasta cerca de las ocho y media, en cuya hora, teniendo ya preparado el dicho señor Alcalde luz y un par de sillas en frente de la puerta que cae al quarto donde estaba yo con los demas, entró junto con un oficial del mismo cuerpo de Dozo, porque conoci el uniforme, la gorra y penacho colorado que puso sobre de una mesa, y tomando ambos asiento, comenzó el oficial su conversacion diciendo: Ya esta vuestra merced impuesto del objeto de mi venida, á lo que el señor Alcalde respondió que si, y prosiguiendo en voces pausadas, y tono baxo dijo: pues solo me conduce aqui el amor á la Pátria, salvar nuestras vidas y propiedades; para lo qual es necesario, y ante todo contar con el conocimiento del Señor Don Martin, porque de lo contrario nada haríamos. A esto respondió este Señor: Tratando de salvar á la Pátria en toda su extension y relaciones me prestaré gustoso. Pues Señor, dijo el oficial, tratar de defender esta Ciudad del poder de los Yngleses, que acaban de tomar á Montevideo es imposible, y así lo siente y conoce el Señor Liniers; y siendo evidente que el objeto del Rey de la Gran Bretaña es mandar exercitos de Guerra á estos Reynos, no es con el ánimo de conquistar sino determinadamente para formar y consolidar con nosotros unos vínculos de amistad recíproca y unos tratados de Comercio libre, protexidos y sostenidos por sus Esquadras, bajo el numerario que se estipulare entre esta Capital y los Generales Yngleses que estan en Montevideo, y el prisionero Carr Beresford, teniendo yo de éste la facilidad de hacerme de las Credenciales correspondientes al caso, atendidas todas las razones de conveniencia que haran la felicidad de estas Provincias y principalmente de este pueblo; el unico proyecto seguro, y que debe abrazarse en las presentes circunstancias para mejorar de suerte, y evitar desgracias, es poner en independenciam esta Capital, desconociendo á su legítimo soberano, cosa facil por tener adictos á la Empresa varios sujetos, y con ponerse de acuerdo con los Generales Yngleses victoriosos en Montevideo, por medio de negociaciones, conferidas con Beresford á quien hay oportunidad de hacerlo retener en la frontera y extraer de él los instrumentos de individualizaciones y completas seguridades, para que los Yngleses respeten nuestro culto, propiedades, derechos y vidas. A todo ello contestó el Señor Alcalde que la empresa era de las mas arduas que se presentaban, y que tenía varias dificultades y obstaculos que vencer, de los quales le hizo al oficial una arenga bien sostenida, pero que hallandose todos los escollos que presentaba el Proyecto, y trayendose las Credenciales que le ofrecia, hasta con el comprometimiento de su vida, entonces con los conocimien-

tos previos, resolveria de entrar en la Empresa para salvar al Pueblo; de modo que queda el acto diferido para quando se presentase el oficial con aquellos Documentos, concluyendo la conversacion despues de las diez de la noche, y al tiempo de levantarse el oficial conoci que era D. Saturnino de la Peña, capitan del mismo Regimiento de Dozo, pues lo vide á mi satisfaccion por el ojo de la llave de la Puerta, del cuarto donde estaba oculto, y al proposito para certificar de lo que ocurriese y distintamente perciviese, como de ello quedé enteramente cerciorado, tanto por las palabras proferidas por Diaz, aunque en voz baxa, como por las contestaciones que en voz alta é inteligible daba el sus referido Señor Alcalde. — Siendo quanto pueda certificar a virtud de mandato verbal de este Señor, firmandolo igualmente los nominados Agüero y Dozo en Buenos Aires, á nueve de Febrero de mil ochocientos siete años — *Juan Cortés*, Escribano de S. Mag^a Publico y de Provincia — *Miguel Fernandez de Agüero* — *Juan de Dios Dozo*.

Auto — Sin embargo de lo que consta por la anterior Certificacion, respecto á que del Expediente separado, resulta haber profugado el General Yngles Guillermo Carr Beresford, y el Teniente Coronel del Regimiento setenta y uno Dionisio Pack; habiendo sido Don Juan de Dios Dozo, quien con admiracion y escándalo comunicó á este Juzgado los asuntos propuestos por D. Saturnino Peña, que dieron merito á la diligencia sentada en la dicha Certificacion, comparezca y á los efectos que haya lugar declare baxo de juramento la conferencia que tuvo con el citado Peña, individualizando las circunstancias todas, como tambien los pasos que por su conducta se dieron para arribar al caso del perfecto esclarecimiento de unas ideas tan depravadas, y al castigo de los Reos y complices; sin omitir en su declaracion los pasajes ocurridos y prevenciones que se le hicieron, como tambien lo que oyó y vio en la noche á que se refiere la antedicha certificacion: sobre cuyos particulares debera tambien declarar D. Miguel Fernandez de Agüero y fecho traigase: *Alzaga*. — El Señor Alcalde de primer voto lo mandó y firmó en Buenos Aires á dos de Junio de mil ochocientos siete. Licenciado *D. Justo José Nuñez*, Escribano Publico y de Cavildo.

Declaracion. En el propio dia en cumplimiento de lo mandado por el anterior Decreto compareció ante su merced el Señor Juez Don Juan de Dios Dozo, Capitan de la primera compañía del Cuerpo de Voluntarios Patriotas de la Union, quien poniendo la mano derecha en su espada ofreció á Dios y el Rey bajo palabra de honor decir verdad de lo que supiese y le fuera preguntado, y siendolo al tenor del referido Decreto, enterado, dijo: Que la mañana del dia seis del pasado mes de Febrero, estando el declarante en la Real Fortaleza, en la pieza anterior á la oficina del despacho del señor General Don Santiago Liniers, junto con otros oficiales de su cuerpo y de diferentes sugetos que estaban alli, se sentó á su lado D. Saturnino Peña, y tuvo conversacion acerca del estado de esta Plaza, en aquella actualidad en que estaban aun consternados los animos por la perdida de Montevideo, y enfrascados en dicha conversacion, en que hubo de parte a parte diferentes opiniones, contradicciones y reflexiones politicas acerca de la defensa

que podría hacerse aquí en caso de venir los enemigos, en el modo de argüirle Peña al Declarante, y en la forma de sus proposiciones sofisticas, silogismos y expresiones misteriosas, llegó á comprender que en Peña se encerraba algun arcano ó secreto que descaba comunicarle, y para ello queria probar antes su intencion. A efecto de descubrir el declarante lo que se tenia figurado en aquellos momentos, se mostró adicto á uno de los sistemas de Peña, reducido á que no se podia defender este suelo de las armas Britanicas, por cuanto careciamos de Tropas Veteranas, y porque todas las disposiciones de guerra eran erradas é inutiles para contener la fuerza efectiva de siete mil y mas Yngleses, posesionados de Montevideo. Luego que Peña advirtió la mudanza del declarante, en que hizo todo lo posible para asegurarse de ser cierta y real dijo: pues amigo Dozo, vamos á fuera que tenemos que hablar; se levantó y se encaminó para cerca de la Puerta de la Secretaría, donde vuelto al que depone y tomándole de la mano, se produjo en estos terminos: Ya le he hecho ver, Camarada Dozo, nuestra triste constitucion y lo moralmente imposible que es, en el vencer al Yngles, sino ni aun el defendernos. Mire Usted Dozo, que yo hablo con plenos conocimientos, pues estoy en paraje que no ignoro lo mas minimo y advierto que mejor es adoptar otros medios y partidos para librar nuestras vidas, las de nuestras familias, bienes y propiedades. A esto le repuso el Declarante: ¿Y quales son estos medios? respondió Peña: si Vsted me guarda el mas profundo secreto, ó sea sigilo natural, yo se los comunicaré, pues hace unos quantos dias que estaba con el animo deliberado de buscarlo, a fin de valerme de su persona, de su conocido valor y de sus relaciones, con un sugeto principal de esta Capital que necesitamos vencer y tener de nuestro partido, para conseguir un proyecto serio y seguro de salvarnos, y de hacer feliz y floreciente esta Ciudad. Prosiguió Peña diciendo: Amigo Dozo, yo confio en su hombría de bien, en aquella Ley del sigilo que no debe quebrantar, y otras laudatorias impertinentes que hizo al Declarante; y baxo de este concepto en que quedó asegurado por repetidos actos de mano en pecho y otras señales evidentes con que demuestran los hombres los pactos ó vínculos de la amistad, y de guardar sus secretos; le explicó así: Usted sabe, ó tendrá noticia que yo fui comisionado para pagar á los oficiales Yngleses sus sueldos, y con este motivo he tenido infinitas conversaciones con el General Beresford; un señor rico en su País, de grandes relaciones en Europa, y de las mejores prendas y virtudes que pueden imaginarse; ama tiernamente á este Pueblo y sus vecinos, y se compadece tanto de que nosotros pensamos defendernos del numeroso exercito que está posesionado de Montevideo, que quando advierte nuestras desgracias y ruínas se abandona á la tristeza y al dolor. — Aqui fue interrumpido Peña por el declarante, que le dijo: ¿Como se entendia Vsted con el General si no sabe hablar en Español? Respondió: aunque no sabe bien se deja entender muy perfectamente en quanto quiere; y pasado esto dijo Peña: Amigo Dozo á este General le he merecido la maior confianza que puede hacerse de hombre viviente, pues me ha confiado todas sus secretas ideas, las intenciones reservadas de su Soberano; me ha leído sus

correspondencias con diferentes personas de esta Capital, las Cartas que ha recibido de los Generales que estan en Montevideo, particularmente del general de tierra que es un intimo amigo y confidente; y por decirlo de una vez no ha reservado nada á mi curiosidad, me estima y aprecia sobre manera, tanto que quando me despedí de él, le advertí el grande sentimiento de que se había cubierto su alma. Entablamos un método de escribirnos muy seguro é incapaz de descubrirse y el mismo que ha de seguirse aun en el dia que le internen en el Reyno; bajo de lo expuesto y para lo que necesitamos su persona y su influencia es, para el proyecto de poner esta Capital en una independencia formal, y en esto agarró Peña al Declarante de la mano, y lo llevó para la antesala de recibir Cortes, donde estando solos prosiguió: Debemos nosotros amigo Dozo, pagarlas á nuestro Rey que tanto nos tiene abandonados, y la empresa es muy fácil, supuesto las medidas que ya estan tomadas y de los partidarios que hay adictos á ella. El unico sugeto que falta para su completa consecucion, estoy creido que nadie podria atraerlo sino es usted; he querido resolverme á entrar en su casa y comunicarle el pensamiento, pero su caracter, su circunspeccion, su patriotismo y amor al Soberano, me han infundido respeto, y un miedo mas que regular; ninguno puede encargarse de esto, sino es usted, conforme el comun sentir de los amigos; haga usted hoy mismo la prueba, ocultando mi nombre, y declarandose luego que le advierta un medio consentimiento, y aviseme en esta noche, ó mañana á las nueve del dia que yo iré á tratar con él los demas puntos relativos al proyecto, para que entre en el sin rezelo alguno, asegurarle su vida, sus intereses y propiedades, que seran respetadas inviolablemente. El Declarante, absorto y escandalizado de semejante iniquidad, y llevado de su natural, demudado el semblante y casi tremulo de furor, quiso con el sable quitar alli mismo la vida á Peña; pero advirtiéndole que este le hablaba todo con los ojos clavados en tierra, y que por lo tanto no habia conocido su descompostura, reflexionando que nada conseguia en quitar la vida á un solo traidor, el parage donde estaba y las circunstancias del caso, tiró á reprimir quanto le fue dable, y á mostrarse el convenido en lo que se le proponia, mas para disfrazar su adopcion puso á Peña varias dificultades y obstaculos, diciendole entre otras cosas que la empresa era muy ardua, y dificil de realizar, pues aunque se venciese á un solo hombre de poder en el Pueblo, quedaban otros que podian ser opositores y nada se conseguiria; á lo que Peña le repuso: amigo teniendo nosotros al que yo le digo y usted ya estara advirtiéndole, nada hay que temer; porque los Empleados y los Oidores luego se quitan del medio quando quieran oponerse; por lo demas, ya esta todo casi zanjado. ¿Y quien es ese Señor? respondió Peña; Don Martin de Alzaga, actual alcalde de primer voto, que sin su anuencia, expreso consentimiento y plena conformidad, por lo que lo aman, obedecen y respetan todos los vecinos y estantes de este gran Pueblo, nada haríamos en el proyecto aunque tuviesemos mas seguridades de las que hay. — Este es, amigo Dozo, el que nos puede frustrar todas nuestras felicidades, y desbaratar lo que tengo travajado en ob-

sequio de mi amada Pátria y bien de mis conciudadanos. Si por usted conseguimos tenerlo de nuestra parte, creame que sera feliz en este suelo, porque nosotros, de acuerdo con el General Beresford, quien cumplirá exactamente las promesas que me tiene hechas, y operando en la empresa de independenciamos con ayuda del Exército Yngles, quedaremos quando menos en nuestros empleos de Capitanes de Artilleria, con unos sueldos y pensiones exorbitantes, y lograremos otros puestos maiores de los que se han de establecer para el Gobierno de esta Capital y sus dependencias. De lo contrario, siguió Peña, somos enteramente perdidos; vendran los Yngleses, y á pesar de la bondad de ellos y de la benevolencia de Beresford, haran estragos en nosotros, en nuestras familias y al cabo se haran dueños de todo. El Declarante, resuelto el animo al oír tales iniquas y seductoras palabras, y para desentrañar á Peña, le dijo: Dudo mucho que el Señor Alzaga entre por semejante partido. Aunque es verdad que tiene fundamentos poderosos para ponerse en salvo; y aunque es cierto que sus intereses y caudales son de harta consideracion, todo lo despreciaria por no ser infiel á nuestro monarca. Revalido solo de unas seguridades infalibles, que yo advierto muy remotas, é incapaz de lograrse, pudiera entrar en ello á mis ruegos, instancias y demostraciones de las ventajas consiguientes á la consumacion del hecho. Es Alzaga de un entendimiento claro y agudo, y sera dificultoso convencerlo de la necesidad que hay para abrazar el estado de independenciamos. Amigo, dijo Peña al esponente, por lo que respeta á seguridades, digale usted que yo le daré quantas quiera del General Beresford y de los que estan en Montevideo; que si no fuese asi, me haga quitar la vida en los momentos de su desengaño. Que consiento me tenga encerrado en un cuarto de su casa, hasta que vengan los instrumentos mas solemnes de todo quanto desee y pretenda para las resultas del caso, y por lo que hace á demostrarle hasta la evidencia las felicidades que aguardan á esta Ciudad, y los demas particulares tratados entre los dos, dejelo usted á mi cuidado, que quedará convencido y persuadido hasta la evidencia, con tal de que consiga hablar con él reservadamente y por largo rato. Vaya usted, amigo Dozo, esta noche á mas tardar, y sin descubrirme, tiene el animo de dicho Señor, y si consigue algunas otras esperanzas, ó le conoce indeciso, declarele mi nombre y digale que desee me dé audiencia. Eran muy cerca de las dos de la tarde, y el Declarante, sin pérdida de instantes, salio á dar denuncia clara y distinta de todo al Señor Alcalde don Martin de Alzaga, quien lo oyó con admiracion y atónito, y despues se puso á conferenciar con el exponente sobre los arbitrios y simulaciones que debian adoptarse para descubrir la trama del negocio y los complices en tal delito. Esto concluido, el Señor Alcalde ofreció con repeticion al Declarante la remuneracion correspondiente á su fidelidad y al trabajo que habia de tener en el particular hasta su total esclarecimiento, no obstante que se hizo cargo de la repugnancia que le causó semejante ofrecimiento; pues expuso en el acto que no se conducia movido por ningun premio, sino del amor al Soberano y a la Pátria. Seguidamente recomendó el Señor Alcalde al Declarante el secreto correspondien-

te á la naturaleza de la causa, y le instruyó de la respuesta que habia de dar á Peña, no en la noche de aquel dia, sino en la mañana del siguiente para que no desconfiase de su prontitud, sin embargo de que él la exigia. El exponente se impuso bien á fondo de las ideas del Señor Alcalde, y de sus prevenciones, para no desviarse un punto de ellas, reducido á mostrarse adicto á la empresa, siempre que se pusieran en su poder documentos suficientes, y qual podrian exigirse en las circunstancias de aquella actualidad, de los Generales Beresford y de los victoriosos en Montevideo, y a que se le declarase puntualmente los sugetos con quien contaba para la execucion del proyecto; pues de lo contrario no encontraba confianza ni seguridad respecto á los exemplos que habia de los Yngleses en otros Paises, particularmente en la Yndia, donde despues de conquistarse varias posesiones por iguales seducciones y reprovados arbitrios habian faltado á lo mas sagrado de sus promesas y pactos hasta esclavizar á los naturales. Con lo expuesto y con la instruccion del Señor Alcalde para que supiese el Declarante el modo de decirselo á Peña, a fin de que no se espantase y mas bien tomase confianza para ir despues de oraciones del dia siete á Casa del dicho Señor, fue el exponente á encontrarse en el Fuerte con el dicho Peña, quien se alegró infinito de verlo, y levantandose en el momento del banco en que estaba escribiendo, se fue á saber el resultado del paso encargado al declarante, que le hizo entender los debates tenidos en la conferencia con el Señor don Martin de Alzaga, habiendo sacado por último el fruto de inclinarlo al partido consabido siempre que se le asegurase en todos sus rezelos en la forma que se le ofrecian, y que baxo este concepto podia ir Peña aquella noche á tratar el asunto con dicho Señor, que ya encontraria solo y en términos que nadie los viese ni entendiese. Creido Peña de lo relacionado, mostró mucho regocijo y complazencia y volvió otra vez á conversar con el Declarante, que iba prevenido de hacerlo entrar en materia, para indagar quienes eran los individuos de la Liga, lo qual nunca pudo conseguir, sin embargo de que se valia de algunas invectivas, sagacidades y astucias; ultimamente á virtud de las indagaciones del Declarante, por aquellas ideas que llevaba impresas, y por las que le ocurrían á consecuencia de lo que hablaba con Peña, vino á ser impuesto por este que Beresford, y algunos de sus oficiales, fueron avisados de que se dirijia el Señor Bazo para internarlos, y con este motivo pudieron todos salvar las correspondencias de los amigos de aqui; Que Peña estaba con algun recelo acerca de una carta suya que sabia le tenian tomado entre los Papeles de Beresford, tratando con expresiones equivocas del particular; pero que para el caso de ser reconvenido, tenia ya preparada la contestacion disfrazada que habia de dar, reducida á que los encargos reservados entre él y Beresford eran conseguir el canje suyo con el Virrey de Lima, ó con algun otro oficial de graduacion de la Plaza de Montevideo. Tambien fue impuesto el declarante por Peña, que le era muy facil hacer detener á Beresford en su marcha para ir él mismo á sacar las credenciales pedidas por Alzaga, y de hacer quanto él quisiera, aun quando tuviese oposicion del Cavildo, ó de quales quiera otro

Tribunal; pues para ellos tenia mucho favor y no faltaban arbitrios; con lo qual se concluyó el segundo acto, y quedó Peña en que sin falta iria despues de oraciones á la casa del Señor Alcalde, y el Exponente fué á dar parte de todo á este dicho Señor, quien quedó enterado de ello, y previno al declarante volviese á la tarde para discurrir sobre lo demas que habia de hacerse para empezar á tener instrumentos con que encabezar el proceso de tan malevolos delincuentes. Puntualmente estuvo el Declarante en casa del Señor Alcalde á la hora indicada, y alli se arbitró tomar de la audiencia de Peña, y de quanto en ella pasase, un Certificado autorizado por Escribano y dos testigos, que el Señor Alcalde dispuso fuese uno el Señor Regidor D. Miguel Fernandez de Agüero, y otro el Declarante, por no tener facilidad de algun otro de quien le asistiese á su merced una plena satisfaccion de hombre capaz de guardar sus secretos. Seguidamente le dijo el Señor Alcalde al declarante que tenia confianza en el Escribano Don Juan Cortés, y que por lo tanto lo citase para la hora convenida, advirtiendole al mismo tiempo lo que habia de practicar para encerrarse á obscuras en el Quarto que tiene puerta al zaguan, y comunicacion por otra con el Escritorio del referido Señor. Asi se verificó desde un rato despues de oraciones del dia siete del pasado mes de Febrero hasta cerca de las ocho y media para las nueve, en que concurrió Peña, y se encerró con dicho Señor Alcalde en su oficina de escritorio, á tratar del objeto de su ida: y de lo que alli hablaron y oyó el Declarante á Peña, y al Señor Don Martin de Alzaga, tiene firmado un Certificado bastante especificado al qual en un todo me remito, por ser la verdad de quanto en aquel acto pasó, y en lo que desde ahora para todo tiempo se ratifica, siendo todo lo expuesto la verdad de lo que sabe en el particular sobre que ha sido preguntado con cargo de la palabra de honor que tiene prestada, siendo de quarenta y tres años de edad, y lo firmó con su merced de que doy fé. — *Alzaga.* — *Juan de Dios Dozo,* — Licenciado *Don Justo José Nuñez,* Escribano Público y de Cavildo.

En quatro de dicho mes y año, para continuacion del presente Sumario se constituyó el señor Juez, asociado de mi el Actuario, en la Casa morada del señor actual Regidor Don Miguel Fernandez Agüero á quien su merced le recibió Juramento que hizo conforme á Derecho, por el qual ofrecio decir verdad de lo que supiere y le fuese preguntado, y siéndole con arreglo al tenor del anterior dijo: que á poco despues de las oraciones de la tarde del dia siete del mes de Febrero del presente año, hallándose el Declarante en la Sala Capitular de este Ayuntamiento, con otros individuos de los que lo componen, lo llamó á parte el Señor Alcalde de primer voto y dijo: nos ocurre y interesa la averiguacion de un asunto de la mayor gravedad, en que se necesita proceder con el mas escrupuloso sigilo; y para el efecto es necesario que Usted se venga conmigo á mi casa, ahora mismo. Asi se hizo. Y en el transito expuso el Señor Alcalde: Amigo creo que somos vendidos, y entre una porcion de traidores; se me ha dado denuncia por Don Juan de Dios Dozo, sobre una trama urdida de independenciam baxo el auxilio y seguridades por los Generales Yngleses, y Dozo ha sido solicitado dentro del mis-

mo Fuerte para ella, y para que se me hable á mi, por un sugeto que es de los principales de alli; conque á efecto de Documentar y descubrir la tramoya, he dispuesto que el Escribano Cortéz, acompañado de usted y del mismo Dozo, esten encerrados en el Quarto inmediato al de mi escritorio, á fin de que certifique de la conferencia, pues el sugeto está citado por Dozo á verse conmigo para esta hora. Llegó el Declarante con el Señor Alcalde á su Casa, fue introducido al Quarto inmediato al escritorio citado, donde ya estaba el Escribano Cortés con Dozo, y se cerró la puerta. El escribano se sentó arrimado á la misma puerta, ocupando el ojo de la llave, único conducto de correspondencia al Despacho y Carpeta del Señor Alcalde (á cuyo pié se hallaban dos sillas dispuestas para la conferencia), el Declarante en seguida y D. Juan de Dios Dozo mas distante. Despues de una dilatada demora se sintió la entrada desde la Sala al Despacho del Señor Alcalde, con otro individuo, y que ambos tomaron asiento, y el Escribano se aplicó con vista y oido al ojo de la llave quien despues de larga conferencia entre alcalde é individuo dijo: la gorra que está sobre la carpeta es de Artilleros de la Ciudad, y el sugeto es Peña; el Declarante pidio lugar para esta observacion, y pudo distinguir claramente la gorra pero no el individuo, porque solo le alcanzó á ver el perfil de las narices y no pudiendo entender nada de la relacion de Peña al Alcalde por lo baxo de su expresion, cedio el lugar al Escribano, que continuó viendo y oyendo hasta el fin de la conferencia, que concluida, despedido el individuo y abierta la puerta ordenó el señor Alcalde al Escribano, le diera la diligencia por Certificado, é impuesto á todos el debido sigilo. Que es quanto sabe y puede declarar, y todo la verdad, en cargo del juramento que ha prestado en el que se afirmó y ratificó; dijo ser maior de quarenta años, y lo firmó con su merced de que doy fé. — *Alzaga.* — *Miguel Fernandez de Agüero.* — Licenciado *Don Justo José Nuñez*, Escribano Público y de Cavildo.

Concuerta con el Expediente original que para efecto de sacar este Testimonio me entregó el Señor Alcalde de primer voto, y le devolvi, al que en lo necesario me remito — Y de mandato verbal de dicho Señor Alcalde, autorizo, signo y firmo el presente en Buenos-Aires, a cinco de Noviembre de mil ochocientos siete. — Licenciado *Don Justo José Nuñez*, Escribano Público y de Cavildo — hay signo y rúbrica.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de Plata, por D. DANIEL GRANADA.

Un zar de Rusia, para manifestar su agrado á un general vencedor, le hizo preguntar si le gustaría una gran tabaquera adornada con pequeños brillantes, y el favorito del día se permitió insinuar que hubiera preferido un grueso brillante adornado con pequeñas tabaqueras. Sin pecar de exigente, podría el lector de este abultado libro encontrar que los diamantes de la poesía popular no guardan proporción con la « tabaquera ». Pero el supuesto lector no tendría razón. Muy lejos de pretender engañarnos, el autor nos dice desde la portada lo que ha querido ofrecernos y en realidad nos ofrece. Si hubiera escrito en su fachada: *Folk-lore del Río de la Plata*, tendríamos derecho de exigirle una colección ingenua de cuentos, creencias, leyendas, refranes y cantos populares de la campaña uruguaya y argentina. Mientras que el interminable encabezamiento, que no repetimos por falta de espacio, es excelente, en cuanto define exactamente el volumen del señor Granada, revelando desde luego su estructura é índole. En lugar, pues, de una humilde « antología » popular, sabemos de antemano que nos esperan, á pretexto de supersticiones america-

nas, sendas disertaciones históricas, filosóficas, mitológicas, teúrgicas, psiquiátricas y demás esdrújulos inquietantes, asentadas en abundantes extractos de autores antiguos y modernos, desde Homero hasta el presbítero Soprano. No queremos mostrarnos insensibles á la erudición literaria del señor Granada, y apreciamos como debemos reseñas filosóficas que comienzan así: « El materialismo, ó sea el positivismo, que en resumidas cuentas viene á ser una misma cosa, etc. » Con todo, el autor nos permitirá pensar que al *folklorismo*, y también á la filosofía y á la literatura, hubiérales prestado mayor servicio con una buena compilación, análoga á la brasilera de Santa Ana Nery, que con sus malogros de racionalismo trascendental.

Es así cómo, para mostrar un solo botón, el señor Granada consagra setenta páginas de texto en octavo mayor á las « salamancas »; y ello comienza con una disertación sobre los varios géneros de magia, siguiéndose un resumen evolutivo del asunto en todas las naciones y edades, con citas á brazo partido (sobre todo del P. Feijoó!), para rematar en una página de Echeagaray sobre los rayos Röntgen que se asimilan á la *luz negra* de nuestras consejas! Entre tanto, el lector espera vanamente el simple relato de una topada de salamanca, como los viajeros de las provincias los escuchan en cada pascana. Aun cuando el autor roza la materia indígena, no pierde por nada su solemnidad y altisonancia: gauchiza calzando el coturno. Carece en realidad de las aficiones poéticas y amables que el asunto requiere; mejor dicho, ni es poeta ni ama la poesía popular. Todas sus impresiones literarias son reflejos *librescos*. Dudamos que una sola de sus « supersticiones » quichuas ó guaraníes haya sido escuchada en la rueda de una parada nocturna y al amor del fogón. Por eso son tan desabridas y, hasta las que tienen marco agreste, huelen á librería. Trás no sé qué escritor español, combate el término *folk-lore*, como que según él ó ellos se descompone así: *folk*, vulgo, *lore*, leer; — etimología tanto más imprevista cuanto que el *folk-lore* es el saber tradicional, es decir, transmitido oralmente por los que no saben leer!

Compréndese que con semejante concepto y amor de la ruda poesía popular, se revele á cada paso la falta de *contacto* del autor con su materia. Permítasenos citar otro ejemplo entre mil. Tropieza— es la expresión propia — con la palabra *china*, con que designamos á la mujer indígena ó meztiza; y después de advertirnos caritativamente que el masculino *chino* es una incorrección, como que el nombre nada tiene que ver con el Celeste Imperio, entra en lo que llama una « explicación del origen de la voz ». La explicación (en que son ingredientes variados Confucio, los Incas con sus vírgenes del Sol y « las vestales de la gentilidad griega y romana ») no explica nada, naturalmente. Hále faltado al señor Granada salir de su librería, vivir algunos meses en las costas del Salado santia- gueño y asistir, v. gr., á la caza de un león americano; entonces hubiera podido oír á su peón exclamar, ultimando al animal estira- do para sacarle el cuero : *Puma CHINA caskha* : « HEMBRA había si- do ! » Tal es la verdadera explicación : *china* es la hembra de cual- quier animal cuyo nombre genérico sea masculino. Y nadie extra- ñará que el calificativo se aplique á la especie humana, puesto que nosotros, tan remilgados, hemos seguido idéntico proceso en nues- tras lenguas cultas : *hembra, femelle, female*, etc., representan la misma palabra *femina*, mujer.

Hemos señalado francamente las deficiencias y los excesos de esta obra, bajo otros aspectos estimable. La base de nuestro crite- rio, no tenemos razón para disimularlo, es nuestro deseo vehemente de ver formarse alguna vez el *Folk-lore* del Río de la Plata, sobre su plan verdadero y sólido, que no debe ser en modo alguno el que ha discurrido el señor Granada. Otros sabrán seguir la filiación de los mitos y extraer de nuestro tesoro popular la ciencia y la filosofía universales que seguramente encierra. Por ahora nuestra tarea es modesta : consiste en acopiar, no en analizar — mayormente cuando no nos sean familiares los instrumentos críticos de precisión. Se trata al pronto de rebuscar en cada provincia, en cada aldea y es- tancia, la espiga suelta que haya de reunirse á la común gavilla.

Que cada cual traiga á la masa lo que de buena fuente sepa en materia de leyendas, poesías, refranes, creencias, etc., y se hará el *folklore* argentino. « Si cada vecino (decía Goethe poco antes de morir) se limitara á barrer delante de su casa, la calle estaría limpia ».—Y no es dudoso que en esta empresa de gloria colectiva y anónima, podría el señor Granada prestar excelentes servicios.

El cólera en la República Argentina, por el doctor JOSÉ PENNA.

Aunque sean las materias tan diferentes, podríamos encabezar esta noticia con los renglones finales de la anterior, pues el libro del doctor Penna realiza nuestro *desideratum*. Sin frases hechas ni largas incursiones á dominios extraños, tenemos aquí la monografía histórica del flagelo asiático importado, desde su « primera aparición » en la Argentina (en 1856, según nuestro autor) hasta su más reciente y atenuado amago. Es el lenguaje de la ciencia, prudente, preciso, desnudo de adornos exóticos, circunspecto en la afirmación. Y con esto no queremos referirnos sólo al estilo, sino á los propios datos, estados, resultados ó hipótesis que constituyen la substancia misma de la obra. Después de informarse lo mejor posible, — siendo así que ciertas investigaciones, como el cuadro aterrador del cólera en la guerra del Paraguay, representan una labor considerable, — el autor no incurre en el defecto reinante de afirmar perentoriamente la exactitud de sus estadísticas; conoce muy bien la falibilidad inevitable de todo conjunto. Sabe desconfiar de su propia experiencia: y acaso sea este rasgo el que distingue á un espíritu fundamentalmente científico. ¿Habremos de agregar que esa misma duda filosófica, acaso no se aplique tanto como debiera á las teorías y conclusiones de los sabios y congresos europeos? No; es bueno, es necesario que los investigadores seccionales tengan fe robusta y plena en tal ó cual de las doctrinas en discusión, para no escuchar la pér-

fida insinuación de la incertidumbre y su crítica, en este caso, estéril. Conviene, v. g., que nuestros hombres de ciencia crean provisional ó firmemente en la procedencia siempre exótica del cólera morbus, en la sólida realidad del bacilo de Koch y en su valor, no sólo diagnóstico sino patogénico — aunque la inoculación del virus en el hombre no haya producido jamás la enfermedad... Todo ello es excelente, para que nosotros, escépticos irresponsables, podamos entretanto dudar serenamente de muchas cosas, — incluso el papel primordial de ciertas bacterias que no aparecen cuando más se las necesita — y, por momentos, nos demos el consuelo de pensar que toda esa ciencia horripilante se apoye quizá en concomitancias que suponemos relaciones de causa á efecto, de suerte que el axioma fundamental de nuestra medicina sería ó debería ser : *cum hoc, ergo propter hoc !*

Pero ello, lo repetimos, no obsta á que las investigaciones circunscritas y efectuadas con sano criterio representen servicios reales prestados á la ciencia futura y á la humanidad. La monografía del doctor Penna significa una contribución valiosa, y bajo cierto aspecto definitiva, para la historia de la epidemiología argentina — que es un capítulo de la ciencia universal.

REDACTORES DE « LA BIBLIOTECA »

TOMO TERCERO

JUAN BAUTISTA ALBERDI (JUAN MARÍA GUTIÉRREZ).

Este ilustre publicista argentino, cuyo nombre no figura en las *Efemérides americanas* donde se halla Namuncurá, nació en Tucumán, el 29 de agosto de 1810, el día mismo en que las Provincias eligieron sus primeros diputados, que resultaron vocales de la Junta. Era hijo de un comerciante español y de doña Josefa Araoz, perteneciente á la familia más importante de esa provincia. Pasó allí su infancia, y él mismo ha contado con gracia que se « sentaba en las faldas de Belgrano », entreteniendo con su niñeces al vencedor de la Ciudadela. En 1825, obtuvo una de las becas fundadas por Rivadavia en el « Colegio de ciencias morales » y se trasladó á Buenos Aires. Con una breve interrupción, cursó aquí enseñanza secundaria y, en 1830, ayudado por la familia de Cané, pudo estudiar derecho en la Universidad. En otro lugar hemos referido cómo, al año siguiente, en un viaje de recreo á su provincia natal, obtuvo de Heredia (« tirano » culto y bonachón, bien adaptado á su provincia) la libertad de algunos reos políticos; entonces también tomó apuntes para la *Memoria descriptiva de Tucumán*, obra ligera que, con otros opúsculos sobre música y derecho, inauguró su carrera literaria. Alternando con sus estudios jurídicos otros de carácter general, el joven Alberdi leía mucho y, desde ya, escribía en periódicos con elegancia y soltura — aunque también con marcada despreocupación del purismo castellano. Redactaba *La Moda*, el *Boletín musical*, publicaciones efímeras donde insertaba, además de artículos sobre música y

costumbres, algunas melodías fáciles para canto y piano. Con el grupo más distinguido y liberal de esa generación única, en que brillaron Echeverría, Gutiérrez, F. Varela, López, Cané y algunos más, fundó en 1837, la *Asociación de Mayo*, en cuyo *Dogma* colaboró. Al año siguiente, emigró á Montevideo, prefiriendo no graduarse aquí antes que prestar juramento á la Federación. Se doctoró en Montevideo y, además de sus tareas profesionales, con el núcleo de talentos jóvenes que también habían emigrado, y al que se agregaban Rivera Indarte, Lamas y Mitre, fundó ó redactó varios periódicos, entre ellos el *Iniciador* y la *Revista del Plata*. Secretario del general Lavalle en 1840, desaprobó el plan de la campaña libertadora y resignó sus funciones, sin abandonar su propaganda unitaria. No necesitamos recordar su primer viaje á Europa, con Gutiérrez, pues lo refiere él mismo en las páginas llenas de encanto que encabezan este número de *La Biblioteca*. Á su vuelta de Europa, se estableció en Chile, donde abrió estudio de abogado. A más de sus *Defensas* y otros opúsculos profesionales y políticos, fué allí donde publicó, después de la caída de Rosas, sus *Bases para la organización de la República Argentina*, obra fundamental que bastaría á colocarle en el primer rango de los escritores hispano-americanos. La completó en ese año (1852) y los siguientes con los *Elementos de derecho público provincial* y el *Sistema rentístico*, fuera de otros escritos circunstanciales y polémicos que están en todas las memorias. Acerbamente agredido por Sarmiento, le replicó desde Quillota,

afilando la ironía contra el sarcasmo, y es muy sabido que en ese duelo del florete y la maza, no tuvo Alberdi la peor parte. En 1854 fué nombrado encargado de negocios de la Confederación en Inglaterra y Francia; salió para su destino, deteniéndose algunas semanas en los Estados Unidos; al año siguiente fué ascendido á ministro plenipotenciario ante dichos gobiernos y los de España y Estados Unidos. Entre otros tratados que marcaron su paso por la diplomacia, merece citarse el primero celebrado con España. Permaneció en su puesto hasta la batalla de Pavón. Fué destituido por el vencedor porque había sido nombrado por el vencido. Alberdi se estableció en París, viviendo del modesto peculio que trajera de Chile, debido á su labor profesional. Continuó escribiendo volúmenes y opúsculos de política general ó actualidad, en que su claro talento subsistía y hasta se desarrollaba, aunque, con el tiempo, fuera perdiendo más y más el « contacto » de las cosas argentinas. Se ensayó agradablemente en el panfleto, el cuento á lo Voltaire y la alegoría política puesta de moda por Laboulaye, escritor de erudición y talento que no tuvo genio sino en Sud-América. No recordaremos la actitud de Alberdi durante la guerra del Paraguay sino para lamentarla; y ello no ciertamente porque aceptemos una sola de las acusaciones venenosas que formularon sus adversarios, sino porque, visiblemente, perdió Alberdi en esos panfletos la clara percepción de la realidad. Hay que repetirlo: ha sido calumnia atroz lo que á este respecto se ha escrito; nunca pensó Alberdi en atacar á su país, y mucho menos por un estipendio. Imputaciones hay que, al resultar infundadas, se incorporan indeleblemente, no á la biografía del acusado, sino á la del acusador. Pero, dado que Alberdi tuviese razón contra el Brasil, no la tenía en su defensa del Paraguay de López. Por otra parte, si para el escritor sincero es lícito y aun patriótico criticar al gobierno de su país, llegan horas solemnes en que patria y gobierno se enlazan tan estrechamente que es imposible apuntar al uno sin herir á la otra. Fueron errores humanos. ¿Quién extrañará que, vilipendiado por los encumbrados adversarios

que se sucedieron en la presidencia, Alberdi haya perdido alguna vez la sangre fría y el sentido recto que son característicos de su talento? Sucedióle á Victor Hugo, en su odio ciego contra el Imperio, declararse públicamente, durante la guerra de Crimea, por los Rusos contra los Franceses. La Francia liberal comprendió la razón del extravío, y nadie pensó en infamar al gran poeta con el dictorio de traidor. Alberdi sintió el dardo envenenado penetrarle hasta el alma; y es por ello, sin duda, que, á la vejez y después de cuarenta años de ausencia, aceptó agradecido la reparación pública, resolviéndose á volver á su patria para sentarse en el Congreso. Era muy tarde, para él y para nosotros! No hay error más triste que ceder al llamamiento de la realidad, cuando la hemos transfigurado á la distancia con largos años de ilusión. Si la aparición de Alberdi envejecido y desorientado no fué un desencanto sino para los que no habían leído sus libros, para él la decepción fué profunda y fatal: se volvió al destierro como á su única patria, para acabar de morir. Había bebido durante un cuarto de siglo la hiel de la calumnia y el vinagre de la iniquidad: pero ese adiós eterno á su pueblo que no le conocía y á quien no conocía ya, fué sin duda la gota de suprema amargura. — Queda su obra fragmentaria, y con ella el testimonio irrecusable del cerebro más comprensivo, del espíritu más ágil y sagaz de su generación, que es la gran generación argentina. Como literato de vigor y colorido, es inferior á Sarmiento y acaso á López: á todos aventaja como pensador político. En él la forma se ajusta tan perfectamente á la idea que no parece existir: no tiene estilo distinto del pensamiento; y la frase transparente, estrechamente adecuada al concepto, remeda un velo blanco sobre una blanca desnudez. No tenía paleta; pero, suele ser tan precisa su línea, que la ausencia de color no se deja sentir. Hay una virtud secreta en su talento, lo mismo que había en el hombre una belleza interior.

CARLOS A. ALDAO (EN LA CAVERNA DE MAMMOTH).

Nació en Santa Fe el 5 de mayo de 1860. Después de cursar allí segunda enseñanza ingresó en la Facultad de de-

recho de Buenos Aires, graduándose en 1884 con una buena tesis sobre *El Divorcio*, entonces de actualidad. Formó parte de la justicia de paz letrada desde su creación, primero como juez y luego como camarista. En 1892, fué nombrado secretario de la misión especial adscripta á la legación de Washington para el arbitraje de Misiones, y con este motivo ha dado á luz un importante estudio sobre dicha cuestión. A su regreso fué nombrado director del banco de la Provincia. Además de la obra citada y de su colaboración periodística, el doctor Aldao ha publicado varios folletos sobre materia constitucional. Últimamente ha traducido los *Ensayos* de Emerson con una propiedad y galanura que *La Biblioteca* ha señalado.

ADOLFO ALSINA (SISTEMAS DE FILOSOFÍA).

Nació en Buenos Aires el 14 de enero de 1829. Hijo del ilustre publicista unitario, don Valentín Alsina, y de la virtuosa matrona doña Antonia Maza, estaba predestinado á criarse en el destierro desde que la barbarie se entronizó en su país: Rosas asumió la dictadura en marzo de 1835; el 5 de septiembre del mismo año, el doctor Alsina lograba escaparse del pontón *Sarandí* donde estaba engrillado. Se estableció en Montevideo hasta la caída del tirano, defendió con la pluma y con la espada á su partido proscrito, aceptando más tarde la honra peligrosa de suceder en el *Comercio del Plata* á F. Varela asesinado. La fibra precozmente viril de Adolfo Alsina se templó en ese hogar volante, entre rumores de guerra y conspiración, gritos de generosa protesta, ayes de viudas y huérfanos. Creció teniendo á la vista dos altos ejemplos de virtudes públicas y privadas; de suerte que, desde niño, con sólo amar á sus padres rindió culto al deber y al honor, y bastóle seguir las huellas paternas en la áspera senda donde el sacrificio es cierto, si dudoso el premio cívico. Completó su educación en el « Colejio Nacional » que transportó consigo el venerable maestro Peña, también expatriado como la civilización y el saber, y obligado á erigirles un refugio en la « Nueva Troya » *novam condere urbem*. Allí pronunció Adolfo Alsina, como bedel del aula de filosofía, el discurso que publicamos

hoy. Después de Caseros, volvió hombre al Buenos Aires de su primera infancia, y, mientras era su padre ministro de López, él terminaba sus estudios jurídicos en esta Facultad, graduándose en ese mismo año de 1852. Actuó en la política liberal que, después de la revolución de septiembre, elevó á don Valentín al gobierno de la provincia, y tomó parte en la defensa de la ciudad sitiada por Urquiza. Comandante de guardias nacionales en Cepeda, fué uno de los diputados de Buenos Aires rechazados por el congreso del Paraná. En Pavón mandó la 8ª brigada; y la victoria abrió también para Alsina el vasto escenario político. Fué elegido diputado al Congreso, y pronunció en ese año climatérico de 1862, contra el proyecto de federalización de la Provincia, un discurso memorable que, sobre ser el mejor de su vida parlamentaria, es sin duda el más luminoso y elocuente de ese debate en que intervinieron Rawson, Elizalde, Gorostiaga, Mármol y otros oradores de valía. La defensa de Buenos Aires que fundó la reputación nacional de su autor, fué la señal de su rompimiento con el general Mitre y sus amigos. Sabido es que nacieron de la escisión los partidos *nacionalista* y *autonomista*, cuya rivalidad ardiente y azarosa, pero fecunda, dió rumbo durante quince años á la historia de Buenos Aires, y, puede decirse, de la República. Elegido gobernador en 1866, Alsina confió á Avellaneda la cartera de gobierno y la de hacienda á don M. Varela: están en todas las memorias las útiles innovaciones y sanas reformas que caracterizaron esa administración. Entretanto se abría la sucesión presidencial, y Alsina era candidato con Elizalde, Urquiza y Sarmiento. Habiendo renunciado á su candidatura para asegurar el triunfo de la última, fué designado para la vice-presidencia. La lógica de los acontecimientos, superior á la previsión de los hombres, hizo que se reprodujera seis años después una situación análoga á la de 1867. Entre las dos candidaturas irreconciliables de Alsina y Mitre, surgió la de Avellaneda; y también esta vez resolvió el primero ofrecer al candidato de doce provincias la base de Buenos Aires, indispensable para el gobierno sino para la elección. Estalló la revolución del 74; y Alsina, como ministro de la

guerra, contribuyó eficazmente á la pacificación del país, primero por el triunfo legal, y después por la política de « conciliación ». La cuestión de fronteras, á la que dió solución provisional, ocupó su actividad hasta rendir su enérgica naturaleza: sabido es que contrajo en Carhué la enfermedad de que murió en Buenos Aires, el 29 de diciembre de 1877. Es permitido pensar que esa muerte prematura módificó la historia argentina. En todo caso, fué sentida y llorada como una calamidad. Alsina no era un pensador político ni un estadista de vasto horizonte, — acaso tampoco un orador completo: fué ante todo, y por sobre todos sus contemporáneos, un poderoso tribuno popular, un alma cálida y generosa, siempre vibrante de virtud patriótica. Habiéndose hecho « todo para todos » como el Apóstol, no conoció la ley común, los estrechos deberes domésticos: su verdadero hogar fué Buenos Aires; la amó y fué amado de ella con intensidad tan profunda y carnal, que esta doble pasión casi define al hombre por su pueblo, y recíprocamente. Fué el tipo acabado y superior del porteño, con todas sus excelencias y deficiencias. Por eso no quisimos perder de vista su imagen familiar, y, desde el día de su muerte, podría decirse que surgió espontánea del suelo su estátua de bronce, irguiéndose para siempre en el corazón de la Ciudad.

JUAN ANTONIO ARGERICH (RICARDO GUTIÉRREZ).

Nació en Buenos Aires el 26 de agosto de 1862. Después de cursar estudios secundarios en el Colegio Nacional, ingresó en la Facultad de derecho, graduándose el 24 de mayo de 1886, con una tesis sobre *Comercialidad de los inmuebles*. Allí se revelaban ya la inteligencia robusta á par que el carácter independiente, precozmente templado por la vida, cuyos deberes severos aceptó Argerich desde la primera juventud. Aun estudiante de derecho, era profesor en el Colegio, — desempeñó durante diez años la cátedra de literatura, — colaborador en diarios y revistas, empleado de la Biblioteca nacional: armándose al fin, para la lucha de la existencia. Á poco, salió de ella vencedor: en ocho ó diez años, merced á dotes intelectuales sobresalientes, pues-

tas en pleno valor por una actividad infatigable, su estudio de abogado ha cobrado crédito é importancia de primer orden. Sólo ha publicado algunos de sus trabajos forenses; pero sus amigos, y cuantos conocen sus gustos y aptitudes, sentirán, hoy más que nunca, que la labor profesional absorba del todo un talento de literato y pensador prometido á más altos destinos.

EDUARDO L. BIDAU (EL DOCTOR ANTONIO E. MALAVER).

Nació en Buenos Aires el 25 de agosto de 1862. Cursó estudios preparatorios en el Colegio Nacional é ingresó en la Facultad de derecho. Se graduó en mayo de 1885 con una tesis sobre *Hipoteca naval*, siendo designado para pronunciar el discurso de colación. En 1875, publicó un trabajo interesante sobre *Delitos de imprenta*. En 1888, su meditado estudio sobre *Privilegios diplomáticos*, presentado á la Facultad, le hizo designar para suplente de derecho internacional público. En dicho año emprendió la publicación de los *Anales de la Universidad*, escribiendo, en colaboración con el doctor Norberto Piñero, el primer tomo, que comprende la historia de la institución. Fuera de los trabajos citados y de otros escritos profesionales, el doctor Bidau ha colaborado en la prensa jurídica y política de la Capital. Ha sido profesor de Historia argentina en el Colegio Nacional. Actualmente es secretario general de la Universidad y dicta además en la Facultad, como suplente en ejercicio, el curso mencionado. Igualmente apreciado en el mundo forense y universitario, el doctor Bidau es una de las inteligencias nutridas de la generación que va llegando á la madurez.

DIEGO T. R. DÁVISON (LA MÚSICA EN EL ARTE DE CURAR).

Nació en Concordia (Entre-Ríos) en 1857. Principió su educación en Montevideo y la terminó en Inglaterra. Pasó á estudiar medicina en Edimburgo, recibiendo en 1881 el grado de doctor de esa universidad. Ocupó los puestos de médico interno del hospital real de Edimburgo, de primer médico interno del hospital del sud de Liverpool y, más tarde, del hospital de Wrexham. Después de viajar por Europa, Asia y Norte América, regresó á su patria para ejer-

cer su profesión. Desde 1889 fué uno de los activos organizadores del movimiento de opinión que condujo á la revolución del 90. El año siguiente, fundó el diario *La Defensa del Pueblo* que fué suprimido durante el estado de sitio. Elegido concejal de la Municipalidad en 1892, renunció el cargo por haber aceptado el de vocal del Departamento de higiene, que aún desempeña. Ha colaborado en las principales publicaciones médicas de Buenos Aires y Londres, tratando con preferencia las cuestiones de medicina pública é higiene. En 1890, publicó *Las causas de la difteria*, importante contribución al estudio local de dicha enfermedad, como que es el resultado de una investigación personal en las numerosas casas de Buenos Aires donde habían fallecido diftéricos. Además de la obra citada y sus trabajos diseminados en las revistas, el doctor Dávison suele tratar temas científicos en conferencias dadas en la *Sociedad médica argentina* ó el *Círculo médico*.

JUAN AGUSTÍN GARCÍA, hijo (EL RÉGIMEN COLONIAL).

Nació en Buenos-Aires el 12 de abril de 1862. Después de cursar estudios secundarios, ingresó en la Facultad de derecho de esta ciudad, donde se graduó, el 24 de mayo de 1882 (antes de los veinte años, por consiguiente), con una tesis sobre *Los hechos y los actos jurídicos* que, además de otros méritos, tiene el de no traer dedicatoria. Fuera de sus trabajos profesionales, como abogado y juez en lo civil, el doctor García ha colaborado en varios periódicos y publicado en folleto algunos trabajos de filosofía y crítica; entre ellos mencionaremos un claro resumen de psicología — *La asociación de ideas* — que en su forma sucinta revela fuerte preparación. Profesor de *Introducción al derecho* en la Facultad, ha publicado la primera parte de su curso, en un volumen de 328 páginas. Desde el punto de vista « pedagógico », formularíamos algunas críticas al plan y estructura de la obra; pero reconocemos lo meritorio del esfuerzo y, en varios capítulos de los *Antecedentes históricos*, la unión feliz del estudio concienzudo con el talento de expresión.

RICARDO GUTIERREZ (LA MAGDALENA).

Nació este ilustre poeta y médico argentino en Arrecifes (provincia de Buenos Aires) el 10 de noviembre de 1836; murió en Buenos Aires, el 23 de septiembre de 1896. Después de cursar derecho hasta el tercer año, abandonó la jurisprudencia para dedicarse á la medicina. Apenas graduado, ingresó en el ejército como médico militar é hizo toda la campaña del Paraguay. Enviado á Europa por el gobierno, en 1870, para completar sus estudios científicos, se dedicó con especialidad á las enfermedades de la infancia y, á su vuelta, fundó el primer hospital de niños de esta ciudad. Su ciencia y su popularidad profesionales están en todas las memorias: Gutiérrez era un espíritu superior que envolvía un alma noble y vehemente, y su luz externa no era sino la llama de su foco interior. Ha muerto llorado después de vivir bendecido. No nos toca apreciar su obra literaria, en el número mismo en que se la estudia con cariño y acierto. Recordemos que, además de ardiente periodista en el *Pueblo Argentino* y la *Patria*, Gutiérrez publicó en la *Nación* admirables correspondencias de Europa. Como poeta, *La Fibra salvaje*, *Lázaro*, *El libro de las lágrimas* y *El Libro de los cantos*, reunidos en volumen, señalan una época transitoria pero significativa del arte nacional: el fin del romanticismo exótico y subjetivo, ingerido por última vez y con pasión intensa en el tronco nacional.

ERNESTO QUESADA (LA BATALLA DE ANGAGO).

Nació en Buenos Aires el 1º de junio de 1858, y, después de terminar en Europa su educación, volvió á su patria en 1878. Hijo del conocido escritor que dirigía entonces la Biblioteca pública, el señor Ernesto Quesada fué nombrado secretario del establecimiento, en tanto que cursaba derecho en la Facultad; se doctoró en 1882 con una tesis sobre *Observaciones al Código de comercio*. Alejado casi por completo de la vida pública, ha seguido las huellas paternas, dedicándose al estudio, principalmente del derecho público y la historia americana, con una eficacia de que dan prueba sus numerosas

publicaciones. A falta de originalidad en el fondo y de personalidad en la forma, trabajos tan múltiples y de índole tan diversa como los que ha firmado el doctor Quesada, revelan una asombrosa actividad. No tenemos espacio para dar su lista completa, pero señalaremos los siguientes: *La sociedad romana en el I^{er} siglo* (1878); *Apuntes*

de derecho internacional (mismo año); *Un invierno en Rusia* (1888); *Reseñas y Críticas* (1894); *La política chilena en el Plata* (1895). Además de su asidua contribución á la *Nueva Revista de Buenos Aires*, que dirigía, ha colaborado en varias publicaciones periódicas. Pertenece al grupo feliz de los que conciben sin esfuerzo y procrean sin dolor.

ÍNDICE DEL TERCER TOMO

(ENERO - MARZO)

ENTREGA DE ENERO

JUAN A. ARGERICH.....	Ricardo Gutiérrez.....	5
ERNESTO QUESADA.....	La batalla de Angaco.....	23
BARTOLOMÉ NOVARO.....	Inacción y ejercicio (<i>conclusión</i>).....	54
MARTIN GARCÍA MÉROU..	El Brasil intelectual (<i>continuación</i>).....	68
FRANCISCO SEEBER.....	La música y las distintas escuelas.....	96
PAUL GROUSSAC.....	Santiago Liniers.....	112
RICARDO GUTIÉRREZ.....	La Magdalena (fragmento).....	127
P. G.....	Génesis del héroe.....	137
***	Boletín bibliográfico.....	152

ENTREGA DE FEBRERO

JUAN B. ALBERDI.....	Juan María Gutiérrez.....	161
JUAN A. GARCÍA (hijo)...	El Régimen colonial.....	193
PEDRO N. ARATA.....	El Puente del Inca y sus termas.....	219
MARTIN GARCÍA MÉROU..	El Brasil intelectual (<i>continuación</i>).....	233
ALBERTO WILLIAMS.....	Estética musical y conciertos sinfónicos (<i>continuación</i>).....	261
PAUL GROUSSAC.....	Santiago Liniers (<i>continuación</i>).....	271
PEDRO A. CERVIÑO.....	Documentos históricos.....	313

ENTREGA DE MARZO

ADOLFO ALSINA.....	Sistemas de filosofía.....	32.
EDUARDO L. BIDAU.....	El doctor Antonio E. Malaver.....	344
***	La Pesquisa.....	362
DIEGO T. R. DÁVISON...	La Música en el arte de curar.....	381
CARLOS A. ALDAO.....	En la caverna de Mammoth.....	399
RUBÉN DARÍO.....	Poemas americanos.....	414
PAUL GROUSSAC.....	Santiago Liniers. — La Reconquista.....	422
***	Documentos históricos.....	459
***	Boletín bibliográfico.....	477
***	Redactores de la <i>Biblioteca</i> (3 ^{er} tomo).....	482